



Sophie Saint Rose
Serie ficina

*No me apartes
de ti*

No me apartes de ti
Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Abrielle miró su reloj. Madre mía, iba a llegar tarde. Ya eran las cinco y su siguiente paciente la esperaba a y cuarto. Gimió porque estaba en el otro extremo de la ciudad. Corriendo hacia el metro cargando con la dichosa camilla portátil, escuchó que le sonaba el móvil y rezó porque fuera su siguiente cita para decir que él también llegaba tarde, pero no. Al mirar la pantalla vio a su hermana sacándole la lengua. Descolgó bajando los escalones. —Kaylin, ahora no puedo hablar.

—¡Es una emergencia!

Se detuvo en seco a mitad de la escalera. —¿Qué pasa? ¿Papá está bien?

—¡Se va de vacaciones! —gritó indignada—. ¡No se las coge nunca y se tiene que ir precisamente ahora!

Puso sus ojos verdes en blanco y siguió bajando escalones. — Kaylin llegó tarde a una cita importantísima. ¡No me fastidies! ¿Qué

pasa?

—¿Tú lo sabías?

Cogiendo su bolsa y la camilla con una sola mano, mientras agarraba el móvil con la cara pegándolo al hombro, empezó a buscar la tarjeta del metro. —Claro que lo sabía. Como has dicho nunca va a ningún sitio. Tiene que divertirse en lugar de estar todo el día en el taller.

—¡Me imaginaba que era cosa tuya! —dijo muy enfadada.

Casi chillaba de la alegría al encontrar la tarjeta y la pasó por la ranura. —Mira, ¿qué tal si hablamos de esto por la noche porque...?

—¡Me y esta che! —gritó su hermana medio histérica.

Se detuvo en seco haciendo que la que iba detrás se chocara con ella. —A ver si miramos —dijo estresadísima. Se puso a un lado para dejar pasar—. Se va a cortar Kaylin, ¿qué has dicho?

—¡Me han dado la be en cia! ¿Me oyes?

—Mierda de cobertura. —Se acercó algo a la entrada dejando la bolsa y la camilla en el suelo. Se pasó la mano por la frente que estaba sudorosa, sin darse cuenta de que levantaba su flequillo rubio casi dejándoselo de punta. Suspirando preguntó —¿Que te han dado qué?

—¡La beca en Escocia!

Chilló de la alegría. —¿De verdad? ¡Felicidades!

—Ti que quedarte...

—Uff... te oigo fatal.

—¡Tienes que quedarte con Muffin!

Dejó caer la mandíbula. —Ah, no.

—Por favor... Papá se va quince días nada más. Luego se lo quedará él. ¡Son quince días! No puedo llevármelo a Escocia y estaré allí seis meses.

—¡Tu perro me odia! ¡Me gruñe cada vez que me ve!

—Es un chihuahua, no te va a devorar —dijo su hermana exasperada—. Por favor... Son quince días.

Gruñó porque su hermana realmente casi nunca le pedía favores. Y la muy insensata adoraba a ese chucho. Menuda responsabilidad, como le pasara algo le sacaba los ojos. —Está bien...

—Gracias, gracias. Cuando termines de trabajar pásate por mi apartamento. Tienes que llevarte muchas cosas.

Miró su camilla. Mejor pasaba por casa primero. —Vale.

—¡Te quiero!

Su hermana colgó antes de que se arrepintiera y gruñó por lo bajo metiendo el móvil en su enorme bolsa. —Estupendo, Abrielle...

Van a ser los quince días más divertidos de tu vida. —Cogió la camilla y la bolsa cargándosela al hombro antes de salir corriendo de nuevo hacia el túnel que decía Downtown.

Cuando llegó ante Industrias Gillingham entró corriendo en el hall y casi con la lengua fuera se acercó a la recepción. —Tengo una cita con Niguel Curtis —dijo casi sin aliento.

—¿Señorita Lavery?

—Sí, esa soy yo. Si me dice por dónde ir...

—Lo siento. El señor Curtis ha tenido una reunión urgente y seguramente no podrá atenderla.

Jadeó asombrada mirando el reloj que había tras ella. Solo había tardado cinco minutos.

—¿Y esa reunión cuándo ha empezado?

—Hace dos horas.

—Pues me podía haber avisado —dijo indignada—. Mi tiempo también es valioso y me he recorrido toda la ciudad para llegar aquí, ¿sabe?

—Si habla con recursos humanos seguro que le compensarán por las molestias.

—¡Pues claro que voy a hablar con ellos! ¡He cancelado dos citas esta tarde para venir hasta aquí porque la señora Curtis me

dijo que en esta empresa podía tener mucho trabajo!

La chica sonrojada le puso una tarjeta colgada de la camiseta rosa que llevaba. —Segunda planta, pregunte por la señora Lion.

Indignada porque ya estaba calentita con todo lo que le había pasado aquel día, levantó la barbilla muy digna antes de agacharse para coger la puñetera camilla. Fue hasta el ascensor gruñendo por lo bajo que la gente no tenía ninguna consideración. Y ella corriendo como una descosida para llegar a tiempo. Y retrasando las citas con Esther y Jonathan para hacerle un hueco a ese tipo. No pensaba darle una cita nunca más. Que se fastidiara.

Cabreada pulsó el dos y se alejó para que pasaran dos trajeados. Dio otro paso atrás cuando entraron otros dos y los que tenía delante casi la incrustaron en el espejo. Les fulminó con la mirada y carraspeó, pero parecían concentrados en lo que decía el tipo que estaba delante. —Hay que impedir esa compra. Arreglaos como queráis, pero quiero resultados.

Su voz ronca le llamó la atención y sin darse cuenta estiró el cuello para mirar por encima del hombro del tipo que tenía delante, que era bastante alto. —Es inconcebible e intolerable que esa fusión llegue a algún sitio, ¿me habéis entendido? —preguntó con autoridad.

—Sí, Jack —dijeron los tres a la vez.

Abrielle estiró más el cuello y se le cortó el aliento al ver un espeso cabello negro. Cuando él miró al hombre que tenía al lado ella descubrió su perfil y separó los labios de la impresión. Sus labios eran finos y en ese momento los apretaba como si estuviera muy disgustado. Su nariz era recta, pero tenía un pequeño bultito en el tabique, lo que indicaba que se la había roto alguna vez y no se la habían curado bien. Pero lo que realmente le llamaron la atención fueron sus ojos. Eran verdes, pero no como los suyos. Eran de un color claro que impresionaban, seguramente porque estaban rodeados por largas pestañas negras. Abrielle separó aún más sus labios suspirando porque era un placer mirarle. Las puertas se abrieron, pero ella de puntillas para seguir observándole ni se dio cuenta. Entonces sus ojos coincidieron y él entrecerró los suyos como si estuviera molesto. —¿Se baja aquí?

Se sonrojó asintiendo. —¿Es la segunda planta?

Él asintió y Abrielle roja de la vergüenza porque la había pillado mirándole se agachó. —¡Oh, entonces sí! ¿Puede retener la puerta? —Giró la camilla golpeando las piernas del que tenía al lado. —¡Uy, perdón! —Giró de nuevo para pasar entre ellos pisando al otro. —

Uy, lo siento. —Rio sin ganas. —Estos ascensores cada vez los hacen más pequeños.

—Los hacemos nosotros —dijo el moreno irónico.

—Uy, muy bonito. —Estirando el brazo para pasar entre ellos soltó una risita tonta. —Es que sois todos muy grandes, seguro que es por eso.

Él gruñó como si su opinión le importara un pito, lo que hizo que quisiera salir más rápido golpeándole con la bolsa. —Uy, lo siento.

Gimió saliendo del ascensor y alejándose a toda prisa. —
¿Señorita Lavery?

Sorprendida miró hacia atrás para ver que uno de los hombres del ascensor retenía las puertas. —¿Es usted la señorita Lavery?

—Sí —respondió—. ¿Señor Curtis?

Él sonrió agradablemente. —Sí, soy yo. Siento no haber estado a tiempo.

—Niguel, ¿qué pasa? —preguntó el moreno mirando su carísimo reloj de platino como si estuviera impaciente.

—Es la fisio que me ha buscado Karen. ¿Hemos terminado?

El que debía ser su jefe gruñó antes de asentir. Pensando que igual todavía podía aprovechar la cita dio un paso hacia él. —¿Está libre ahora? A las seis tengo otra cita y no puedo esperar mucho.

—Sí, por supuesto. Venga.

Muerta de la alegría se metió en el ascensor de nuevo y al volverse golpeó al moreno y a otro con la camilla. Sonrió tímidamente. —Lo siento.

Niguel sonrió mostrando una dentadura perfecta. —Cómo me alegro de haberla encontrado. Tengo el cuello que no puedo ni dormir.

—Enseguida se lo arreglo.

—Dicen que tiene unas manos mágicas. Así que espero que haga uno de esos milagros.

—Llámeme Abrielle, por favor.

Él extendió la mano. —Niguel. —Al ver que tenía las manos ocupadas se echó a reír. —¿Siempre cargas con eso?

—Servicio a domicilio. —Miró de reojo a su moreno que parecía pensar en sus cosas. —¿A usted también le duele el cuello?

Pareció que le sorprendía la pregunta. —¿A mí?

—Inclina su cuello algo hacia adelante. Puede ser mala postura al leer o al estar ante el ordenador y eso provoca dolores.

Él entrecerró los ojos. —Me duele en el centro de la espalda.

—Oh, claro. Sobrecarga más abajo. Debería tener un pequeño cojín en la silla de trabajo. Eso hará que arquee su espalda hacia

atrás ligeramente. Se encontrará mucho mejor.

—Gracias.

—Si quiere le echo un vistazo —dijo a toda prisa porque se moría por ponerle las manos encima.

—No será necesario, tengo mi propio masajista.

—Fisioterapeuta. No soy masajista. —Sonrió radiante. —Es distinto.

Él levantó una ceja. —Niguel, cuando tu fisioterapeuta termine contigo, ven a verme. Tenemos que ultimar esos números de la fábrica de Canadá.

—Allí estaré. Y seguro que mucho mejor.

—Por supuesto, yo me ocupo de eso.

El que obviamente era su jefe salió del ascensor y Niguel le indicó con la mano que pasara. —Por aquí. Mi despacho está al final del pasillo a la izquierda.

Salió del ascensor y sin poder evitarlo miró hacia atrás para ver que el moreno pasaba ante dos secretarias casi sin mirarlas y entraba en un despacho que tenía unas puertas dobles lacadas en negro.

—Es Jack Gillingham —dijo Niguel trayéndola al presente.

Se sonrojó porque la había sorprendido mirándole. —¿El jefe?

—El jefazo, sí. ¿Te ayudo con eso?

—Oh, no. Estoy acostumbrada. Además, no quiero que te lesiones más.

Llegaron al final del pasillo y él abrió la puerta. —Tampoco estoy tan mal.

Abrielle sonrió a la secretaria que debía tener la edad de su tía y lucía un hermoso recogido francés. —Milly, ella es la que me va a salvar de ese collarín que querías comprarme. Abrielle Lavery.

—Encantada —dijo soltando la bolsa para darle la mano.

—Mucho gusto.

—Y lo del collarín puede ser una mala idea.

—¿De verdad?

—Dependiendo de la lesión eso puede empeorarlo. Solo hay que ponérselo si lo aconseja un doctor.

—Oh, no lo sabía.

—Mi doctor me ha dicho que es una contractura. Me ha recetado masajes y un analgésico.

—Pues vamos a ello. —Iba a agacharse de nuevo por la bolsa, pero él lo hizo primero. Todos escucharon el crack y Niguel se llevó la mano a los riñones gimiendo. —¡No te muevas!

—Ay... Señor, ¿está bien? —preguntó la secretaria saliendo de detrás de la mesa.

—Sí. —Forzó una sonrisa. —Vaya, esa bolsa pesa. —Se volvió y en esa posición caminó hacia el despacho mientras Abrielle intentando reprimir la risa se mordía el labio inferior. —Milly, he encontrado la lentilla que perdiste el otro día.

—Tranquilo jefe, son desechables —dijo preocupada—. ¿Llamo a su mujer?

—No, Abrielle me va a dejar como nuevo.

—Claro que sí. Yo te reparo.

Los gritos de dolor de su paciente se escucharon en toda la planta. Abrielle se empleó a fondo calcando el codo sobre la espalda e ignoró otro gemido de dolor. —¡Tengo que deshacer estos nudos! ¡No seas quejica!

Se sentó sobre su trasero levantándose y pasó los pies sobre su espalda. —¿Ves? Ya gritas menos. Eso es genial.

—¿Se ha desmayado alguien haciéndole esto? —preguntó casi llorando.

—Bah, dos o tres. Pero esto solo es en la primera sesión. Luego el dolor desaparece por completo.

Calcó los talones y él gimió de nuevo justo cuando se abrió la puerta y allí estaba el jefe en mangas de camisa y con cara de cabreo. —¿Qué está pasando aquí? —Asombrado miró hacia ella de pie sobre la espalda de su hombre. —¿Qué clase de masaje es este? —gritó a los cuatro vientos.

—Hindú. —Cuando se acercó al principio de sus nalgas su paciente gimió de gusto y ella sonrió. —¿Ves? Ya empiezas a disfrutarlo.

—¿Cómo va a disfrutarlo si grita como si le estuvieras matando? —Entró en el despacho y cerró la puerta de golpe sobresaltando a Niguel.

—¡Oiga, no estrese a mi paciente! ¡Lo que le hago no servirá para nada!

—Jack tienes que probar esto. —Levantó la cabeza de la camilla para mirarle asombrado. —Hostia ya no me duele.

Su jefe se acercó entrecerrando los ojos. —¿De veras?

—Duele un poco al principio.

—Eso fue porque te empeñaste en coger mi bolsa. Ya te dije que no era necesario. —Sonrió a Jack. —Pero es que es un caballero y le dio un tirón. —Saltó ágilmente desde su espalda al suelo y ambos

vieron cómo se ponía las zapatillas de deporte antes de darle un azote en el trasero sobre la toalla. —¡Listo!

—¿Ya? —preguntaron los dos asombrados—. Si llevas aquí media hora —dijo Jack como si fuera una timadora.

—Por hoy ya está bien. No quiero presionarle demasiado. Niguel puede que hoy te sientas algo mareado por trabajar las cervicales. Tómate las cosas con calma, ¿quieres? Eso desaparecerá.

—Estupendo, ahora mi vicepresidente no me servirá de nada.

Niguel se sentó en la camilla y alucinado movió la cabeza de un lado a otro. —Increíble.

—¿Te duele? Venga, que te llevo a urgencias.

—No, no me duele nada. Nada de nada. —Movi6 el cuello de nuevo antes de mirar sobre su hombro a Abrielle. —Menudas manos tienes.

—Gracias —dijo radiante metiendo sus cremas en la bolsa—. Venga vago, que necesito mi camilla.

Niguel riendo por lo bajo descendió ante su jefe y Jack vio como iba hacia el baño. Abrielle tumbó la camilla ante sus pies y dobló las patas echándole vistacitos de cuando en cuando.

—¿Tienes la tarde libre?

Así que le dolía... Mierda, y ella con la agenda completa. —Lo siento, pero hoy imposible.

—¡Yo tuve suerte! —gritó Niguel desde el baño—. Al parecer Karen debió darle pena. Tiene la agenda llena todo el mes.

—Sí, y por verte a ti tengo que trabajar el sábado. —Se incorporó doblando la camilla por la mitad.

—Te compensaré.

Rio cogiendo la funda de la camilla y con agilidad la metió dentro a toda prisa. —Pero si quieres puedo verte el sábado ya que tengo que trabajar. —Le miró de reojo mientras cerraba la cremallera.

—El sábado estaré en Múnich. —Se llevó la mano al cuello confirmando lo que ya suponía.

Suspiró y se acercó a él. —Túmbate en el suelo.

—¿Perdón?

—Voy a hacerte un apaño.

Él levantó una de sus cejas negras. —¿Un apaño?

En respuesta levantó las suyas. —Ya no abro la camilla. O eso o nada.

Gruñó tumbándose en el suelo. —Boca arriba. —Escuchó como suspiraba y se volvía poniéndose boca arriba. Sintiendo que los nervios subían por su estómago porque iba a tocarle, se acercó y

pasó la pierna al otro lado de su cuerpo antes de arrodillarse a horcajadas. Tomando aire cogió sus muñecas cruzándole los brazos sobre su pecho. Niguel salió en ese momento abrochándose la camisa. —Bien, ahora gira de costado. —Él lo hizo con agilidad, pero llegó a un punto que se dio cuenta de que le dolía. —¿Al otro lado? —Lo hizo y vio que tenía mayor movilidad. Sintió como su cadera rozaba el interior de su muslo subiéndole la temperatura. —Repite al otro lado —dijo con voz ronca. Él se puso de espaldas de nuevo y la miró a los ojos antes de empezar a girar el torso. Abrielle metió la mano tras su espalda y notó enseguida el problema. Cerró la mano en un puño y susurró en su oído —¿Lo notas?

—Sí.

—Déjate caer sobre él muy lentamente.

Él lo hizo y de repente se escuchó un crujido. La miró sorprendido y ella sonrió. —Vertebra ligeramente desplazada. Cuidado con los pesos hasta que vuelva a verte. —Se levantó sintiendo unos calores que no eran normales y fue hasta su bolsa colocándosela al hombro. —Doscientos pavos, por favor.

Él aún estaba tumbado en el suelo mirando el techo y Niguel sonrió. —Por supuesto. Te los has ganado. —Fue hasta su

chaqueta sobre la mesa y cogió la cartera sacando trescientos. —
Por las molestias.

—Gracias. —Se sonrojó porque ya le había cobrado de más, pero al parecer no le importaba. Metió el dinero en la bolsa y cogió el asa de su camilla. —Bueno, ha sido un placer. Llamadme con tiempo para pedir cita.

Jack se sentó en el suelo. —¿Quieres trabajar para mi empresa?

Casi chilla de la alegría, pero no movió un gesto. —Me gano muy bien la vida y tengo clientes fijos. Me estoy haciendo un nombre y trabajar para otro...

—Las mañanas, seguro que tienes menos trabajo por la mañana.

—Yo tengo trabajo siempre.

—Seis mil al mes. —Se quedó de piedra. Jack sonrió irónico. —
Y te habilitaremos un sitio para los masajes, así no tendrás que cargar con eso de arriba para abajo.

—¿Solo las mañanas?

—Solo las mañanas.

Dios, aquello era una fortuna. Por las mañanas solía hacer dos masajes como mucho y eso eran unos ciento cincuenta. Por treinta, eran cuatro mil quinientos. Y eso cuando le pagaban porque muchos

los hacía gratis a personas sin recursos. ¡Bah, podía pasar esas citas por la tarde y sería rica! —Siete mil. Ya ves lo que cobro por sesión. —Entrecerró los ojos. —Puede que hasta pierda dinero.

—Ocho.

¡Ese hombre estaba loco! —Hecho.

—Empiezas mañana. Resérvame cita a las diez. —Se levantó y salió del despacho dejándola con la palabra en la boca.

Miró a Niguel que reía por lo bajo. —Cuando quiere algo lo quiere ya. ¿No te dijo mi mujer que aquí tendrías muchos clientes? Pues ya lo ves.

—¡Y es genial, pero mañana tengo citas!

—Tendrás que arreglarte. Bienvenida a la empresa. Por cierto... Yo quiero cita a las once.

Gruñó saliendo del despacho. Tenía la sensación de que la iban a hacer trabajar muchísimo. Le guiñó un ojo a Milly y contenta como nunca se dio prisa por ir hacia el ascensor. Sin poder evitarlo miró hacia la puerta del despacho de Jack. No había dicho si le había ayudado, pero su oferta indicaba que se sentía mucho mejor. Encantada entró en el ascensor. ¡Le vería a menudo! El día estaba mejorando.

Capítulo 2

El chihuahua blanco de su hermana le gruñó en cuanto abrió la puerta. —Sí, yo también te quiero. —Pasó de él porque no dejaba ni que le tocara. Ese pequeño monstruo la mordería en cuanto acercara la mano. Metió la llave en el bolso. —¿Kaylin? ¡Ya estoy aquí!

Su hermana salió de su habitación en ropa interior y con un chándal en la mano. De lo parecidas que eran era como mirarse a sí misma con un color de ojos distinto. —Ya estoy aquí.

—Te has tomado tu tiempo —dijo molesta.

—Mira guapa, acabo de terminar en el trabajo y estoy molida.

—Pues tienes que sacar a Muffin.

—¡No fastidies!

—Tengo que terminar el equipaje. —Le puso morritos mirándole con pena con sus preciosos ojos azules. —Por favor...

Miró al perro que se acercó a su dueña moviendo el rabito. Los ojos de Kaylin se llenaron de lágrimas tirando el chándal al suelo para coger al chucho. —Mi chiquitín... Pobrecito. Vas a estar alejado de mamá seis meses. —Su hermana se puso a llorar y el perrito le lamió la cara gimiendo.

Abrielle puso cara de asco. —Por Dios, si se lame el pito. Puaj.

Kaylin la fulminó con la mirada. —Ya me lo dirás en un mes. Hasta dormiré en tu cama. No le dejes, que luego se acostumbra y no puedes llevarte ligues a casa.

Se quedó de piedra. —¿Cómo que un mes? ¡Eran quince días!

Su hermana gimió acercándose. —Ya, pero papá dice que después de las vacaciones en ese crucero que tú le has buscado, va a ir a ver a tía Adelaida en Florida.

—¡No!

—Lo siento, pero me lo acaba de decir. Que como el barco atraca allí, de paso aprovecha el viaje.

—¿Un mes? Le mato.

Su hermana se acercó preocupada. —Me lo cuidarás, ¿verdad?

Gruñendo interiormente sonrió para tranquilizarla. —Claro que sí. Le trataré como a un príncipe.

Besó su cabecita antes de extender los brazos. —Intenta no dejarle solo todo el día. Sé que es difícil, pero sino se va a deprimir.

Extendió más los brazos y Muffin gruñó. Abrielle le miró exasperada. —Solo me tienes a mí, deja de fastidiar.

Movió su cabecita a un lado como si se lo estuviera pensando y Kaylin sonrió. —Entiende más de lo que piensas. Es muy listo.

—Eso ya lo veo. Ven aquí, cabrito. —Cogió el perro y aunque gruñó no intentó hincarle el diente. Sorprendida le miró. —Así me gusta, aquí mando yo.

—Mañana estarás comiendo de su mano. —Su hermana se volvió hacia su habitación. —Dale una vuelta, ¿vale? Tengo que terminar el equipaje. Después te digo cuáles son sus cosas y me llevas al aeropuerto. Salgo a las dos de la mañana.

Asombrada vio que desaparecía en su dormitorio. —¿Cómo que te llevo al aeropuerto? Kaylin, me tengo que levantar a las seis. ¡Tengo la primera sesión a las siete!

—¿Y cómo tienes que levantarte tan temprano?

Se acercó a su habitación para ver que parecía que había pasado un huracán por allí. Toda su ropa estaba colocada por toda la estancia. —¡No puedes llevarte todo esto!

—Ya...Solo son cuatro maletas. Por cierto, te he cogido dos.

Total, ella nunca iba a ningún sitio. —¿Me has oído? Llama a papá. No puedo llevarte.

—Tú nunca empiezas a trabajar hasta las nueve.

—¡Eso era antes! He conseguido un puesto en Gillingham para ser su masajista por las mañanas.

Su hermana levantó la vista de golpe. —¿Industrias Gillingham?

—¡Sí!

—Es muy buena empresa. Como economista...

—¡No me cuentes rollos! Que te lleve papá.

—Por favor, sé buena... —Puso su cara de pena de nuevo. —Y en un mes tienes que llevarle mi coche a papá para que lo encienda a menudo. —La miró maliciosa. —¿O quieres hacerlo tú? —Abrió los ojos como platos. —¡Mejor! ¡Quédate aquí! Así Muffin no extrañará su casa.

—¡No, la que extrañaría su casa sería yo! —Pensó lo del coche. Ni de broma recorrería Manhattan cada poco para encender el coche. Aunque había que revisar que en la casa no pasara nada... Estaba claro que todos los marrones se los iba a comer ella. Al menos un mes. Gruñó de nuevo y Muffin levantó su cabecita. —Sí, ya te saco...

—¡Ten cuidado con los perros grandes! —gritó su hermana antes de que saliera—. ¡Y llévalo atado para que no se escape! —Miró a su alrededor y vio la correa al lado de la puerta. La cogió. —¡Recoge las caquitas!

—¡Pide una pizza! ¡Y bien grande!

La risa de su hermana la hizo sonreír y salió cerrando la puerta. —Bueno, muchacho... Esto está chupado. —Sorprendida sintió su lengua en su mano y miró hacia abajo. —A mí no me hagas la rosca, chaval. A ella la tienes comiendo de tu mano, pero yo no soy tan blanda. Esos ojitos no van a hacer que duermas en mi cama.

El sonido del despertador la hizo gemir volviéndose y Muffin caminó sobre el colchón colocándose a su lado para tumbarse con la cabecita sobre su vientre. —Sí, es temprano, pero no nos queda otra. —Le cogió y salió de la cama dejándole en el suelo. —Hora de una ducha.

Se duchó con agua fría para espabilarse, pero no lo consiguió eso ni el café que se metió entre pecho y espalda. Se vistió con las mallas que solía ponerse para trabajar y con una camiseta haciendo juego. Muffin tampoco estaba para muchas fiestas porque se había acostado como ella a las tres de la mañana y eran las seis y cinco cuando salieron de casa.

Muerta de frío esperó a que hiciera sus cositas en el parque cerca de su casa y cuando un perro enorme se acercó de golpe, su corazón casi salta en su pecho pensando que se lo iba a comer. Consiguió coger a su chucho por los pelos y el perrazo se le tiró encima. Una anciana se acercó corriendo mientras ella muerta de miedo veía la cara del perro ante ella ladrando a Muffin que temblaba en sus manos. —No hace nada, tranquila.

—¡Cómo que tranquila! —gritó histérica espabilándose de golpe —. ¡Coja a su perro!

La anciana tiró de su collar y le costó que bajara. Abrazó a Muffin. —¿Está loca? ¡Tiene que llevarlo atado!

—Si es muy bueno. ¡Hay que ser borde!

Como si nada se largó y ella jadeó indignada. Asustada miró a Muffin. —¿Estás bien, cielo?

Él gimoteó en sus brazos y ella le acarició. —No pasa nada. Ya se van. —Pero ni ella se fiaba porque esa lista no había atado al perraco. Sería bruja. Caminó hacia casa con cuatro ojos y cuando entraron vio las marcas de las patas del perro sobre su camiseta. —Estupendo. —Miró a Muffin. —¿Habría un parque para perros chiquititos? Tengo que investigar porque sino antes de que termine

el mes me da un infarto. Y tu corazón tampoco debe estar para muchos trotes.

Fue hasta la habitación y se cambió la camiseta a toda prisa por una negra que eso combinaba con todo. Se aseguró de que Muffin tuviera agua y comida antes de coger su bolsa y la camilla. —Te veo luego, cielo. Sé bueno. —Él gruñó como si no le gustara nada que le dejara solo. —Sí, yo también te quiero.

Se sintió fatal por dejarle allí solo. Cerró la puerta con llave y se dijo —Es un perro, no va a pasarle nada. Y más te vale porque sino tu hermana no vuelve a hablarte en la vida.

La madre que parió al señor Benedict. Tenía sus huellas dactilares por todo el trasero. Y eso que era temprano, pero al parecer el hombre debía ser de mañanas. Como todo fuera bien dejaba de aceptar sus citas. Tendría dinero suficiente para lo que quisiera. Entró en la empresa y fue hasta la recepción. —Soy...

—¿Tiene cita para las doce?

Parpadeó y apoyó el codo sobre la recepción. —¿Cuántos trabajan en esta empresa?

—¿En total o solo este edificio?

—Solo aquí. Acotemos un poco.

—Seiscientas veintitrés. Creo, eso siempre varía un poco.

Le mostró su tarjeta que ponía que era la seiscientos veintitrés. Al parecer iba a tener trabajo, pero de sobra. Sonrió cogiendo la tarjeta. —¿A las doce?

—Sí, por favor. Tengo un dolor de pies...

Estiró el cuello viendo los taconazos que llevaba. —¿Estás así todo el día?

—Sí, hay que estar mona.

—Cuando tengas juanetes vas a estar monísima.

La chica jadeó del susto. —¿Juanetes? ¿Como mi abuela?

—Y eso solo se arregla operando. Pásate a las doce y te miro. ¿Mi consulta está...?

—Cuarta planta. Ya está tu nombre en la puerta del despacho veintitrés.

—Sí que son eficientes.

—Mucho. En Industrias Gillingham todo tiene que rodar a la perfección.

—Estupendo. —Miró su placa. —Clare. Te veo luego.

—Gracias.

Le costó un poco encontrar su consulta y emocionada vio su nombre en la puerta. Hasta le sacó una foto e impaciente por ver donde trabajaría abrió la puerta dejando caer la mandíbula del

asombro. Había tantos paquetes sin desembalar que tardaría un siglo en hacerlo. Entró dejando su camilla en una esquina y gimió mirando a su alrededor. —¿Pero qué rayos han comprado? —Dejó la bolsa en el suelo y se acercó a la primera caja. Cuando la abrió vio un montón de productos para hacer masajes. Sacó un frasco de aceites que valía más de cincuenta dólares. —Este hombre está loco. —Con curiosidad siguió abriendo cajas. Toallas. Una camilla carísima que se colocaba en distintas posturas, pero estaba desmontada y eso llevaba su tiempo. Un biombo. Una máquina de estiramientos. Infrarrojos... Estaba claro que había llamado a una tienda especializada en fisioterapia y le habían encasquetado lo más caro. Chasqueó la lengua mirando de nuevo a su alrededor. Casi no podía moverse. Lo apartó todo y abrió su camilla para preparar sus cosas para la sesión.

Cuando se abrió la puerta estaba sentada sobre la camilla porque ni una silla tenía y se sobresaltó porque estaba pensando en sus cosas. Jack se detuvo en la puerta. —¿No has colocado nada?

—Hay que devolverlo.

—¿Qué? —Entró en la consulta cerrando la puerta.

—Hay que devolverlo todo. —Se encogió de hombros. —Excepto las toallas y el biombo. El resto no lo necesito. Y necesito

otras cosas, como una silla. —Saltó de la camilla comiéndoselo con los ojos. Qué guapo estaba ese día con ese traje azul. —¿La espalda mejor?

—Sí —dijo confundido mirando a su alrededor—. ¿Seguro que no necesitas nada?

Levantó las manitas. —Esto es todo lo que necesito. ¿Vamos al lío? Hala, a despelotarse. —Jack puso una cara que casi se le escapa la risa. —Ahí tienes el biombo y la toalla.

Él mirándola con desconfianza rodeó la camilla para ir detrás del biombo. Abrielle se mordió el labio inferior viendo el contorno de su cuerpo mientras se desnudaba. Dios, que sexy era mientras se quitaba la corbata y cuando se quitó la camisa creyó que se mareaba y todo. Le encantaba ese biombo. Se le secó la boca cuando bajó la cremallera de sus pantalones y los dejó caer de una manera tan masculina que era para morir de la impresión. Cuando bajó sus calzoncillos dejó caer la mandíbula porque o estaba loca o él estaba algo excitado. Igual él era también de los que se animaba por las mañanas. Suspiró viendo como cogía la toalla y rodeaba sus caderas. Disimulando se volvió asegurándose que la toalla estaba bien colocada sobre la camilla. —No te has explayado mucho en tu respuesta. ¿La espalda mejor?

—Sí. De hecho he dormido mucho mejor.

Dio dos palmaditas sobre la camilla indicándole que subiera sin querer mirarle mucho, no fuera a pensar que era una salida o algo así. Cogió el frasco de aceite que hacía ella misma para ponerlo al lado del paciente y cuando se volvió y vio los vellitos de sus piernas su corazón dio un vuelco. Sin poder evitarlo miró hacia sus pies. Nunca había visto unos pies tan bonitos en un hombre. —¿Cómo es tu cama?

—¿Perdón?

Miró sus ojos. Mal hecho. Aunque estaba mosqueado ella se excitó muchísimo. —Tu cama. Dura, blanda...

—Dura, muy dura. Una piedra. Es lo que me aconsejaron.

—¿Quién? ¿Un torturador?

La fulminó con la mirada. —Un médico.

—Ah. Bueno, pues si tiene título...

—¡Es un hombre muy reputado!

—Sí, seguro que sí. Pero no te ha quitado el dolor de espalda. Date la vuelta. Quiero palparte —dijo con la boca seca bajando los ojos por sus pectorales sin poder evitarlo. Le encantaba que no se depilara. Le hacía tan masculino... Y esos abdominales... Uy, mira que ombliguito. Se lo comería entero.

—¿Así trabajas? ¿Palpando?

Sonrojada intentó parecer molesta cuando lo que quería era tirarse sobre él. —Oye, si no confías en mi criterio, ¿por qué me has contratado?

—¡Porque me quitaste el dolor!

Sonrió radiante. —Perfecto.

Él se giró y ella se mordió el labio inferior porque su toalla se deslizó mostrando la parte de arriba de su trasero. Madre mía, con ese hombre le iba a dar un infarto. Mejor se ponía a trabajar que aquello era un suplicio. Acercó sus manos y las llevó a sus hombros. —Estás muy tenso. —Él con la cara metida en el agujero suspiró cuando empezó a masajear la zona. Al tocar a un lado sintió el nudo. Abrielle entrecerró los ojos presionándolo. —Esto no se va a ir así como así. Tengo que pinchar.

Eso sí que le tensó. —¿Pinchar?

—¿Te dan miedo las agujas? ¿Has hecho alguna vez acupuntura?

—No. —Levantó la cabeza como un resorte. —Y no voy a hacerla, así que ni hablar. ¡Y a mí no me da miedo nada!

—Muy bien. —Sonrió dulcemente y eso pareció relajarle, pero siguió mirándola con desconfianza mientras ella seguía

masajeando. —Lo haremos con el método tradicional.

—Eso. Tú a amasar y a retorcer, pero nada de agujas.

Sonrió aún más amasando a fondo. Volvió a colocar la cabeza en su sitio y ella puso los ojos en blanco. Para ser tan grande y con tanto músculo que se asustara por unas agujitas de nada.... —Voy a coger uno de esos aceites que me has traído.

—¿No decías que no los necesitabas? —preguntó sin mirarla.

—Por probar algo nuevo no pierdo nada —dijo con segundas dando con el pie a una de las cajas sin quitarle ojo, mientras se agachaba para coger su cajita de plástico donde llevaba las agujas de acupuntura. Como si nada regresó—. Uy, esto huele muy mal. Mejor lo hago con mi aceite que no quiero que piensen que no te has duchado.

—Era lo que me faltaba. Tengo una reunión en dos horas y es muy importante.

—Claro que sí. Tú eres un hombre muy importante. —Cogió su envase con los aceites y se lo echó en el otro hombro. Eso le relajó y más cuando empezó a masajear con la mano izquierda.

—Huele muy bien.

—Es que tiene aceite de lavanda. —Se agachó. —Para relajar. —Cogió la aguja con la mano derecha pensando que tocaría esa

piel el resto de su vida. —¿Te importa que me ponga cómoda?

—No, claro que no.

—Genial. —Se subió a la camilla sentándose sobre su trasero y él sorprendido miró hacia atrás. —Tranquilo, será mientras reparo esos músculos. Enseguida me bajo.

—Esto no es muy ortodoxo.

Sintiendo su duro trasero bajo el suyo sonrió como si no supiera de lo que hablaba. —Colócate.

Él chasqueando la lengua volvió a mirar hacia abajo.

—Tú no te relajas mucho, ¿verdad?

—Tengo muchas responsabilidades.

—Sí, eso se nota. —Dejó la aguja sobre la toalla a su lado y tuvo que cruzar los brazos porque no quería manchar de aceite la zona que quería pinchar. Así que con la mano limpia empezó a masajear con fuerza. —Llevar una empresa tan grande debe ser muy duro. —Notó el nudo y él gimió. —¿Lo notas?

—Joder, duele muchísimo.

Sonrió irónica colocando la mano izquierda cerca del nudo y lo palpó localizando la lesión. —Tranquilo, que yo te lo arreglo.

—Tienes unas manos... —Clavó la aguja sobre el nudo y él casi saltó de la camilla. —¡Hostia!

—¡Ya está! ¿Has sentido cómo se ha movido el músculo?

Él miró sobre su hombro para ver la larga y fina aguja clavada.

—¿Qué es eso?

—Bah, una agujita de nada. —La miró como si no se lo creyera.

—Yo hago lo que considero lo mejor para mis pacientes. Si no les hiciera daño de vez en cuando no progresamos.

—¡Estás despedida!

—Relájate. —Pasó las manos por su espalda. —Prometo ser buena. —Tocó el bajo de su espalda y presionó a ambos lados de su columna. Cerró los ojos como si el placer fuera infinito. Si me dejaras sí que te iba a dar placer, pensó presionando de nuevo. —Colócate. Estás estropeando mi trabajo —dijo con voz ronca.

Él gimió relajándose y cogió más aceite para amasar su espalda. —La cama tiene que ser no muy blanda, pero lo suficiente para ser cómoda. Nuestra columna no es recta del todo. Y tú eres hombre. Tienes las caderas estrechas comparadas con tus hombros. Al dormir de costado sobre una superficie totalmente recta, fuerzas tu columna hacia arriba. Todo eso influye, ¿sabes? No te relajas ni durmiendo. —Se le ocurrió una idea. —¿Quieres que te acompañe a comprarte uno? Podría venir tu mujer y os aconsejaría. ¿Ella también tiene dolores?

—No estoy casado. —Casi chilla de la alegría y masajeó la zona del coxis antes de salir hacia el exterior. —Cómpramelo tú.

—Eso hay que probarlo.

—Abrielle, no tengo tiempo para esas cosas.

Notaba como se estaba relajando y subió sus manos por su espalda hasta llegar a su cuello. Le escuchó gemir y eso la excitó muchísimo. Jamás le había pasado eso con un paciente. ¿Sería que hacía mucho que no echaba un polvo? ¿Mucho? ¡Hacía siglos! — ¿Tu cama es muy grande?

—Ajá...

Madre mía, estaba deseando probarla. Aunque para qué engañarse, allí mismo podrían hacerse maravillas. Suspiró porque se había acabado el recreo. Quitó la aguja sin que se enterara siquiera y cogió sus muñecas. —No te asustes.

—¿Qué?

Puso los pies sobre su trasero y tiró de su cuerpo hacia atrás. Se escuchó un fuerte crack que la hizo sonreír. —Muy bien...

—¡Estás loca!

Sin hacerle caso volvió a hacerlo y casi no se escuchó crujido. — ¿Ves? Mucho mejor.

Él intentó soltar sus brazos y tenía fuerza, pero no estaba en buena posición así que se lo retorció hacia atrás elevándolo. Él gritó por el latigazo en el hombro. —Muy bien.

—¡Serás bruta!

—¿Qué pensabas, que los gritos de Niguel eran porque era un blando?

—¡Sí!

Chasqueó la lengua haciendo lo mismo con el otro brazo. Saltó de la camilla. —Muy bien. Boca arriba, por favor.

Él mirándola como si la odiara se volvió a toda prisa. La toalla se abrió mostrando su ingle y subió su temperatura. Casi estira el cuello para ver mejor.

—¡Espero que no vuelvas a hacer algo así!

Sonrojada le miró. —¿Perdón?

—Hazme daño de nuevo y...

Más relajada sonrió dejándole de piedra. —Sí, ya, ya. De nada. —Se puso a la cabecera. —Eleva los brazos.

Él lo hizo a regañadientes, pero de repente frunció el ceño. —No me duele.

—Haces mucho ejercicio, ¿verdad? —preguntó cogiendo sus muñecas.

—Tengo un preparador. —Ella apretó los labios estirando sus brazos tras su cabeza de un lado a otro. —No te gusta mi preparador. ¡Llevo tres años con él!

—Ejercitar con estas lesiones pueden provocar una rotura de fibras o algo peor. No debió continuar sabiendo que te dolía la espalda. —Él apretó las mandíbulas. —Porque se lo dijiste, ¿no?

—Pues no.

—Estupendo. —Él miró hacia arriba para ver que se estaba cabreando. Iba a decir algo, pero le fulminó con la mirada así que cerró el pico reteniendo la risa. —No tiene gracia. Eres un inconsciente. Si se te hubiera inflamado el coxis sí que te ibas a reír. Y no le excuses, tuvo que ver que te dolía.

—¿Acaso no hay que sufrir cuando se hace ejercicio? Sino es que no estás trabajando el músculo.

Gruñó tirando de sus muñecas hacia atrás. —Nada de ejercicio en unas semanas.

—Ni hablar.

—Jack, hablo en serio. Esos músculos necesitan descansar y ya los tensas mucho con tu trabajo. Tienes la espalda hecha polvo.

—Para eso te he contratado.

Frustrada rodeó la camilla y cogió su tobillo tirando de golpe de él. Gimió como si fuera un gusto y lo hizo de nuevo. —Un día vas a llegar con una lesión seria y te obligaré a parar. Y a parar del todo.

—Entonces es que no habrás hecho bien tu trabajo. —Se apoyó sobre los codos elevando el torso. —Y te demandaré.

—Muy gracioso.

Sonrió tumbándose de nuevo. Cogió su otro tobillo y lo giró. Su grito se escuchó en toda la planta y ella sonrió maliciosa. —¿Duele?

—La hostia...

—Eso es el coxis. ¿No habías dicho que te dolía en el centro de la espalda?

—¡Era lo que más me dolía!

—¿Y ahora eso cómo va?

—Mejor —respondió a regañadientes.

—¡Porque te he tratado! Sigue haciendo el idiota y todo mi trabajo no servirá de nada. Y te aseguro que no me gusta perder el tiempo. —Se apartó exasperada porque por su cara parecía que no iba a hacerle ni caso. Relájate Abrielle, que acabas de conseguir este trabajo y te viene genial. Ya le convencerás. Forzó una sonrisa. —Hala, por hoy ya está bien.

Él se sentó en la camilla y movió los hombros. —Perfecto.

—No, perfecto no, Jack... —Su advertencia le entró por un oído y le salió por el otro. Abrielle entrecerró los ojos. Iba a tener que ser más dura. Mira que ella intentaba ir por las buenas, pero nada. No se podía ir de buena por la vida.

Él salió abrochándose la camisa con la corbata en la mano. —
¿Mañana a la misma hora?

—No, esperaremos hasta el viernes.

Él asintió cogiendo la chaqueta del traje. —Muy bien. El viernes a las diez. —Pasó ante ella con la chaqueta en la mano y sin despedirse siquiera abrió la puerta.

Niguel estaba ante la oficina esperando impaciente. Entró a toda prisa y la abrazó. —Gracias. Esta noche fue la primera vez que he podido hacerle el amor a mi mujer en meses sin que me doliera.

Estaba claro que allí todo el mundo tenía sexo menos ella. —Me alegro mucho. ¿Llegó al clímax?

Hinchó el pecho orgulloso. —Pues sí. Esta vez la embarazo.

—Ah, que quieres embarazarla... —Levantó la cajita sonriendo de oreja a oreja. —Quítate los pantalones.

Capítulo 3

La cola llegaba hasta los ascensores y acariciando la cabecita de Muffin caminó hasta su consulta donde estaba el primero. — Perdonas, ¿pero a qué esperáis?

—Queremos cita. ¿Tienes secretaria? No podemos estar aquí todo el día.

Puso los ojos en blanco abriendo la puerta para ver a Jack ya sentado sobre la camilla profesional que había conseguido instalar el día anterior. —¿Qué está pasando? ¿Todos tienen dolores de repente? —preguntó cerrando de golpe.

—Al parecer se ha corrido la voz. Llegas tarde. —Miró a Muffin como si fuera el diablo. —¿Qué hace esa rata aquí?

—Uy, el pobrecito. Han tenido que cortarle una uña, ¿sabes? Mi vecina que no le vio al salir del ascensor. La pobre está cegata. — Besó su cabecita. —He tenido que llevarle al veterinario, si ves como lloraba... Pobrecito. —Le dejó sobre la mesa con la manta y

todo y Muffin ladró sacando su patita y mostrando la enorme venda que le había puesto el veterinario. —Tranquilo cariño, que en cuanto termine te llevo a casa. —Dejó el bolso sobre la mesa. —Es que el mundo exterior es muy peligroso para él. Como es tan pequeño... Espero que no le pase nada más porque sino mi hermana me rompe las piernas. —Se volvió para ver la cara de horror de Jack. —Venga, tampoco es para tanto.

—¡No se pueden traer las mascotas al trabajo!

—Ya te he dicho que no es mío. Es un marrón que me ha dejado mi hermana mientras está en Escocia. Hay que ser un poco magnánimo de vez en cuando. —Puso los brazos en jarras. —¡Solo será un día!

—¡Y luego serán dos y cuando me dé cuenta conviviremos con perros y gatos y aquí no trabajará nadie!

Ya le estaba tocando la moral con los nervios que había pasado. —Vale, si quieres me voy. —Se dispuso a coger a Muffin y él carraspeó.

Sonriendo se volvió hacia él que dijo entre dientes —Por un día no pasa nada.

—Ya lo suponía. —Acarició la cabeza de Muffin y decidió dejarle en el suelo no fuera a ocurrir que al muy suicida se le ocurriera

saltar de la mesa.

Se acercó a la camilla. —Vuélvete, quiero ver cómo vas. —Se puso boca abajo y entrecerró los ojos al ver cómo le costaba. Se iba a cagar. —Has hecho ejercicio, ¿verdad?

—Un poco, para mantenerme.

—¿Para mantener el dolor de espalda?

La fulminó con la mirada. —Muy graciosa.

Los gritos del jefe hicieron que la fila se disolviera poco a poco mientras los trabajadores murmuraban con cara de horror. Sudando del esfuerzo tiró de sus brazos con fuerza estirando la columna y cuando terminó él también estaba agotado. Agotado y relajado. —Joder, eres la mejor.

Sonrió encantada. —Gracias. —Le dio una palmada en el trasero. —Listo.

—Un día te van a acusar de acoso.

—Qué va. Yo sí que podría denunciar a unos cuantos que tienen las manos largas.

Él levantó la cabeza como un resorte. —Si eso ocurre, debes decírmelo de inmediato.

—Tranquilo, sé arreglármelas. —Fue hasta una pequeña neverita que se había agenciado y sacó una botella de agua. Muffin

se acercó de inmediato. —¿Tienes sed, mi vida? —Buscó a su alrededor y cogió un bote de plástico de una de las cajas que aún seguían allí. —¿Esto se lo van a llevar en algún momento? —preguntó sirviéndole agua.

Él suspiró sentándose sin darse cuenta de que abría las piernas y le mostraba todo su esplendor. Se quedó helada. ¡Si eso estaba en descanso, era una auténtica maravilla! Alelada vio cómo se levantaba y se rascaba el pecho yendo hacia detrás del biombo. —Estoy pensando en cambiarte de despacho.

—¿Y eso?

—Este no tiene baño. Seguro que lo necesitas.

—Pues no me vendría nada mal, la verdad. Sobre las cosas...

—Seguro que en algún momento lo necesitas. —Hala, él lo decidía todo. —Sobre la cama...

—¿Ya la has cambiado?

—Tengo una hora libre. Vamos.

Dejó caer la mandíbula. —¿Ahora?

—Sí, ahora.

—Tengo una cita. —Él sacó la cabeza del biombo levantando una ceja. —Pero la cancelo, el jefe es lo primero.

—Eso creía. —Salió poniéndose la corbata. Se notaba que tenía práctica porque ni necesitaba un espejo. Cogió la chaqueta y se la puso mientras ella se lo comía con los ojos. —¿Nos vamos?

—Sí, claro. —Cogió el bolso y a Muffin. Al ver la cara de su jefe jadeó. —¡No voy a dejarle aquí solo!

Él gruñó yendo hacia la puerta y al salir Abrielle vio que no quedaba nadie en el pasillo. —¿Dónde está todo el mundo?

—Trabajando, que es lo que debería estar haciendo yo. —Sacó el móvil del bolsillo y pulsó la pantalla antes de ponérselo al oído mientras caminaba hacia el ascensor. —Bob, ven a buscarme.

Entró en el ascensor tras él y sonrió. —¿Cuánto mide?

—¿El qué?

—El colchón, Jack. ¿Cuánto mide?

Gruñó cogiendo el teléfono de nuevo. No sabía a quién llamaba, pero le contestó enseguida. —¿Cuánto mide mi colchón? —Colgó de nuevo. —Tres por dos.

—Hala... —Entrecerró los ojos. —¿Quién era?

—Mi asistenta.

—¿Y no la saludas ni te despides? —La miró como si la rara fuera ella, aunque pensándolo bien él nunca la saludaba ni se

despedía. Empezaba a hablar a bocajarro. Estaba claro que no le gustaba perder el tiempo. —No es problema mío.

—No. —Las puertas del ascensor se abrieron y los que estaban esperando a subir se separaron en el acto para dejarles pasar casi agachando la mirada a su paso. Estaba claro que le temían.

—Tienes muy mala leche, ¿verdad?

Él giró la cabeza. —Si no se te suben a la chepa. Tengo seis mil trabajadores a mi cargo. ¿Crees que eso es fácil?

—No, tiene que ser muy estresante. —Un hombre esperaba ante la empresa y abrió la puerta del coche en cuanto le vio. —Aunque también tiene sus ventajas.

El teléfono de Jack empezó a sonar y vio como descolgaba en el acto. —Dime Niguel...

Entró en el cochazo antes que ella y sonrió a Bob. —Buenos días.

—Señorita...

—Lavery, pero llámame Abrielle.

—Un nombre precioso.

—¿Nos vamos? —preguntó él exasperado desde el interior del coche—. Bob a una tienda de colchones.

Entró a toda prisa y Bob cerró la puerta. Había que ver el carácter que tenía ese hombre. —¡No! —gritó sobresaltando a Muffin entre sus brazos—. ¿Cómo que tienen más financiación? ¿Un socio? ¡No me cuentes historias, Niguel! ¡Solúcelo!

Colgó el teléfono furioso y ella levantó una ceja. —Seguro que Niguel ahora está mucho más tranquilo. No me extraña que les cueste concebir.

La fulminó con la mirada. —Los problemas que tenga Niguel con su mujer no son de mi incumbencia.

—Claro que sí, porque si él está contento hará mejor su trabajo.

—¿Insinúas que mis trabajadores no están contentos?

—A ti no te lo van a decir, claro.

Jack entrecerró los ojos. —¡Están contentísimos! ¿Verdad, Bob?

El chófer asintió con vehemencia. —Por supuesto, jefe. Yo con usted hasta la muerte. —Miró asustado por el espejo retrovisor y sus ojos coincidieron. El pobre le indicó que no le metiera en eso y casi se le escapa la risa.

—¿Ves? Está encantado. ¡Cómo todos! No hay nadie que pague mejor que yo.

—Eso es cierto —dijo como si fuera la única verdad que había dicho. La miró como si quisiera cargársela y Muffin le gruñó.

—Tranquilo cielo, es como ese perrito de esa mañana. Mucho ladrar, pero...

—No termines esa frase —dijo entre dientes. Ella acarició la cabeza de Muffin y con descaro le guiñó un ojo—. Tú quieres ligarme, ¿no? —Vaya, sí que era directo. Seguro que tenía que ver con eso de no perder el tiempo. Se sonrojó ligeramente. —¡Lo sabía!

—Eres atractivo, soltero, elegante, rico... Vamos, que no estás mal.

—¡Vaya, gracias! Pues vete olvidando.

—No, si yo ya me había olvidado —mintió con descaro dejándole de piedra—. Con la mala leche que tienes no congeniaríamos en la cama.

La risita del conductor le tensó aún más. —¿Y eso por qué?

—Porque cuando se hace el amor, hay que estar relajado y tú no te relajas nunca. Seguro que suena el teléfono y la dejas a la mitad para echarle la bronca a Niguel. Pobrecito.

—¡Hasta el momento ninguna se me ha quejado! ¡Todo lo contrario!

—Ya, claro. Para no hundir tu autoestima, que se nota que tienes un montón. —Entrecerró los ojos. —¿Tienes problemas de

erección? Porque el estrés tiene mucho que ver. Te pongo unas agujas y...

—¡Me funciona muy bien, gracias!

—¿Seguro?

La miró como si quisiera que la traspasara un rayo. —Seguro.

Sonrió radiante lo que le confundió aún más. —Perfecto. Seguro que tus amantes lo aprecian.

—¡Te aseguro que mucho! ¡Lo aprecian mucho!

—Eso dicen.

Sus ganas de estrangularla eran patentes y Muffin volvió a ladrarle. —Tranquilo, cielo. Es muy protector.

—Mañana se quedará en casa.

—Ah, no. Mañana viene conmigo.

—¡De eso nada!

—¡Es sábado y puedo llevármelo a donde me dé la gana!

Él se llevó la mano a la frente. —Joder, mañana tengo el viaje a Múnich... —dijo por lo bajo.

Le observó sacar el teléfono y llamar a su secretaria para confirmar que tenía el billete y a qué hora tenía que salir. La preocupó que se estresara tanto por todo, pero tenía un puesto de mucha responsabilidad. El coche se detuvo y vio que estaban ante

una empresa de colchones de primera. De hecho tenían unos precios que ella ni soñaba y presumían de hacer los colchones a medida. —Bob abrió la puerta del coche por donde estaba él y salió mientras su secretaria hablaba de algo que también debía ser vital. Suspiró saliendo tras él y miró a Bob. —¿Siempre es así?

—Y hoy tiene un buen día. Se nota que ha descansado. —Le guiñó un ojo. —Gracias a usted.

Dio un paso hacia él. —¿Te ha hablado de mí?

—Le ha impresionado. Es todo lo que le voy a decir.

Sonrió encantada.

—¡Abrielle! Mujer, ¿no te he dicho que tengo prisa? —preguntó su jefe desde la puerta aún con el teléfono en la mano.

—Ya voy... —Pasó ante él que gruñó en ese momento como si fuera una molestia. Entró en la tienda y sonrió a la dependienta que se acercó de inmediato. Y ella con esas pintas, pensó viendo el traje rosa que llevaba que le quedaba estupendamente.

—Bienvenidos a Bed's and Comfort. ¿En qué puedo ayudarles? —preguntó mirando a Jack de reojo como si le interesara.

—Venimos a por un colchón. Para mi cariñito —dijo para fastidiar.

Él ni se enteró hablando por teléfono. —Oh, ¿solo para él?

Se acercó y susurró —Claro que no, pero es para su casa, ya me entiende. Pero venimos los dos porque el suyo es muy duro para mí y no duermo cómoda. Y él quiere que esté muy cómoda.

—Comprendo —dijo algo desilusionada—. Blando, pero con firmeza.

—Exacto.

—Sígueme, por favor.

Pasaron entre varias camas y se detuvo en el centro del enorme establecimiento. —Este es fantástico. Se amolda a cada parte de su cuerpo. Viscoelástico, transpirable, así que no da calor en verano y tiene tres capas de suave algodón egipcio con una funda exterior desenfundable. Lo mejor de lo mejor.

Se sentó y era demasiado blando. —No.

Empezó a sentarse en todos los colchones que tenía a su alrededor. Por no cargar con Muffin lo dejó sobre uno de ellos mientras Jack que la observaba seguía hablando por teléfono. Se sentó en uno y entrecerró los ojos antes de tumbarse. Se puso de lado, boca arriba y de costado. Aquello era una maravilla. —¿Jack?

—Hablamos ahora. —Se acercó a la otra parte del colchón. —
¿Este?

—Pruébalo. —Dio dos palmaditas sobre la superficie. —Quiero que lo sientas.

Él se sentó y dio varios botes antes de mirarla sobre su hombro con aprobación. —Es mucho más blando.

—Si tienes una piedra no me extraña que lo notes. —Sonrió cuando se tumbó a su lado mirando el techo. —¿Qué tal?

—Es cómodo. —Se pasó la mano por la corbata muy tieso.

—¡Relájate!

—Abrielle, yo nunca me relajo, ¿comprendes? Es un lujo que no puedo permitirme.

—Ponte boca abajo.

Él puso los ojos en blanco haciéndolo y la tía apareció con una almohada gordísima. —Ah, no. Tiene que ser más baja. —Se alejó a toda prisa. —Esta no tiene ni idea. ¿Estás cómodo?

—Nunca duermo boca abajo. Me duele el cuello.

—Claro, pero para eso estoy yo aquí. Uff, esto es la gloria.

—¿El tuyo cómo es?

—Mi casa es de alquiler y los muebles venían incluidos, así que imagínatelo.

—¿Y quién te cura a ti?

—David.

Levantó la cabeza de golpe. —¿David?

—Fuimos juntos a clases de acupuntura. Conectamos enseguida. De vez en cuando quedamos y nos ponemos a punto el uno al otro.

—A punto —dijo como si eso no le gustara un pelo.

Al ver que la chica venía con otra almohada inapropiada se levantó exasperada. —Déjeme ver a mí.

—Por aquí.

Él se quedó allí tumbado y se puso boca arriba mientras ellas se acercaban a una estantería llena de almohadas. Palpó algunas que le gustaban antes de elegir la definitiva y cuando regresó se quedó de piedra. Se había quedado dormido. No... Apretó los labios sentándose a su lado y le dio una pena enorme, pero sabía que si no le despertaba iba a haber un drama. Pasó la mano por su mejilla y él abrió los ojos de golpe. —Creo que este es el correcto, ¿no crees? —Él suspiró sentándose y pasándose la mano por los ojos. —Estás agotado. Te exiges demasiado —dijo con pena.

Jack miró su reloj y se levantó a toda prisa. —Vamos, nena. Tengo una reunión. —Miró a la chica. —Quiero este de tres por dos. Y esas almohadas.

—Sí, por supuesto.

Le observó mientras se alejaban y él daba los datos antes de sacar su tarjeta platino. Chasqueó la lengua levantándose y dejando la almohada a un lado antes de acercarse a Muffin. Al ver la mancha amarilla sobre el colchón gimió cogiéndole en brazos. Aquel colchón debía costar un ojo de la cara. Como si nada se acercó a ellos. — ¿Listo?

Él asintió antes de ir hacia la puerta y ella se acercó a la dependienta para decir en voz baja —Y cóbrele aquel colchón de allí. Es que mi perro está algo malito y no se ha controlado.

La chica la miró con horror. —No fastidie.

—Oye, que te he dicho que se lo cobres a mi novio.

—¡Tardarán dos meses en enviarme otro!

—Pues chica, límpialo y dale la vuelta. Es que todo son problemas.

—¡Abrielle!

—Uy, me llama. —Corrió fuera de la tienda dejando a la chica con la boca abierta. —¿Si?

—Nos vamos.

Mordiéndose el labio inferior se subió al coche antes que él. Cuando Bob cerró la puerta le miró de reojo. Tenía que decírselo. Se iba a cabrear. —¿Jack?

—¿Uhmm? —preguntó mirando su móvil.

—Ha habido un pequeño accidente en la tienda.

La miró a los ojos. —¿Accidente?

—Muffin se ha hecho pis. Pobrecito, no controla, debe ser la pastilla que le ha dado el doctor porque es muy limpio.

—¿Qué? —gritó sobresaltándola.

—No grites, que le asustas. Y lleva un día...

—¿Él lleva un día? ¡Me lo van a cobrar a mí!

—Sí, eso le he dicho a la chica, que te lo cobrara a ti. —La miró como si tuviera una cara durísima. —Es que debe ser carísimo. ¿Eso no desgrava? —Jack la miró como si quisiera matarla. —Vale, descuéntamelo. Te pago mil al mes.

—Eso pienso hacer.

Con pena miró a Muffin que lamió su barbilla. —No nos entienden.

—¡Oh, por Dios, si se lame el pito! ¡No dejes que haga eso!

—Eso mismo le decía yo a mi hermana. —Sonrió radiante. — Pero es un conquistador. Te mira con esos ojitos saltones y hace de una lo que le da la gana.

—¡Seguro que hasta duerme en la cama!

—No —mintió descaradamente. Él levantó una ceja—. Sí, ¿vale?
Es que sino gime y me da pena.

—Es muy listo, sabe que gimiendo haces lo que quiera.

—Sí, no soy muy dura pero no es mío. En un mes a casa de mi padre y seré libre.

—En dos semanas llorarás por las esquinas porque no estará a tu lado.

Recordó como su hermana lloraba a moco tendido por estar separada de él seis meses. Alucinó porque parecía más afectada porque se separaba del perro que de ella. —No, eso no me va a pasar a mí —dijo forzando una sonrisa.

—Ya lo veremos —dijo por lo bajo.

—Te digo que no. Tampoco le quiero tanto. —Miró hacia Muffin que levantó su cabecita hacia ella y le dio tanta pena que susurró — Es mentira, pero es que me está presionando. —Jack se echó a reír sorprendiéndola y no pudo evitar sonreír. —Antes me caía fatal. Siempre me gruñía.

—Son perros muy territoriales. Veía que te acercabas a su dueña y se ponía celoso. —Alargó la mano y Muffin gruñó antes de ladrar poniéndose de pie sobre su regazo totalmente en guardia. —¿Ves?

—Eh, eso no se hace.

—No se hace así. ¡No! —Muffin le miró con los ojos como platos por su firmeza. —¡Siéntate!

Muffin lo hizo y alucinada le miró. —Seguro que si te lo dejo una semana hasta me va a buscar el periódico a la puerta.

—Necesitan autoridad. Si no se estresan —dijo como si nada sacando su móvil de nuevo—. Si mandas tú están más relajados.

—¿Como con tus empleados?

Él sonrió divertido poniéndose el teléfono al oído. —¿Niguel? Baja, nos vamos a la reunión.

Colgó el teléfono sin más y ella se le quedó mirando. —Eres increíble —dijo con admiración—. Lo voy pillando.

—Alguien tiene que mandar.

—Y tú lo haces muy bien —dijo impresionada.

La miró de reojo. —Y por eso no quieres acostarte conmigo.

Su corazón saltó en su pecho. —¿Eso es una invitación?

—Yo he preguntado primero.

—¡No fastidies, no has preguntado nada! ¡Y te recuerdo que antes has dicho que me olvidara!

—Muy bien. —Se giró para mirarla de frente haciendo que su estómago diera un vuelco por la diversión de sus ojos. —Lo diremos a la vez. Sí quiero o no quiero. A la de tres.

Entrecerró los ojos pensando que podía quedar en ridículo, pero a él también podía pasarle. —Vale.

—A la una, a las dos y...

Ella le besó en los labios provocando que dejara la frase a la mitad y aprovechando que tenía la boca abierta entró en su boca saboreándole. La cogió por la nuca pegándola a él y tomó el control del beso provocando que todo en ella se excitara. Jamás la habían besado tan apasionadamente y se moría por saber cómo era lo demás. Abrielle apartó los labios con la respiración agitada y dijo impaciente —Sí, sí quiero.

Él sonrió divertido. —Muy bien. Cuando vuelva de Múnich... — Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Es demasiado tarde?

—¡Sí!

Rio por lo bajo. —Esta noche entonces. —Acarició con el pulgar su mejilla antes de besar su labio inferior —Hemos llegado. —Ella suspiró apartándose de él para mirar por la ventanilla. Ya se habían detenido ante la empresa. —Te llamaré.

Sonrió encantada de la vida y agarrando a Muffin que ni había protestado salió del coche. Niguel ya estaba allí y le guiñó un ojo antes de montarse. Caminando como en una nube fue hasta la puerta. Iba a ser la noche más maravillosa de su vida.

Capítulo 4

La noche más maravillosa de su vida, pensó entrando en la empresa con la bolsa, la camilla y con Muffin en un trasportín atado a su pecho. Entró en el ascensor furiosísima porque se había arreglado como nunca para esa noche y todo para terminar comiendo pizza sobre el sofá, llorando como una descosida porque le habían dado plantón. Para colmo Muffin se había comido casi todo el pepperoni y le había sentado fatal, provocando que a las dos de la mañana se pusiera malito. La bronca del veterinario no la puso de mejor humor. Pero que ni la hubiera llamado en todo el fin de semana... ¿Quién se creía que era? ¡A ella nadie la dejaba plantada! ¡Nadie!

Al llegar a su consulta allí estaba Clare con unos tacones aún más altos que la última vez. —¿Es que estás sorda? ¡No puedes ponerte eso! —gritó a los cuatro vientos haciendo que la chica se

pusiera como un tomate—. ¿Si no vas a hacerme caso para qué vienes?

—Me duele la mano.

Frunció el ceño estirando el cuello y ella alargó la mano. —Este dedo. —Señaló el pulgar. —Me cuesta moverlo.

—¿Chateas mucho con el móvil? —Ella asintió con los ojos como platos. —¡Pues deja de hacerlo! —Entró en su consulta dando un portazo.

Gruñendo dejó la camilla portátil a un lado y suspiró del alivio antes de acercarse a su mesa para dejar la bolsa y abrió el cierre del trasportín. Muffin gimoteó cuando le dejó en el suelo. —Sí, guapo. Lo que me faltaba, cargar contigo todo el día.

Sacó la agenda del bolso y vio que solo tenía cuatro citas. Para estar tan impacientes el otro día, no habían vuelto a llamar. Qué raro. Miró el teléfono que estaba sobre la mesa y lo descolgó para ver si tenía tono. Suspiró y fue hasta la camilla para coger una toalla.

Se abrió la puerta y al ver que era Jack se tensó, pero sin decir ni pío siguió colocando la toalla. Él se acercó metiendo las manos en los bolsillos del pantalón. —Tuve un problema y no pude llamarte.

—¿Problema? ¿Qué problema? —preguntó mirándole fijamente.

—Tuve una cena de negocios que no pude evitar. Iba a llamarte, pero me interrumpieron y después era muy tarde.

Se cruzó de brazos porque no sabía si creerle. —Así que una cena de negocios. ¿Y cuándo te enteraste de esa cena de negocios?

—A las seis.

Ahora sí que le había pillado. ¡Y le mentía! —A las seis... ¿Y cómo pensabas llamarme?

Él la miró sin entender la pregunta. —Si ibas a llamarme, ¿de dónde ibas a sacar el teléfono? Porque yo no te lo di. ¿Estabas con Niguel? Y no me mientas porque puedo preguntárselo. —Por su expresión era obvio que su vicepresidente no estaba con él. —Es evidente que no estaba contigo. ¡Como es evidente que la empresa cierra a las cinco y si te diste cuenta a las seis de tenías la cena, a mí esto no me encaja! ¡No ibas a llamarme! —Él apretó los labios. —Te olvidaste, ¿verdad?

—Me di cuenta en la cena. —Frustrado se pasó la mano por la nuca. —¡Lo siento nena, pero una reunión llevó a otra y antes de darme cuenta estaba en la cena!

Ofendida porque no se había acordado de ella en toda la tarde levantó la barbilla. —Muy bien. Gracias por las disculpas.

—¿Quedamos esta noche?

—Ni se me ocurriría.

Él apretó los labios viendo como iba hacia la bolsa y cogía su frasco de aceites. —Nena... creo que no lo has entendido.

—¡No, no lo entiendes tú! ¿Pero quién te crees que eres? — preguntó atónita—. ¡No puedes hacer eso! ¿Sabes lo que sentí? ¡Hasta me depilé y mira que lo odio!

—¡No tenía tu móvil! —le gritó a la cara.

—¡A mí no me grites! —Se miraron los labios y él la cogió por la cintura pegándola a su cuerpo. —No... —Él besó su labio inferior con tal erotismo que la hizo ponerse de puntillas deseando más. — Bueno... —Jack sonrió besando su labio superior antes de pasar la punta de su lengua por él estremeciéndola de placer. —Vale.

Llamaron a la puerta y él suspiró. —Esta noche no se me va a olvidar, te lo aseguro.

—Pues no me vuelvo a depilar.

Él rio por lo bajo. —Me lo merezco. —Se apartó y Muffin ladró. Jack la miró interrogante.

—Lo he traído porque estaba cabreada. —Levantó la barbilla. —
¿Algo que decir?

Reprimiendo la risa fue hasta la puerta. —Procura que no se
mee por ahí.

—¡Es muy limpio! ¡Aquello fue un error! —Muffin ladró como
confirmándolo. —¿Ves?

Riendo salió de la consulta y la otra chica de recepción que
esperaba dejó caer la mandíbula del asombro. —Pasa Judith.
Vamos a ver cómo está ese codo.

La chica entró a toda prisa. —¿Qué le has hecho?

Se sonrojó ligeramente. —¿Al jefe? Bueno, no debería hablar de
eso...

—Ah, claro. Es secreto profesional.

—Eso. Tienes una toalla tras el biombo.

—Pues no sé qué le estás haciendo, pero sigue por ahí porque
está de mucho mejor humor.

Cogiendo el aceite preguntó como si nada. —¿De veras?

—Oh, sí. Está como más contento. Bueno, esta mañana cuando
llegó no, se lo llevaban los demonios, pero siempre que tiene
masaje... Chica, es como un milagro —dijo desde detrás del biombo

haciendo que sonriera de la alegría. De repente se escuchó un crack detrás del biombo.

Abrielle miró hacia allí. —¿Estás bien?

—Joder, ya me he cargado las medias.

Hizo una mueca. —¿Tienes de repuesto?

—Bah, ya estamos en verano. —Salió con la toalla rodeando su torso y sonrió. —¿Has ido a la playa este fin de semana?

Gruñó por dentro recordando su fin de semana. —Pues no. He trabajado.

—Claro, esto de no tener horario... —Apartó un mechón rubio tras la oreja antes de sentarse en la camilla sonriendo al perrito. —
Qué mono

—Es de mi hermana. —Cogió su brazo con delicadeza viendo la hinchazón en su codo. —Parece que está peor. ¿Has colocado las compresas con hielo?

—Sí, mientras veía la tele. —La miró con desconfianza y se sonrojó. —Cuando descansaba.

Abrielle señaló su muñeca que parecía que tenía restos de pintura beige. —¿Estás de obras en casa?

—Uff, sí. La estamos pintando. —Soltó una risita mirando su muñeca. —Vaya, eso no se ha quitado.

¿Es que nadie le hacía caso? Empezaba a pensar que era invisible. La miró maliciosa sonriendo como una loca y dijo suavemente —Túmbate, quiero que te relajes.

Mirandola con desconfianza se tumbó boca arriba. —Pero hoy pienso descansar.

—Claro que sí. De eso me encargo yo.

Estaba casi lista para irse cuando llamaron a la puerta. —¿Sí?

Esta se abrió y una mujer de unos sesenta años que obviamente era de la limpieza la miró algo temerosa con sus bonitos ojos azules. —¿Se puede?

—Sí, por supuesto. ¿Qué quería? ¿Una cita?

Al entrar vio que cojeaba ligeramente y cerró a toda prisa. Era evidente que tenía dolores. —Le duele la cadera.

La miró aliviada. —Muchísimo. Llevo meses con dolores, pero mi seguro dice que son cosas de la edad.

Mierda de seguros. Estaba más que harta de ellos.

—Sé que es tarde y que seguramente es su hora de comer, pero si me da cita para mañana...

Dejó su bolsa y le guiñó un ojo a Muffin. —Puedo echar un vistazo, ¿verdad, cielo?

Muffin ladró haciendo sonreír a la mujer. —Qué mono.

—Es de mi hermana. —Se acercó a la camilla y puso una toalla.

—Túmbese boca arriba. Veamos qué ocurre.

Tuvo que ayudarla a subir porque no era capaz por ella misma y eso la preocupó. —No debería trabajar en estas condiciones.

—Necesito el trabajo. —Se iba a bajar. —Mejor me voy.

—Túmbese —dijo intentando relajarla—. ¿Cómo se llama?

—Mary Anne.

Cogió su pierna doblando su rodilla y tiró lentamente de ella hacia su torso. Gimió de dolor. —¿Artrosis?

—Eso dijo el médico, que era artrosis. Eso decía la radiografía. Que tenía algo que sobresalía del hueso.

Abrielle apretó los labios dejando la pierna sobre la camilla.

—¿Osteofitos?

La miró asombrada. —Sí, creo que dijo eso. No lo apunté y...

—No se preocupe.

—Tutéame, por favor.

—¿No te dijo nada de hacerte una resonancia?

Negó con la cabeza. —Me dio pastillas para el dolor, pero no me hacen nada.

—Tu seguro no lo cubre.

—Solo operaciones cuando mi vida está en riesgo —dijo algo avergonzada—. ¿Puedes aliviarme?

Sonrió para tranquilizarla. —Por supuesto que puedo intentarlo, aunque el hueso ya esté dañado. Haremos trabajar los músculos que rodean la lesión para que se fortalezcan y así que te duela menos. Pero no creo que el dolor desaparezca. Si tienes osteofitos, creo que deberían hacerte una resonancia.

—No puedo permitírmelo. Casi no llego a final de mes con las horas que trabajo. Está todo carísimo.

La comprendía. Había escuchado su historia muchas veces. Sonrió y le dio dos palmaditas en la pierna. —Voy a darte un masaje para intentar aliviar la presión que ejerces al caminar, ¿de acuerdo? Ahora necesito que te desnudes. Detrás del biombo tienes toallas.

La mujer se sentó con esfuerzo. Sus ojos se empañaron. —Gracias. Yo aquí molestando cuando ibas a irte.

—Eh... Lo hago encantada. —La abrazó porque sabía que lo necesitaba y notó como se tensaba antes de empezar a relajarse. —Además así adelgazo que he cogido un par de kilos.

La mujer se echó a reír sobre su hombro. —No me abrazaban desde hace casi veinte años.

Se apartó para mirarla sorprendida. —¿Y eso?

Se encogió de hombros. —He estado sola desde entonces.

—¿No tienes familia?

Agachó la mirada. —Mi madre murió cuando me casé y no, no tengo familia.

—¿Sabes que tengo un cliente que tiene tu edad que está buscando lío?

La miró sorprendida antes de echarse a reír. —¿Quieres que tenga una cita? Si ya tengo casi sesenta años.

Se quedó de piedra porque aparentaba muchos más. Aunque igual era por esa mirada triste. Mirándola bien todo en ella era descuidado. Como si hubiera dejado de cuidarse hacía mucho. Incluso su cabello castaño estaba recogido en una descuidada cola de caballo. Se notaba que era una mujer que había sufrido mucho en la vida.

—A mi Gregory le vas a encantar. Tiene sesenta y un años, pero está hecho un toro.

—¿Y por qué le tratas? —preguntó con interés mientras la ayudaba a levantarse.

Abrielle se echó a reír. —Porque se le ocurrió hacer full combat. Se ha torcido un tobillo. Siempre viene con alguna avería por cosas así. Es cliente fijo.

—Parece divertido.

—Lo es. —Viéndola alejarse se convenció de que un hombre así, un hombre que disfrutaba de cada día de su vida era lo que ella necesitaba para florecer. Les prepararía una cita.

Mirando el reloj gimió al ver que eran las seis y media. Vio que Muffin estaba levantando la patita para soltar una gotita en la farola. —No puedes ir regando todas las farolas de Nueva York. No terminaríamos nunca. Venga, vamos. —Caminaron hasta su casa y gruñó porque no la había llamado. Ese la dejaba plantada otra vez. —Si ya me lo decía mi madre. No te fíes de un hombre guapo. Hacen con una lo que quieren. —Muffin levantó la cabeza para mirarla. —Sí, tú mira a las feas que te irá mejor en la vida. —Entrecerró los ojos. —Aunque tú serías del otro bando con lo guapo que eres. —El perro levantó la cabeza caminando a su lado orgulloso. —Machos.... Son todos iguales.

Dieron la vuelta a la esquina y se detuvo en seco sintiendo que su corazón daba un vuelco al ver que Jack estaba en su portal con un ramo de rosas rojas en la mano. Estaba pulsando el telefonillo y estaba guapísimo con un traje negro, corbata roja y camisa blanca. Ni que se fuera de boda y ella con esas pintas. Gimió mirándose sus desgastados pantalones vaqueros y sus viejas zapatillas. La

camiseta de los Guns and Roses hasta tenía un agujero en el hombro... ¿Quién la mandaba cambiarse después de venir del trabajo? Con las mallas al menos mostraba trasero.

Bufando fue hasta él y la miró antes de pulsar el botón de nuevo como si no la hubiera reconocido. De repente la miró asombrado y ella forzó una sonrisa acercándose. —Hola. No has llamado.

La miró de arriba abajo. —¿Acabas de salir del instituto?

—Ja, ja.

Jack disimuló una sonrisa admirando su cabello suelto que le llegaba hasta la cadera. —Estás preciosa.

Se sonrojó de gusto cogiendo el ramo que le ofreció. —Gracias, son hermosas. ¿Subes mientras me cambio? —Él carraspeó y se tensó. —No puedes quedarte.

—Tengo una cena de negocios. Pero... —En ese momento llegó Bob con una bolsa. —Tengo una hora y media. Todavía están aterrizando.

Sonrió encantada por pasar tiempo con él. —¿Has pensado en Muffin?

—He pensado en todo, nena —dijo mirándola como si quisiera comérsela.

Soltando una risita nerviosa abrió la puerta del portal y él entró tras ella mirando a su alrededor. Del techo se estaba descolchando la pintura y todo el portal necesitaba reparaciones. —Vives en una buena zona.

—Aquí vivía mi tía abuela y el dueño me dejó mudarme cuando ella falleció. El edificio está hecho polvo, pero es el centro y me viene genial por el trabajo. Casi todos mis clientes viven por aquí. — Entraron en el ascensor y Jack con desconfianza cerró la verja que hacía de puerta. —Tranquilo, lo acaban de reparar.

—Esto es una antigualla que debería estar en un museo.

—Para mí tiene encanto —dijo pulsando el sexto piso—. Me encanta este sitio. Y los vecinos son los mejores. Nos conocemos de toda la vida.

Vio como se le acercaba y Muffin gruñó, pero él no le hizo caso poniendo una mano en la pared. —No nos hemos saludado en condiciones.

—No —susurró casi sin aliento mirando esos ojos verdes que prometían mil cosas.

—¡Abrielle! —Lucy, la niña del segundo, la saludó con la mano. —¡Mira que muñeca me ha regalado mamá!

Se agachó para mirarla y Jack gruñó. —¡Es preciosa, cielo!
¿Mañana jugamos un poco?

—¡Vale! ¡Trae galletas!

—¡De chocolate! —Se incorporó pidiéndole perdón con la mirada. —Lo siento.

Él se acercó más. —Hubiéramos subido más deprisa por las escaleras.

—Es que a Muffin no le gustan —respondió distraída mirando sus labios.

—Abrielle, ¿ese es tu novio? —Miró hacia arriba para ver a la señora Márquez que sonrió radiante. —Te ha regalado rosas. Qué romántico.

—¡Sí, es mi novio! —Y añadió por lo bajo —Es que es muy católica.

—Ah.

Pasaron ante ella y la mujer de la que subían le echó un repaso de arriba abajo. —Guapo y elegante. Mejor que ese hippy con el que salías con esas greñas.

Se puso como un tomate por la mirada de Jack. —¿Hippy?

—Habla de David. Solo es un amigo. —Acercó sus labios casi hasta rozarlos.

—Niña, ¿me has traído la leche?

Gimió porque se le había olvidado y miró hacia arriba donde estaba su vecino. —Ahora voy a por ella, Paul.

El anciano sonrió. —Sabía que se te olvidaría. Desde que tienes ese trabajo nuevo estás algo distraída. —Miró a Jack. —Así que eres su novio. La razón para sus distracciones. —El anciano abrió la puerta del ascensor y alargó la mano. —Paul Forrester.

—Jack Gillingham. Mucho gusto.

Vio lo incómodo que estaba mientras su vecino le miraba de arriba abajo. —Enseguida voy a por tu leche.

—Estupendo —dijo cogiendo la correa de Muffin que se acercó a él pasando entre sus pies encantado—. Así hablo con tu novio y le conozco mejor. Ya le abro yo. Ummm, que bien huele eso.

Gimió pidiendo disculpas con la mirada entregándole el ramo antes de bajar los escalones corriendo. —¡Vuelvo enseguida!

—No tengas prisa —dijo Paul—. ¿Y en qué trabajas, Jack?

Nunca corrió tanto en su vida y casi se descalabra con una de las cuentas que la niña se había dejado en las escaleras. —¡Lucy recoge tu juego de las pulseras, se va a caer alguien!

—¡Vale! —dijo desde dentro de casa. Cuando volviera seguirían allí.

Corrió calle abajo hasta la tienda de la esquina que tenía de todo y cogió un envase pasando ante Florencio mostrándole el envase. —¡Apúntamela!

El hombre negó con la cabeza sacando la libreta. —Esta chica siempre apurada.

Sudaba y todo subiendo las escaleras y al llegar al quinto gritó — ¡Ya estoy aquí! —Casi sin aliento subió los últimos escalones y abrió la puerta del apartamento para ver a Paul comiendo tallarines sentado en la mesa de la cocina. Miró a un lado y a otro. —¿Dónde está Jack?

—Se ha ido. Algo de una cena de negocios importantísima y de un avión que acababa de aterrizar. —Le guiñó un ojo. —Me gusta.

Casi grita de la impotencia cerrando la puerta. Decepcionada se agachó para recoger a Muffin y acariciándolo se acercó a Paul. — ¿Te dijo algo para mí?

—Que te ve mañana. Se nota que es un hombre ocupado. Debes comprenderle. Chica, qué ojo tienes. Un millonario. Sabía que te centrarías, darías una patada al hippy y encontrarías a alguien que te merece. —Suspiró sentándose ante él y estiró el cuello para ver los envases de la bolsa. —Esto está buenísimo. Se nota que es de un sitio pijo de esos. ¿No comes?

Cogió el envase e hizo una mueca. —Pásame un tenedor.

Él estiró el brazo y abrió el cajón sacando un tenedor. —¿Cómo ha ido el día?

Muffin se colocó en sus muslos subiendo las patitas delanteras sobre la mesa a ver que podía comer. Sacó un pedazo de pollo y se lo dio en la boca. —Como todos.

—Ya te he arreglado el grifo.

—Gracias, eres un cielo.

Él la miró con cariño. —Tú sí que eres un cielo. Y no te preocupes por ese hombre. Está en el bote.

—¿Tú crees? —preguntó ansiosa con la boca llena.

—Si conoceré yo a los hombres. Tú tranquila que ese ya no mira a otra. Coladito le tienes.

Capítulo 5

Coladito. ¡Pues el coladito se había ido de viaje y no la había avisado! Ni siquiera se había molestado en anular la cita que tenía con ella para su masaje. Se había enterado cuando había llamado a su secretaria. Que tenía una voz de lo más sensual, todo había que decirlo. Entró en casa con Muffin y le sonó el teléfono. Impaciente lo sacó del bolsillo trasero de sus vaqueros para ver a su hermana sacándole la lengua. Sonriendo descolgó a toda prisa. —¿Qué tal, escocesa?

—Llueve. Llueve mucho.

Rio sentándose en el sofá y Muffin se tiró a sus piernas para que le subiera. —Por eso es tan verde.

—Sí, alguna razón tenía que haber. ¿Cómo está mi pequeñajo?

Lo subió sobre sus piernas. Viendo su patita aún vendada dijo —
Muy bien. Ya nos hemos hecho amigos.

—¿Ves? Lo sabía. Pero me lo devuelves cuando llegue, ¿eh?

Rio divertida. —Claro.

—Pónmelo al teléfono. Pon el altavoz.

Miró al perro incrédula y después de pulsar el botón lo acercó a su cabeza. Este se tumbó sobre sus muslos. —¡Ay, mi niño! —gritó su hermana a través del altavoz—. ¡Soy mami! ¿Qué hace? ¿Qué hace?

El perro ni se había movido. Hasta había cerrado los ojos. —Está lamiendo la pantalla.

—¿De verdad? —preguntó contentísima—. Te quiero, mi vida. ¡Te echo mucho de menos! —Nada, que el perro ni se enteraba. — ¡Mami vuelve enseguida! —gritó aún más alto.

Ahora lo entendía. No la llamaba a ella, llamaba al perro. — ¿Quieres que te envíe un video?

—¡Sí, por favor! ¿Come bien? Le llevarás siempre atado, ¿no?

—Siempre y come muy bien.

—¿Y tú cómo estás?

Lo suyo era muy largo de contar. —Como siempre.

—Vale. Voy a llamar a papá. Te llamo la semana que viene y si pasa algo...

—Te llamaré yo. No te preocupes por nada.

—Gracias. Te quiero

El sonido que indicaba que había colgado la hizo suspirar y acarició la cabecita de Muffin. —Te quiere mucho, ¿sabes? A ver si encuentra novio pronto porque esto no es normal. —Hizo una mueca porque estaba ella para hablar.

Saliendo de la ducha escuchó el teléfono y corrió hacia él cerrándose la toalla por si era su padre. Juró por lo bajo porque se le había olvidado llamarle. Ese día tenía que embarcar y esperaba que todo hubiera salido bien. Jamás había cogido un avión y solo le faltaba que se hubiera perdido en la terminal. Saltó sobre la cama para coger el teléfono de la mesilla y descolgó a toda prisa al ver un número que no conocía. —¿Papá?

—Hola, nena.

Chasqueó la lengua tumbándose en la cama. —Ah, eres tú.

—Te veo muy entusiasmada.

—Mucho. No sabes cuánto. ¿Para qué llamabas?

—Lo de tu vecino fue un poco raro, ¿no?

—Para mí es de lo más normal. ¿Algo más?

—Estás mosqueada.

—¿Yo? Qué va. ¡Te largaste! —gritó al teléfono—. ¡Hay que ser capullo! ¡Primero me dejas plantada después me dejas plantada y

excitada y encima he perdido una hora de mi trabajo por tu culpa, porque no anulaste la cita!

—Sí, creo que estás mosqueada. Te compensaré.

—Ya puedes ser bueno en la cama porque si no... ¡Esto tiene muy mala pinta! —Escuchó algo parecido a un carraspeo al otro lado y Abrielle entrecerró los ojos. —¿Te estás riendo?

—¿Qué tal Muffin?

—¿Estás cambiando de tema?

—Es para ver si te relajas.

Suspiró viendo como el perro tumbado en su sofá mordía uno de sus cojines, pero ni le importaba y eso que le encantaban. —Destrozándome la decoración.

—Bueno, tampoco había mucho que destrozar.

Abrió la boca asombrada. —¿Qué has dicho?

—Nena, tienes que reconocer que tu piso no es precisamente grande.

—¿Estás infravalorando mi piso?

—No lo estoy infravalorando, lo valoro en su justa medida. Yo viví muchos años en un piso así.

—¿De veras? Creía que siempre habías sido rico. —Se relajó cruzando los tobillos.

Él suspiró. —No. Todo lo que tengo me lo he ganado yo.

—Pues es impresionante. ¿Cuántos años tienes?

Le escuchó reír. —Treinta y seis.

—Uff, eres un viejo. Me sacas nueve años.

—Un vejstorio.

—Totalmente. Pero un vejstorio muy sexy.

—Tú sí que eres sexy, nena. Y estoy deseando verte sin esas mallas tan ajustadas.

—Si no fueras tan escurridizo...

—¿Qué tal Niguel? —preguntó cambiando de tema—. Hoy le he escuchado algo preocupado. Y no tratábamos un tema tan grave como para estar así.

—Ha discutido con Karen.

—Me lo imaginaba. El estado de humor de mi vicepresidente no depende de la fluctuación de los mercados, depende de su mujer.

Sonrió divertida recordando las palabras de la chica de recepción. —Es que eso influye.

Gruñó molesto. —¿Y qué le ha pasado ahora?

—Se ha encaprichado de una cabañita en Aspen.

Gruñó de nuevo. —Increíble. Todavía no han pagado el ático de tres plantas en Tribeca.

—Parece que lo dices molesto.

—¡Siempre le está exigiendo! ¡Nunca tiene suficiente!

Frunció el ceño porque parecía que el tema le alteraba mucho.

—Seguro que no es como crees. Solo quiere hacerla feliz.

Le escuchó suspirar. —Perdona, la reunión no ha ido bien. He venido hasta Viena para nada.

—Lo siento. ¿La empresa se irá a la ruina y no podrás pagarme ese sueldo tan escandaloso? —Escuchar su risa la alivió. —Así me gusta, quiero oírte reír.

—Me relajas, nena.

Sintió que su corazón se le salía del pecho de la alegría. —Y tú a mí. No lo suficiente porque me dejas a medias, pero...

—Intentaré arreglarlo, lo prometo.

—Tienes pinta de ser un hombre de palabra.

—Eso no lo dudes. ¿Qué llevas puesto?

Se echó a reír. —¿En serio?

Él rio al otro lado de la línea. —Nunca había hecho esto.

—Yo tampoco. ¿Qué llevas puesto tú?

—Estoy en el despacho. ¿Tú qué crees?

—¿Tienes despacho ahí?

—Tengo una filial pequeñita.

—¿De cuántas plantas?

—Una sola.

—¿Cuántos despachos tienes por el mundo?

—¿En total? Seis, no siete. Y acabo de abrir una filial en Hong Kong.

—¿Y conoces tantas ciudades o solo conoces los aeropuertos?

—Siempre tengo horas libres, pero no vengo de vacaciones y cuando me las cojo prefiero descansar no hacer turismo.

Se dijo que era una pena. —Me encantaría conocer Hong Kong. Y Viena.

—Súbete a un avión, aquí te espero.

Se le cortó el aliento. —¿Qué dices?

—Puedo enviarte mi avión. Mañana por la mañana estará ahí. Voy a quedarme una semana. Puedes hasta traerte el perro.

Apretó los labios porque parecía que lo estaba deseando. — Tengo trabajo. Lo siento.

—La próxima vez será.

Estaba encantada porque dijera que puede que hubiera una próxima vez, pero le daba la sensación de que se había molestado y puede que lo dijera por decir. Preocupada intentó que la entendiera. —Tengo citas toda la semana...

—Lo entiendo, nena. No te preocupes. ¿Has tenido mucho trabajo hoy?

—Mucho. He tenido que darle un masaje en los pies a un hombre que es bailarín de Broodway. Mira que si me abro camino entre los artistas...

Él rio. —Tendrás que ampliar horario.

—Tendré que seleccionar porque no tengo manos para todos.

—¿A mí me dejarías?

—¿Con lo bien que pagas? Ni hablar. —Su risa la tranquilizó. —
¿Qué tal la espalda?

—Deseando que la estrujes y que le hagas todas esas cosas que la alivian.

—Vaya. Cuando vuelvas te haré un especial.

—No sé si alegrarme o echarme a temblar. —Abrielle se rio sin poder evitarlo. —Tengo que dejarte, nena. Te llamaré cuando vuelva.

—Vale. —No sabía cómo despedirse así que dijo —Cuídate.

El sonido de que había colgado la hizo apretar los labios. No sabía si la había escuchado. Tenía la sensación de que no. Suspiró dejando el teléfono sobre la mesilla. Una semana sin verle. Parecía increíble. Solo le conocía de unos días y ahora estaba deseando

verle cada minuto de cada día. Muffin ladró y le miró. —¿Ya has terminado de comerte el cojín y ahora quieres algo más consistente? —Volvió a ladrar. —Me lo imaginaba.

Masajeó la espalda de Niguel que estaba totalmente relajado. —
¿Y qué tal con tu mujer?

—Muy bien.

—Esta semana solo te he visto una vez y hoy cuando has llegado parecías algo tenso. ¿Seguro que todo va bien? Puedes confiar en mí. No se lo voy a contar a nadie.

Él suspiró levantando la cabeza y mirándola sobre su hombro. —
Está un poco alterada, eso es todo.

Vio como se sentaba tapándose con cuidado y ella rodeó la camilla para mirarle de frente. —¿Alterada por qué?

—El año pasado la echaron del periódico donde trabajaba y está inquieta. Creímos que era el momento adecuado para tener un niño y nos hemos volcado en eso, pero no llega...

—Y se está desesperando.

—Empieza a echarme la culpa de no haber buscado trabajo.

—Entiendo.

—Cuando tenga hijos, me gustaría que uno de sus progenitores les cuidara y que no fueran niñeras las que se ocuparan de ellos.

Karen estaba totalmente de acuerdo. Evidentemente mi sueldo es mucho mayor que el de mi mujer. No es machismo, es una realidad. Este trabajo nos proporciona una vida de lujo que ella apreciaba. No la juzgo, me parece lógico. Pero eso es precisamente lo que ahora me echa en cara y me parece increíble. Que ella también tenía derecho a ser independiente, a crecer como persona y un montón de cosas más.

Sintió pena por él porque parecía hecho polvo. —¿Antes de que perdiera el trabajo teníais problemas?

—Jamás. —La miró a los ojos con sinceridad. —La amo. Es la mujer de mi vida, pero te juro que últimamente me está volviendo loco con sus reproches. A veces ni tiene sentido lo que pide y no sé qué hacer.

—Lo siento. ¿Puedo decirte algo y que no te molestes? Es mi opinión y no tienes que dejarte influenciar por ella.

—Por favor. Estoy abierto a todas las sugerencias.

Ella forzó una sonrisa. —Quizás en esta situación no deberíais tener hijos. Eso la atará aún más a una casa que ahora detesta, ¿entiendes? Debe sentirse bien consigo misma cuando llegue el momento. Y tenerlo porque quiera, no porque ha perdido el trabajo y no tiene nada que hacer. Se siente frustrada por haber perdido su

trabajo y ahora está frustrada porque no puede tener un hijo. Por supuesto lo paga contigo, que eres la persona que tiene más próxima. Tú tienes un trabajo de éxito, ganas mucho dinero y se siente aún más frustrada porque ve tus logros cada día.

—El otro día me pidió un coche y me lo pidió de una manera que me quedé helado. Como si estuviera furiosa conmigo. Incluso me gritó que tenía que comprárselo, que a mí qué más me daba. —Asombrado se encogió de hombros. —Como si me saliera el dinero por las orejas y fuera un egoísta con ella cuando cambió de coche el año pasado. Y no creas que lleva una chatarra, porque es un Mercedes deportivo que es la envidia de todas sus amigas. —Suspiró pasándose la mano por el cuello. —No sé... A veces pienso que todo se va a la mierda y a veces creo que es la de antes.

—¿Sabes qué vas a hacer? —La miró casi con desesperación. —Te vas a ir a casa y os vais a dar un masaje mutuamente. —Metió la mano en la bolsa y sacó aceite de lavanda. —Y mientras la masajearas, le dices únicamente por qué la amas más que a tu vida.

Él sonrió. —Son las doce de la mañana. Como se entere Jack...

—Te he dicho que debes descansar hoy. Nada de trabajo, orden de tu fisio. Bah, por un día no pasa nada. Haceros ese masaje, haced el amor y hablar. La comunicación es muy importante. Y no le

ocultes lo que sientes por no herirla. Debe saber lo que está pasando.

Niguel pensando en ello fue detrás del biombo. —Tengo una reunión y... Pero es de personal... Igual si me voy no pasa nada.

—¿Qué va a pasar? ¿Se va a acabar el mundo?

Capítulo 6

El portazo la sobresaltó y miró hacia la puerta para ver a Jack con cara de querer matar a alguien. Su corazón saltó igualmente. — ¡Has llegado! ¿Qué tal el viaje?

—¿Le has dicho a mi vicepresidente que se vaya a casa? —gritó a los cuatro vientos.

—Te duele el cuello, ¿verdad? —Se acercó a él y le dio un beso en los labios. —Estás gruñón. —Pasó las manos por sus hombros acariciándolos hasta llegar a su nuca. —Dios, qué bien olía. — ¿Quieres que te dé ese repaso ahora? —preguntó pegándose a él besando sus labios de nuevo—. Tengo dos horas libres. —Él la cogió por la cintura y casi grita de la alegría porque se estaba relajando.

—Yo tengo esperando a cuarenta personas porque mi fisioterapeuta ha decidido que puede dirigir mi compañía —dijo con voz ronca haciendo que cada célula de su cuerpo se excitara.

Rozó sus labios. —Ah, sí... La reunión de personal. —Besó sus labios y Jack la pegó a él entrando en su boca. Al sentir el roce de su lengua gimió poniéndose de puntillas porque no había disfrutado de nada mejor en su vida. Cuando pegó su pelvis a él, Jack apartó su boca y carraspeó.

—Venía a echarte la bronca.

—No, venías porque querías esto. —Besó su labio inferior. —Yo también me moría por verte.

Él sonrió. —Nena, tengo que irme.

—¡No! —Cogió las solapas de su traje y tiró de él hasta la camilla. —Túmbate, necesitas relajarte. Y yo también. —Él atrapó sus labios y respondió ansiosa. Jack acarició su cintura por debajo de la camiseta y al sentir el roce de las yemas de sus dedos sobre su piel creyó que le daba un infarto. Apartó sus labios y llevó sus manos al bajo de su camiseta quitándosela a toda prisa.

Él miró sus pechos desnudos con deseo y susurró —Que esperen...

—Eso.

Se besaron como posesos y él la cogió por el trasero para sentarla sobre la camilla. Cuando sus manos llegaron a sus pechos y los acunó apretando sus endurecidos pezones entre sus dedos,

sintió que la traspasaba un rayo y gritó en su boca. Jack apartó sus labios bajándolos hasta ellos y elevando uno de sus pechos, se lo metió en la boca estremeciéndola de placer. Enterró sus dedos en su cabello queriendo que continuara y él besó, lamió y torturó su pezón hasta que estaba tan sensible que solo podía emitir gemidos de placer. Al sentir como agarraba sus mallas se apoyó en sus manos sin darse cuenta y él las bajó a toda prisa sin dejar de hacerla vibrar. Se puso entre sus piernas y la cogió por la nuca exigente. —Mírame, nena. —Abrió los ojos medio mareada y él acarició con su sexo el suyo mirándola como si fuera suya. Jamás se sintió tan bien como en ese momento y separó sus labios al sentir su roce de nuevo, pues la llevó al borde del abismo. —No te corras —dijo él con voz ronca antes de entrar en su interior de un solo empujón. Gritó de placer por la explosión que sintió en su cuerpo y se estremeció entre sus brazos. —Nena... ¿tanto lo deseabas? —Besó el lóbulo de su oreja antes de besar su cuello para subir de nuevo hasta llegar a sus labios. De manera exigente la besó y empezó a moverse en su interior lentamente. Ni se dio cuenta de cómo todo empezaba de nuevo porque todavía estaba disfrutando del placer recibido y cuando volvió en sí fue porque la necesidad regresaba y ansiosa le besó. Él apartó sus labios

sonriendo antes de entrar en ella de nuevo con fuerza. Se agarró a la camilla sintiendo que su cuerpo ya no le respondía y él entró en ella una y otra vez con cada vez más ímpetu, provocando que cada fibra de su cuerpo se tensara al punto de quebrarse. Gritó con necesidad de liberarse, justo antes de que él entrara en ella llenándola por completo y provocara que ambos rozaran el paraíso con sus manos, sin darse cuenta de cómo se aferraban el uno al otro en su liberación.

Con las respiraciones agitadas se quedaron así unos minutos hasta que ella besó su cuello. —¿Te sigue doliendo?

Él rio por lo bajo apartándose y se miraron a los ojos. —Eres buenísima en tu trabajo.

—Esta noche te daré un repaso a fondo. —Jack besó sus labios antes de apartarse haciéndola gemir de placer por lo sensible que estaba.

—Joder, nena... Si no tuviera a esos esperando...

—Promesas, promesas. —Se bajó de la camilla y echó una risita porque aún tenía el pantalón en una pierna. Se los puso del todo y miró hacia él que se estaba echando el cabello para atrás con sus dedos mirando a Muffin que ni se había movido de su sitio. —Sí, lo

sé. Pero mira qué bueno es. —Hizo pucheros. —¿A que es muy bueno? Ni ha protestado con nuestra sesión de sexo.

Divertido fue hasta la puerta. —¿Sesión de sexo?

—¿Te veré esta noche?

—¿Quieres salir a cenar?

—No, estarás cansado. —Le miró con picardía. —Y yo te voy a cansar aún más, así que es mejor que reserves tus fuerzas.

—Nena, esa mirada da miedo.

Se puso la camiseta. —Pero no te echarás atrás.

—Ni se me ocurriría. Te veo luego. —Le guiñó un ojo antes de salir y ella juntó las manos emocionada. No podía haber sido más perfecto y eso que lo había hecho sobre una camilla. En una cama ese hombre hacía maravillas.

Miró a Muffin que levantó la cabeza en el acto. —Creo que me he enamorado. —Él ladró y gruñó como si no le gustara un pelo. —Bah, qué sabrás tú.

Emocionada preparó una cena de reyes y cuando llamaron a la puerta bufó porque era evidente que nunca le iba a decir cuando iba a ir. Se apartó el cabello del hombro y abrió la puerta mostrando el vestido negro entallado que se había puesto. Jack la miró de arriba abajo algo confundido. —Nena, ¿vamos a salir?

—No, pero eso no significa que veas lo que te perdiste el otro día.

Se echó a reír y la cogió por la cintura para besarla. Cuando se apartó dijo —Lo he cogido, ¿sabes? Nada de dejarte plantada de nuevo.

—Más te vale. —Cuando se apartó de ella, Abrielle cerró la puerta. —¿Tienes hambre?

Se sentó en el sofá como si estuviera agotado y acarició la cabeza de Muffin. —Estoy hambriento. —Se llevó la mano a la corbata y tiró de ella abriéndose el botón de la camisa después. —Huele muy bien.

—Cocinar no es una de mis virtudes. He hecho lasaña y ensalada. Es prefabricada. Te lo digo para que no te lleve a engaños.

—Perfecto. —Se levantó quitándose la chaqueta y ella se acercó para deshacerle el nudo de la corbata. Él besó sus labios tirando la chaqueta sobre Muffin que gruñó antes de sacar la cabeza de debajo y ladrar. —No, así no me lo voy a ganar —dijo él divertido antes de apartar la chaqueta—. Lo siento amigo. —Acarició su cabeza antes de que ella le cogiera por el brazo para llevarle hasta

la mesa de la cocina. —¿Qué tal en mi ausencia, nena? ¿Algún pesado con las manos largas que tenga que echar a patadas?

—No. ¿Quieres cerveza o vino?

Gimió como si fuera la mejor. —Cerveza.

Sonrió yendo hacia la nevera. —Cariño, ¿las limpiadoras son internas o externas? —Se volvió y vio que no entendía la pregunta. —¿Subcontratas a alguien para ese servicio?

—No. Me niego a que mujeres distintas pasen entre mesas donde hay proyectos importantes. ¿Por qué?

—No, por nada...

—Nena, no te conozco mucho, pero sé que tú nunca dices nada por decir. —Cogió la cerveza de su mano y le quitó la chapa antes de beber un buen trago de la boquilla. Ella suspiró viendo como su nuez subía y bajaba. —¿Qué ocurre?

—Hay una de tus empleadas que me da que necesita operarse de la cadera y creo por lo que ella me ha dicho que su seguro solo cubre operaciones en caso de vida o muerte o algo así.

Él se tensó. —Según la categoría laboral su seguro es mejor. Ciertas limpiadoras trabajan solo cinco horas. Tienen el seguro básico.

—Y lo entiendo. —Fue hasta el horno y lo abrió después de coger las manoplas. —Es que me da pena. No sé.

—Nena, no puedo encargarme de los problemas de todos mis empleados.

Cogió la bandeja y se acercó a la mesa. —Lo sé, perdona. — Dejó la bandeja y Jack la cogió por la cintura acercándola a él y sonrió. —Es que esa mujer tiene algo que me preocupa.

—Te preocupas por todo el mundo. Solo tienes que mirar a tu alrededor, ayudas a todo el que se te pone a tiro.

—No, yo...

—Nena jamás he conocido un vecino que vaya a comprar la leche del de enfrente. ¡Esto es Nueva York! —dijo divertido—. Yo ni sé quien vive en frente y tú les conoces a todos. Y estoy seguro de que te deben miles de favores.

Se sonrojó ligeramente. —Tiene mal las rodillas y...

—¿Ves? Preciosa, te preocupas demasiado y no puedes solucionar todo lo que pasa a tu alrededor. Como lo de Niguel...

Carraspeó cogiendo la pala de servir. —¿Que tal la reunión de personal?

—Nena, hablo en serio.

—Está bien. No me meteré más. ¿Acaso has hablado con él?

—No me coge el teléfono.

Reprimió la risa sirviéndole una buena ración de lasaña. —Oh, la ensalada.

Corrió hasta la encimera y regresó con el bol sentándose ante él. Bebió de su vaso de agua antes de servirse mientras él empezaba a comer. —Está muy buena.

—Cómo se nota que tienes hambre.

Él masticando la miró a los ojos. —Ni se te ocurra hacerle caso. —Le miró sin comprender, pero en ese momento llegó Muffin dándole con la pata en la pierna y se sonrojó ligeramente haciéndole reír. —Increíble, ¿le das de comer de tu plato?

—No, de mi plato no. Tiene plato propio, sabiendo.

—Cuando lo recoja tu hermana te va a matar. Le estás consintiendo.

—No, porque ella hace lo mismo. Además, antes tiene que pasar por manos de mi padre que es más firme. Mucho más que nosotras. Volverá a su hogar muy bien entrenado. —Jack no se creía una palabra. —¿Has tenido mascotas?

Él asintió. —De pequeño tuve perro. Le atropelló un coche cuando se escapó del parque donde estábamos jugando.

—Vaya, lo siento.

Se encogió de hombros como si le diera igual cuando ella sabía que tenía que haber sufrido. —Háblame de tus padres. ¿Dónde viven?

—Mi familia es de New Jersey. —Cogió su cerveza y le dio un buen trago. —Mi padre murió hace dos años.

—¿Y tu madre?

Esa pregunta le tensó y le miró mientras masticaba. —Se largó hace años.

—¿Cuántos años tenías?

—Diecisiete. El día antes había cumplido diecisiete —dijo con cinismo—. Fue una celebración por todo lo alto.

—Mi padre es viudo —dijo no queriendo estropear el momento porque veía que no le hacían ninguna gracia sus preguntas—. Mi madre murió en un accidente en casa. Se resbaló en la ducha.

Él se detuvo en seco con el tenedor en alto. —Joder, nena... ¿La encontraste tú?

—No, mi padre la escuchó caer y fue quien llamó a la ambulancia, pero no se pudo hacer nada. Fue un shock. De repente ya no estaba —dijo emocionada.

Jack alargó su mano y cogió la suya haciendo que mirara sus ojos. Entrelazaron sus dedos y se sintió como si fueran uno. —

¿Nunca has vuelto a verla? —susurró. Él negó con la cabeza. —Lo siento.

—Hay cosas que es mejor dejar atrás. —Acarició el dorso de su mano con el pulgar porque ella quería saber todo de él. —Era una caprichosa. Como Karen. En realidad son igualitas.

—No te entiendo.

Jack suspiró apartando su mano y cogiendo el tenedor. —Quiero viajes, una cocina nueva, un coche nuevo... No paraba. Mi padre acabó harto y empezó a negarse. Fue cuando se largó.

Se llevó la mano al pecho. —No.

La señaló con el tenedor. —Y le va a pasar lo mismo a Niguel, te lo digo yo.

Dios, esperaba que no con lo enamorado que estaba. Mejor cambiaba de tema. —¿En qué trabajaba tu padre?

—Tenía una pequeña empresa de construcción. Se dedicaba a rehabilitar casas antiguas. Él me enseñó cómo se lleva un negocio.

Sonrió porque era evidente que le admiraba. —Seguro que estaba muy orgulloso de ti.

Jack apretó los labios. —Sí, lo estaba. Antes de morir dijo que era lo mejor que había hecho en la vida.

—Qué bonito —dijo emocionada de nuevo.

—Eh... Nena vas a terminar llorando y no suelo hacer llorar a mis citas.

—Yo no soy una cita, soy tu novia.

Él reprimió la risa antes de coger la cerveza de nuevo y Abrielle sonrió porque no decía que no. —¿Así que somos novios?

—¿Tienes que definirlo? —Bebió de su cerveza.

—Sí. —Él se echó a reír atragantándose y se levantó a toda prisa para darle palmaditas en la espalda. —¡No te me mueras ahora que te he encontrado!

Cuando se calmó levantó la vista hacia ella y la cogió por la cintura antes de levantarse con ella en brazos. —Preciosa, me parece que no quieres cenar.

Acarició su nuca. —Es que la conversación es muy interesante.

—Vamos a hacer algo más interesante aún.

—Mmm, jefe... Veamos de qué se trata.

Capítulo 7

Seis meses después

Tiró el trapo sobre la encimera y apoyó las manos en el fregadero intentando reprimir las lágrimas. No se podía creer que la hubiera dejado plantada de nuevo en un momento tan importante para ella. No solo era su cumpleaños, sino que era la celebración de la vuelta de Kaylin y por si fuera poco había estado toda la familia deseando conocer a su novio. Novio que no apareció y ni se había molestado en llamar. Apretó los labios porque no sabía de qué se extrañaba. En esos meses juntos, eran pocas las ocasiones en las que había podido contar con él. Habían salido a cenar un par de veces a una pizzería que le encantaba del barrio y habían ido a una barbacoa que había celebrado su padre para conocerle al regreso de sus vacaciones. Y estuvo tan incómodo en ese momento que ella misma le había dicho a su padre que se iban después del postre. Excepto en esas ocasiones nada. Ni siquiera a la boda de su prima

porque había tenido un viaje urgente a los Emiratos. Era obvio que no era tan importante para Jack como él lo era para ella. Que la hubiera fallado en un caso así, la hacía replantearse su relación porque ahora estaba segura de que jamás sería lo bastante importante para él. Pero le amaba tanto... Cada momento que compartían era maravilloso, pero tenía que haberse dado cuenta de que algo no iba bien cuando no se relacionaban con nadie y apenas salían. Sexo, charlas y bromas, pero nada que pudiera indicar que su relación iba más allá. Y por supuesto para los de la empresa no era su novia. Ni siquiera lo sabía su secretaria y tenía prohibido llamar a su despacho no fuera a ser que hubiera rumores y él era muy serio para esas cosas. Su vida privada era privada. Tampoco conocía a ninguno de sus amigos y estaba empezando a dudar que tuviera porque cada vez que tenía un hueco libre lo pasaba con ella y no le extrañaba nada que careciera de ellos porque si trataba así a sus amigos, era lógico que le hubieran dejado de llamar. Gimió cerrando los ojos. Todavía no se lo podía creer. Tenía unas ganas de gritar de la impotencia... Solo recordar la cara de pena de su tía cuando se fue... Se sentía humillada.

Sintió que le apretaban el hombro. —Seguro que estaba ocupado.

Forzando una sonrisa se volvió viendo sus mismos ojos y su padre la abrazó. —No tomes decisiones precipitadas porque estés enfadada. Te conozco muy bien y sé que le amas.

—No puedo seguir así —dijo intentando controlar unas lágrimas que pugnaban por salir.

—Es tu decisión y yo te apoyaré en todo. —Acarició su cabello. La besó en la coronilla. —Es mejor que me vaya... Seguro que no tardará en llegar y debéis hablar.

Asintió y su padre se alejó cogiendo el abrigo de la silla de la cocina.

—¿Estás bien? —preguntó su hermana muy preocupada con Muffin en brazos.

Tragó saliva y asintió. —Sí, no te preocupes. Estarás agotada después del viaje. Ve y descansa.

—Te llamaré mañana —dijo mientras su padre le ponía el abrigo sobre los hombros—. Gracias por la fiesta.

—Vamos, hija. Te llevo a casa. —Su padre cogió la bolsa con las cosas de Muffin y Abrielle tomó aire mientras salían de la casa. Al mirar hacia el perrito se le retorció el corazón porque él tampoco podía disimular que estaba triste.

En cuanto cerraron la puerta unas lágrimas corrieron por sus mejillas y al ver el cuenco del agua del perro sollozó pensando que se quedaría sola el resto de su vida. Ignorando el desastre que tenía a su alrededor, fue hasta la cama y se dejó caer abrazando la almohada mientras las lágrimas ya corrían sin control. Todavía no se podía creer que la hubiera dejado tirada en un día tan importante para ella. Estaba claro que no podía contar con él para nada. Recordó como cuando llegó agosto le pidió que se fueran de vacaciones juntos y su reacción. Él sentado a la mesa de la cocina se tomaba un café antes de ir a su casa a cambiarse y la miró como si estuviera loca. —Tengo todo el mes lleno de reuniones.

—¿Pero cuándo te vas a ir de vacaciones? —preguntó confundida poniéndole una tostada delante.

—En Navidades suelo tomarme un mes y me voy a la montaña a descansar.

Lo había dicho como si ella no fuera a ir. —Yo suelo pasar las Navidades con mi familia.

—Pues muy bien. —Bebió de su taza como si nada antes de levantarse. Le dio un beso en los labios. —¿Te veo esta noche?

—Es el cumpleaños de David y sus amigos le hacemos una fiesta. Te lo dije ayer.

—Oh, sí. Pásalo bien.

Asombrada vio que iba hacia la puerta. —¿No vas a venir?

—Nena, a mí esas cosas no me van.

Apretó los dedos sobre la almohada porque esa había sido la tónica de su relación. Se acostaban juntos, pero no compartían nada fuera de ese apartamento. Hasta los masajes se los daba allí y ya no la veía en horas de trabajo. Ni recordaba las veces que le había preguntado si quedaban a comer. La mitad de las veces ni contestaba sus mensajes y la otra mitad tenía reuniones de negocios para esa hora. Su trabajo era su vida y jamás le daría su sitio en su relación. Después de seis meses iba siendo hora de que abriera los ojos porque por muy feliz que fuera a su lado en los momentos que estaban juntos, no era suficiente. Para ella no.

Dos horas después escuchó como se abría la puerta. Miró el reloj que tenía sobre la mesilla de noche. La una de la madrugada. Sí que se había tomado su tiempo. No se movió y escuchó como se acercaba a la habitación. —Lo siento, nena. No pude remediarlo. Me invitó a cenar un cliente en el último momento. —Ella se mantuvo en silencio sin moverse y escuchó como caminaba hasta los pies de la cama. —No te llamé porque sabía que te ibas a enfadar y no quería estropearle la fiesta.

Qué generoso. Los cientos de excusas que había dado por él diciendo que estaría al llegar se las podía haber ahorrado. Se sentía ridícula.

—Abrielle mírame.

—Deja las llaves y vete.

Jack se tensó. —No, vamos a hablarlo.

—No pienso hablar de esto otra vez. Ya no. Sería malgastar palabras y ya he malgastado muchas.

—¡Mírame!

Le miró asombrada. —¿Me has gritado?

Él nervioso se pasó la mano por su cabello. —Nena...

—¿Crees que soy uno de tus empleados? —gritó furiosa levantándose y enfrentándole—. ¿Crees que tengo que seguir tus órdenes? ¿Quién te crees que eres? ¡Me has dejado en ridículo ante toda mi familia!

—¡No ha sido mi intención!

—¡Sí que lo ha sido! ¿Me crees estúpida? ¡Jamás haces nada sin pensarlo primero! ¡Por eso has llegado tan lejos! ¡Intentas dejarme claro que esto es lo que tenemos y lo que tendremos! ¡Qué no te exija nada! ¡Pues ya lo he pillado! ¡Y para mí no es suficiente! ¡Ahora lárgate de mi casa!

Se acercó a ella preocupado. —Ha sido un error.

—¿Uno? ¿Uno? —gritó más alto—. ¡Jamás puedo contar contigo para nada! ¡Qué clase de pareja eres tú! ¿Quieres que te enumere la cantidad de veces que me has hecho esperar o que me has dejado plantada? ¡Llevo esperando dos meses a que vayamos al cine! —dijo incrédula.

—Iremos este sábado.

—¡Ya han quitado la película!

La cogió por los brazos como si estuviera desesperado. —Sé que no he cumplido, ¿vale? Sé que no he hecho las cosas bien, pero a partir de ahora...

—A partir de ahora tendrás que plantar a otra —dijo muy seria dejándole de piedra.

Él apartó las manos lentamente. —Estás enfadada y lo entiendo. Era un día importante con la llegada de tu hermana.

Sonrió irónica. —¿Ves cómo te importo una mierda? —La miró sin comprender. —Hoy es mi cumpleaños. —Él juro por lo bajo pasándose la mano por la nuca. —¡Hoy se iba Muffin! ¡Hoy llegaba mi hermana! ¡Si querías un día para cagarla era este día! ¿Dónde estabas? —le gritó a la cara. Llena de dolor le empujó por el pecho. —¡Fuera de mi casa!

Él apretó los labios y viendo sus lágrimas dio un paso atrás asintiendo. —Sí, será mejor que me vaya. Hablaremos cuando estés más calmada.

—¡Qué te den! ¿Ahora soy una histérica? ¡Vete a la mierda! —La rabia que la recorrió hizo que le empujara de nuevo por el pecho. — ¡Largo!

Llamaron a la puerta y alguien gritó —Abrielle, ¿estás bien? — Era Paul. Furiosa fue hasta la puerta para abrir y se lo encontró con el bate de beisbol en la mano. —¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. Solo le estaba diciendo a mi novio —dijo con ironía—, que no quiero verle más. Total, no lo veía demasiado, así que no voy a notar la diferencia.

Jack pasó ante ella. —Te veré mañana, nena. —Se detuvo cuando no contestó. —Porque vas a ir a trabajar, ¿no?

—Yo tengo citas y sí acudo a ellas. ¡Tengo palabra! —gritó antes de cerrarle la puerta en las narices.

Paul silbó. —Contenta la tienes —dijo antes de ir hasta su casa y cerrar la puerta.

—Me cago en la pu... —Al volverse vio a la mitad del vecindario en el rellano de la escalera y puso los ojos en blanco. —Estupendo. Esto es estupendo.

—Hoy vamos a hacer algo distinto —dijo Abrielle intentando concentrarse en el trabajo—. Mary Anne ponte boca abajo. Voy a masajearte las nalgas hasta la cadera.

—¿Estás bien?

—Claro que sí.

—Es que tienes la mirada triste. ¿Ayer no llegaba tu hermana?

—La observó mientras se daba la vuelta. —¿Es que algo ha ido mal? Ya entiendo, estás triste por el perrito.

Forzó una sonrisa. —Sí, es eso. —Se emocionó sin poder evitarlo. —Le echo mucho de menos.

—Lo entiendo, es precioso. —Abrielle sorbiendo por la nariz destapó su nalga y vio una larga cicatriz. Mary Anne al no escuchar ninguna respuesta a su comentario miró hacia atrás. —Oh... —Soltó una risita. —Hace unos años me resbalé. Bueno, que me caí sobre un cristal. —Rio divertida. —Estuve sentándome en un flotador casi un mes porque aunque me quitaron los puntos me seguía doliendo.

Entrecerró los ojos. —¿Te fracturaste algo?

—Como caminaba medio bien mi médico dijo que no. En aquel momento mi seguro era muy bueno, ¿sabes? Mi marido tenía un buen trabajo y nos lo podíamos permitir. ¿Crees que eso tiene algo que ver?

—Todo influye. Háblame de tu matrimonio, nunca me has hablado de tu marido. ¿Gregory ha conseguido que le olvides?

Perdió algo su sonrisa y miró al frente de nuevo. —Gregory es muy simpático y me lo paso muy bien con él...

—Pero no te ha llegado al corazón.

—No. Mi marido era muy distinto, ¿sabes? Era serio y no era muy dado a las bromas, pero me miraba...

—Hacía que tu corazón se saliera del pecho.

—¿Te ha pasado?

—Sí.

—Entonces nunca podrás olvidarle. —Giró la cabeza hacia ella.

—Y lo siento por ti.

—Le olvidaré. Claro que le olvidaré.

—Eso mismo pensaba yo, pero cuando murió algo murió en mí.

Y nunca habrá otro hombre que pueda sustituirle.

—Así que murió. Eres viuda.

—Sí —dijo con tristeza.

—Lo siento mucho. No tenía que haber sacado el tema. —
Llamaron a la puerta y chasqueó la lengua. —¡Ahora no puedo atender a nadie! ¡Estoy ocupada!

—¡Tengo una entrega!

Tapó el trasero de Mary Anne. —Lo siento.

—No pasa nada.

Fue hasta la puerta y la abrió en una rendija. Vio a un chico de reparto con una caja en las manos. —No he pedido nada.

—¿A mí qué me dice? ¿Usted es Abrielle Lavery?

—Sí, pero te digo que no...

Puso la tablilla sobre la caja. —Firme aquí. —Exasperada firmó donde le dijo y cogió la caja de sus manos antes de cerrar la puerta.

—¡Gracias generosa! ¡Y es frágil!

—¡Eso por agradable!

Mary Anne soltó una risita y ella gruñendo fue hasta la mesa para dejar la caja. Pesaba poquísimo. Escuchó un gemidito y asombrada miró a Mary Anne que se sentó en la camilla. —Ábrelo, corre.

Rasgó la solapa y se quedó en shock al ver unos ojitos negros. Era el cachorrito de chihuahua más bonito que hubiera visto nunca. Era totalmente negro y puso las patitas en un lateral de la caja como si quisiera que lo cogiera. Mary Anne a su lado miró el interior. —Está claro que quieren que te animes.

Era para comérselo de guapo y sin poder evitarlo lo cogió abrazándolo con ternura. —Es que mi ex es muy listo. Quiere hacer

las paces tocándome la fibra sensible.

Su amiga sonrió. —Y creo que va por buen camino.

—Ah, no. A Black me lo quedo, pero porque se ha enamorado de mí. —Le miró a los ojos y él levantó sus orejitas. —De verdad, ¿no es para derretirse?

Mary Anne se echó a reír. —Estás perdida. Por los dos.

—Qué va. Estos machotes no tienen ni idea de con quien tratan.

—¡No, Black! —Gimió al ver que hacía pis al lado de la nevera. —¡Cómo te electrocutes, que es una antigualla! —Corrió hacia él y lo cogió. —Eso se hace fuera de casa.

Lo apartó dejándolo en el suelo y cogió papel de cocina para limpiar la mancha cuando la puerta de su casa se abrió dejándola de piedra. Acuclillada con el papel en la mano vio como Jack entraba en casa y sonreía. —Hola, nena. ¿Qué tal el día?

Sin salir de su asombro vio como se quitaba el abrigo y la chaqueta y los tiraba sobre el sofá como siempre. Miró la cocina. —¿No hay cena? No pasa nada, voy a pedir algo. —Sacó el teléfono del bolsillo del pantalón con una mano mientras con la otra tiraba de su corbata. Black pasó ante él y Jack levantó una ceja cuando le ladró como si fuera un intruso. —Has recibido tu regalo de cumpleaños. ¿Te ha gustado?

Eso la hizo reaccionar y se levantó tirándole el papel a la cara. —
¡Fuera de mi casa!

Él se quitó el papel de la mejilla donde se había quedado pegado. —¡Nena, espero que esto no sea lo que me imagino! —Se acercó a la pila y abrió el grifo frotándose. —¡Joder, qué asco!

—¡Qué pena que no se hubiera cagado!

Se volvió hacia ella mirándola como si quisiera matarla y Abrielle señaló la puerta. —Largo.

—¿Todavía no se te ha pasado? —Parecía que no se lo creía.

—Dame las llaves. —Se acercó a él metiendo la mano en el bolsillo de su pantalón y notó que estaba excitado. —¡Serás guarro!

—Nena, si tocas ahí este es el resultado. —Le mostró las llaves en su mano y ella casi se tiró sobre ellas. Jack reprimió la risa elevándolas para alejarlas de ella.

—No tiene gracia —siseó antes de pinzarle el cuello.

—¡Ay! ¡Nena, suelta!

—Te crees muy listo, ¿eh? —Tiró de él hacia la puerta.

—¡Abrielle!

Abrió la puerta, pero Black salió corriendo. —¡No! —El perrito levantó la pata e hizo pis en el rellano. —¡Eso no se hace! —Corrió hacia él y lo cogió para meterlo en casa.

—Hay que entrenarlo. ¿Lo has sacado?

—No ha hecho nada —dijo entre dientes—. Parece que tiene miedo.

—Tiene que acostumbrarse.

Entró en casa fulminándole y exasperada volvió por el rollo de cocina cogiendo varios papeles antes de salir de nuevo. Cuando limpió, miró hacia su casa y le vio sentado en el sofá con Black a su lado y Jack tenía el mando de la tele en la mano. Bueno, aquello era el colmo. Entró en casa dando un portazo. —¿Estás sordo?

Se acarició el cuello. —¿Qué me has hecho? Me duele.

—¡Era lo que pretendía!

—Muy bonito. —Entrecerró los ojos. —Te veo un poco alterada. ¿Quieres que te dé un masaje?

—¡Si no tienes ni idea de lo que haces!

La miró con picardía. —Te aseguro que sabré muy bien qué hacer. —Miró a la televisión y frunció el ceño. Ella giró la cabeza hacia la pantalla y gruñó al ver el canal especializado en bolsa. — Me apetece japonés. ¿Qué dices, nena? ¿Algo de sushi?

Nada, que no se daba por vencido. —Jack...

La miró a los ojos y sonrió. —¿Si, preciosa?

—¡Vete!

Él bufó mirando de nuevo la pantalla. —Sí, creo que voy a pedir japonés. —Sacó el teléfono de nuevo y buscó el número que usaban a menudo.

Miró a uno y luego al otro que soltó un ladridito antes de tumbarse sobre Jack que como si nada le acarició sin dejar de mirar la pantalla de la tele. Estupendo. Se habían aliado contra ella. Necesitaba relajarse. Un baño, eso es. Necesitaba un baño.

Pasó ante ellos y ambos la vieron entrar en el baño pegando otro portazo. Se acercó a la bañera y abrió el grifo. Se quitó la camiseta y los vaqueros antes de echar esencia de lavanda y sales del mismo aroma. El vapor lo invadió todo y a los pocos minutos aquello parecía una sauna. Se quitó las braguitas y se metió en la bañera suspirando del alivio cuando apoyó su espalda. Cerró los ojos y tomando aire reposó la nuca en el borde. Aquello era fantástico... Tenía que ignorarle. Del baño a la cama. Ya lo pillaría.

Pensando en ello y tramando su plan sintió un roce en su pecho y gritó del susto viendo a Jack sentado en la bañera a su lado. La miró divertido. —Nena, llevas aquí más de media hora. La comida ha llegado.

—¿Me has tocado una teta? —preguntó indignada.

—Te he tocado mucho más que una teta —dijo comiéndosela con los ojos. Metió la mano en el agua y acarició su pantorrilla subiéndola poco a poco. Cuando llegó a su rodilla ella apretó las piernas pillándole los dedos y él gruñó tirando de ella, pero nada, que no le soltaba apretando con saña. —Nena...

—¡Imbécil!

La cogió por la nuca y atrapó sus labios devorándola. Abrielle gimió porque por mucho que estuviera cabreada esa boca hacía maravillas, pero algo dentro de ella hizo que le agarrara una oreja mientras le besaba tan ansiosa como él. Jack apartó sus labios. —Preciosa... —Metió los brazos en el agua para cogerla poniéndose perdido.

Abrielle miró sus ojos emocionada porque como decía Mary Anne no había nadie más para ella. Le necesitaba y sin darse cuenta acarició su oreja. —Me has hecho daño.

Cerró los ojos abrazándola a él. —Lo siento... Lo siento.

—No vuelvas a hacerlo. —Se abrazó a su cuello mientras la sacaba del baño. —Te quiero.

Escuchó como se le cortaba el aliento y Abrielle frunció el ceño apartándose lentamente para mirar esos ojos verdes que demostraban que habían entrado en pánico. —¿Jack?

—¡Black, no! —La tiró sobre la cama haciéndola chillar del susto y cuando apartó su cabello vio que quitaba al perro de encima de la mesa de centro donde estaba comiendo de la enorme bandeja de sushi. —¿Cómo has llegado aquí?

—¿Jack?

—¡Nena, vístete, tenemos que llevarle al veterinario! —Cogió al perro para mirarle a la cara. —¡Vomita!

Asustada se arrodilló sobre la cama. —¿Qué pasa?

—¡Creo que ha comido wasabi!

Chilló de miedo y corrió hasta el armario. Se puso unas mallas y la primera camiseta que pilló antes de salir corriendo con las zapatillas de deporte en la mano. Jack estaba hablando por teléfono diciendo que necesitaba un veterinario de urgencia y ella cogió a Black de sus manos para mirarle. El perrito gimió, lo que la asustó mil veces más.

—¿Jack? Tiene mala cara.

—Vamos, nena. Bob conoce a uno muy bueno. Viene a buscarnos. —Abrió la puerta y ella salió sin darse cuenta de que estaba aún descalza.

—¡Abrielle cázate!

Le entregó a Black antes de ponerse las zapatillas y recordó que no llevaba los papeles de Black que venían en la caja cuando llegó. Igual los necesitaba el veterinario. Entró en la casa para ir hasta la cocina y cogió su bolso cuando se le cortó el aliento al ver el envase del wasabi sin tocar al lado de la bolsa del restaurante. Entrecerró los ojos y giró la cabeza hacia la puerta donde Jack miraba al perro y parecía realmente preocupado, pero a ella no se la daba. Lo había hecho a propósito para no decirle que la quería. —¿Jack?

—¿Si, nena? Venga, date prisa que...

—¿Tú me quieres?

Por la cara que ponía parecía que le había preguntado la raíz cuadrada de doscientos mil seiscientos cuarenta. —Abrielle... —Ella levantó la tarrina y Jack entrecerró los ojos. —¿No me digas que es el wasabi? Creía que lo había puesto en la bandeja.

—¡Fíjate! ¡Pues está aquí! —Caminó hacia él y cogió al perro de sus brazos dejándolo en el sofá. —Llama a Bob y dile que no venga —dijo muy seria.

Él sacó el móvil y pulsó el uno que era donde le tenía grabado. Seguro que ella era el número doscientos mil. Se cruzó de brazos mientras entraba y cerraba la puerta mirándola de reojo como si temiera que fuera a explotar en cualquier momento. Y estaba a

punto. Es que era para matarle. A saber las pruebas que le harían al perro para saber si se había comido el wasabi. Eso la puso aún más de los nervios, pero le daba la sensación de que allí ocurría algo que no era normal y no pensaba dejarlo hasta descubrir qué pasaba por esa cabeza para montar toda aquella charada simplemente para no decirle que la quería. O que no la quería y le estaba tomando el pelo, que también podía ser.

Vio como colgaba el teléfono y suspiraba antes de dejarlo sobre la mesa al lado de la bandeja del sushi y poner las manos en las caderas. —Abrielle, no te pongas nerviosa.

—¿Te parezco nerviosa? Estoy esperando una explicación. Eso es lo que espero. ¿Qué pasa? No me quieres, pero buscas seguir acostándote conmigo, ¿es eso?

—Joder, no es eso...—dijo entre dientes—. Me tomaste por sorpresa.

—¿Me quieres? ¡Sí o no! ¡Es una pregunta de lo más simple!

La miró impotente. —Te quiero... —Su corazón saltó en su pecho de la alegría. —Pero no de la manera que tú deseas.

Hala, a la mierda la alegría. Fue como si le tiraran un cubo de agua helada a la cara. —¿Como yo deseo?

—Quieres un marido, hijos... Una familia. Yo no quiero eso.

Se quedó de piedra. —No quieres formar una familia.

—Me di cuenta en cuanto conocí a tu padre. Sois una familia tradicional.

—¡Tú creciste en una familia tradicional!

—¡Y se fue a la mierda, Abrielle! ¡Jamás les haría algo así a mis hijos si los fuera a tener, que no es así!

—No crees que esto sea para siempre. ¿Es eso?

—¡Nunca es para siempre! ¡Abre los ojos y mira a tu alrededor, nena! ¡Nunca es para siempre!

Le dio una pena horrible que pensara así por la experiencia que habían tenido sus padres. —Mi padre amaba a mi madre muchísimo.

—¡Y se murió! ¡Y cuando no se muere uno de los dos, acaba mal, muy mal o en un aburrimiento perpetuo! ¡Eso no me va a pasar a mí!

—¿Prefieres pasar el resto de tu vida solo? ¡Porque yo sí que voy a casarme y sí que voy a tener hijos! ¿Crees que regalándome un perro voy a olvidar ser madre? —Se le cortó el aliento porque vio en sus ojos que era precisamente lo que había pensado y negó con la cabeza dando un paso atrás. —¿Y qué pensabas hacer?

¿Engañarme en esta relación que no va a ningún sitio hasta que te aburrieras de mí?

Esa frase le tensó. —¿No va a ningún sitio? ¡Creí que mientras estábamos juntos estábamos bien!

—¡Pues yo quiero más! ¡Me niego a no ser lo primero en tu vida! ¡Me niego a no tener hijos y me niego a todas esas locuras que se te están ocurriendo! ¿Para qué te sirve trabajar tanto si no vas a tener herederos? ¿Por qué, Jack? No entiendo lo que estás haciendo con tu vida. —Dio un paso hacia él. —¿Hasta dónde quieres llegar? ¿Para qué? —Jack apretó los labios antes de ir hacia la puerta, pero ella le bloqueó el paso. —¡Ah no! ¡Vas a decirme la verdad! ¡Tengo derecho a saber por qué si me quieres no puedo esperar un futuro contigo como cualquiera desearía!

—Nena, apártate.

Vio cómo se cerraba a ella. Cómo se negaba en redondo a explicarse y sus ojos se llenaron de lágrimas de la frustración. — ¿Por qué has vuelto si ibas a comportarte así? ¿Por qué no lo dejaste estar?

La miró a los ojos. —Porque en la cama eres la hostia y nos llevamos bien. Creía que era suficiente, pero al parecer tú no piensas lo mismo, así que adiós —dijo fríamente.

Palideció dando un paso atrás alejándose de él y sintiendo que el tiempo se detenía vio que salía de su casa sin ningún remordimiento. Mirando la puerta cerrada, sintiendo que su corazón se partía en mil pedazos susurró —Me has hecho daño de nuevo. — Una lágrima rodó por su mejilla y cerró los ojos intentando contener el dolor, porque esta vez no había enfado, solo había dolor.

Capítulo 8

—Estás mucho más delgada —dijo Niguel saliendo de detrás del biombo abrochándose la camisa—. ¿Estás bien?

—Me he pasado todas las Navidades en la cama con una buena gripe —dijo agotada acercándose a su mesa para coger la agenda—. ¿Quieres cita para la semana que viene? Lisa, la de administración, ha anulado la suya porque tiene médico ese día. ¿A las nueve? —Se apartó un mechón de cabello pasándoselo tras la oreja.

Niguel asintió. —Muy bien, se lo diré a mi secretaria. Espero que Jack no convoque una reunión para ese día.

Se tensó al escuchar su nombre y disimulando miró la agenda. —¿Ya ha vuelto?

—Llega hoy. Menuda paliza se ha metido —dijo poniéndose la chaqueta—. Pero ha hecho negocios de primera. Incluso ha

comprado una empresa japonesa que es puntera en tecnología. Tiene un ojo para los negocios...

—Ya. —Apuntó el nombre de Niguel y se incorporó forzando una sonrisa. —¿Y cómo está Karen en su trabajo?

—Oh, estupendamente. Y no se han molestado por el embarazo —dijo pletórico—. Gracias por el enchufe.

—El director del periódico no se atrevería a regresar a mis manos si me lo hubiera negado. —Niguel se echó a reír y no pudo menos que sonreír. —Me alegra verte tan feliz.

La miró con cariño. —Gracias. Por todo.

—Eh, que ya me has dado las gracias mil veces.

Black ladró y los dos le miraron. Estaba tumbado en su camita redonda llena de pelo. Ese chisme le encantaba. —Ah, no. Tienes que esperar una hora.

Gimió apoyando su cabecita sobre sus patas y Niguel se echó a reír. —Increíble, parece que te entiende.

—Claro que me entiende.

Él frunció el ceño. —¿Has ido al médico por esa gripe? Parece que no estás recuperada del todo y una gripe mal curada...

—Estoy bien. Vamos, pesado... lárgate que tengo esperando pacientes.

La puerta se abrió de golpe y Clare entró con sus típicos tacones. —No puedes entrar así...

—¿Por qué tienes el teléfono descolgado? ¡Tenéis que subir a dirección! ¡El señor Gillingham se ha desmayado!

Asustada palideció y corrió hacia la puerta con Niguel detrás. —¿Habéis llamado a una ambulancia?

—¡Cuando abrió los ojos ordenó que no llamáramos a nadie! Que solo había sido un mareo, pero la secretaria lo niega. ¡Dice que perdió totalmente el sentido!

Niguel llamó al ascensor y ella más aliviada porque estaba consciente miró a Clare. —Encárgate de Black.

La chica asintió vehementemente. —No te preocupes.

Cuando el ascensor llegó entraron a toda prisa y Niguel pulsó el último piso. —Sabía que no estaba bien.

Le miró sorprendida. —¿Qué dices?

—Tiene mal aspecto. Tiene ojeras y la piel cenicienta, pero dijo que era del cansancio del viaje. Que se recuperaría en el fin de semana.

Asustada miró las luces del ascensor. —Se exige demasiado.

—Cuando le conocí pensaba que era sobrehumano y que tenía el corazón de piedra, pero después de trabajar con él seis años me

he dado cuenta de que se escuda en el trabajo porque no tiene nada más.

—No tiene nada más porque no quiere.

Niguel apretó los labios. —Tienes razón, pero a veces hay heridas que no ve nadie.

Las puertas se abrieron en ese momento y salió sin pensar en ello. Cuando llegó al despacho de Jack la puerta estaba abierta y las secretarias le abanicaban. Jamás había estado en su despacho y ver las tres mesas bajo los ventanales llenas de papeles la dejó en shock, pero aún más verle tumbado en uno de los sofás de cuero totalmente pálido. Se acercó a toda prisa y una de las secretarias se apartó. —Se desplomó ante su mesa cuando pedía un café.

Preocupadísima se sentó a su lado. —Llama a una ambulancia.

Él abrió los ojos. —Estoy bien.

—Una toalla húmeda. Mójala con agua fría. —Pasó la mano por su frente y vio que estaba ardiendo. —Tienes fiebre.

Tosió en respuesta y la otra secretaria susurró —Lleva tosiendo toda la mañana.

La tos era de pecho y tuvo un mal presentimiento. —¿Estás tomando algo?

—Estoy bien.

—Si tienes suerte solo tendrás una gripe. —Cogió la toalla y se la puso sobre la frente.

La secretaria entró con el teléfono en la mano. —¿Llamo?

—¡No! —ordenó Jack intentando levantarse.

Le sujetó por el cabello de la nuca y le miró muy seria. — Escúchame bien, creo que tienes bronquitis o neumonía y tienes que ir al hospital.

—Llama a Bob. Nada de ambulancias. Que me espere en el garaje.

—Lo dice para que no se entere la prensa —dijo Niguel—. Los inversores suelen ponerse a temblar con estas cosas.

Lo comprendió, aunque en ese momento solo quería gritar porque no se había cuidado. —Llamad a Bob. Niguel tendrás que ayudarlo a llegar al coche.

—Joder, eso va a ser difícil porque pesa más que yo.

—No soy un inútil —dijo sentándose.

—Eso amigo, ayúdame porque si no va a enterarse toda la empresa.

Eso pareció darle fuerzas y se levantó. Increíblemente casi caminaba solo. Su amigo le cogió del brazo y él negó con la cabeza apartando su mano. Era capaz de matarse por la puñetera empresa,

¿pero por ella? Por ella ni era capaz de llegar a tiempo a una cita ni de hacer el esfuerzo de acompañarla al cine. Ni una sola vez la había llamado desde que se había ido de su casa para saber si estaba bien. Es que era estúpida, de verdad, pero sin poder evitarlo salió tras ellos del despacho. Cuando entraron en el ascensor ella pulsó el segundo piso y el bajo. —¿No vienes? —preguntó Niguel sorprendido.

—Creo que es mejor que salgáis solos para que la gente no murmure. Además tengo citas.

Sintió como Jack se tensaba a su lado, pero no dijo palabra. — Yo no puedo ir —dijo Niguel sorprendido—. Tengo reuniones. Alguien se tiene que quedar aquí.

—No necesito a nadie —dijo enderezando la espalda—. Volved a vuestros trabajos.

—Estás hecho una mierda, jefe —dijo Niguel antes de mirarla—. Tienes que ir tú.

—¿Yo? ¿Por qué tengo que ir yo? —Fulminó a Jack con la mirada. —¡Y ahora no te hagas el mártir!

—¡No me hago el mártir!

—Claro que lo haces. ¡Todo esto es culpa tuya! ¡Si no me hubieras dejado no estarías así!

Niguel dejó caer la mandíbula del asombro.

—¡Nena, me dejaste tú!

—No. No me eches a mí la culpa. Son las estupideces que se te pasan por la cabeza lo que te han llevado a este estado.

Él sonrió haciendo que Niguel no saliera de su asombro. —Tú tampoco tienes muy buen aspecto. Nena, ¿te has duchado esta mañana?

Jadeó de la indignación. —Por supuesto que sí. —Se miró al espejo y la verdad es que tenía una pinta horrible. Ni se había peinado antes de hacerse la cola. —Es que me he levantado con prisas. Black tenía que salir.

—¿Estáis liados?

—Oye, para ser vicepresidente no te veo muy espabilado. Ayer hubiéramos hecho siete meses, pero el muy capullo me ha dejado. Y antes de Navidades.

—Nena, lo dices como si me hubiera querido ahorrar el regalo y me dejaste tú a mí.

Se echó a toser y preocupada porque parecía que le costaba respirar se acercó a él. Era una tos feísima y ahí le importó todo un pito. —Niguel dile a la chica de recepción que llamaré a mi hermana para que venga a buscar a Black.

—Se puede quedar conmigo si quieres. —Le miró sorprendida y él se sonrojó. —Me encanta ese bicho.

Se abrieron las puertas en el segundo y salió. —Voy a por el bolso.

—Te esperamos abajo.

Miró preocupada a Jack antes de salir corriendo. No tardó ni dos segundos en cogerlo y al no ver a Black supuso que Clare se lo había llevado a recepción. Corrió escaleras abajo. Abrió la puerta del garaje y vio como Bob ayudaba a meterle en el coche. Rodeó el coche corriendo y le dijo a Niguel en voz alta para que la oyera por encima del ruido del motor. —¡Black debe estar en recepción con Clare! ¡Asegúrate de que tenga agua y comida!

—Llamadme con lo que sea.

Ella asintió antes de meterse en el coche y cerrar la puerta. Jack cerró los ojos apoyando la cabeza en el respaldo y en cuanto Bob se subió se puso en movimiento. —Bob, ¿sabes a dónde vamos?

—Sí, el jefe siempre va a una clínica privada. Es como un hospital.

Eso la dejó más tranquila y se acercó a él porque en esa posición parecía que respiraba peor. —Cielo, endereza la cabeza.

—Joder no tengo energías.

—Las has agotado todas. Lógico.

Él sonrió y abrió los ojos. —No tenías que haber venido.

—Claro que sí. —Acarició su frente hasta llegar a su sien. Estaba ardiendo. —Así puedo soltarte indirectas hirientes y no podrás defenderte con la máscara de oxígeno.

—Pinta mal, ¿eh?

—¿Te daban miedo las agujas? Ahora vas a flipar.

Sonrió de nuevo y la observó durante varios segundos. —Tú tampoco tienes buen aspecto.

—Cariño, que cosas más románticas me dices. —Miró por la ventanilla a ver donde estaban. —¿Bob?

—Enseguida llegamos.

Le miró y sonrió. —Enseguida llegamos.

—Todavía conservo el oído.

—Eso te va a venir de perlas cuando el médico te eche la bronca por no cuidarte. Así lo oirás todo. Yo por una gripe tuve que oír un montón de cosas.

—¿Has pasado la gripe? —Frunció el ceño. —¿No me la habrás pegado?

—Qué va... —Pensó en ello y en como su tía el día de la fiesta de la llegada de su hermana no dejaba de toser y de pasarse el

pañuelo por la nariz. —No. Seguro que es algo que pillaste por uno de esos países que frecuentas. —Gruñó porque no la había llevado y se había quedado sin vacaciones en verano por su culpa. Es que de verdad era tonta. —Por cierto, ¿qué tal el viaje?

—Pues...

—¡No me interesa!

Vio que el coche se detenía ante unas instalaciones y abrió la puerta impaciente saliendo justo cuando una enfermera se acercaba con una silla de ruedas. Jolín con los ricos. Ella tenía que esperar seis horas en la sala de espera hasta que alguien se dignaba a mirarla siquiera. Bob abrió la puerta de su jefe y le dijo a la enfermera —Alguien va a tener que ayudarnos a sacarle del coche.

La enfermera salió corriendo y en nada de tiempo aparecieron dos enfermeros con una camilla. Preocupada vio como parecía que le habían abandonado las fuerzas del todo y en ese momento salió un hombre con una bata de médico y se acercó a toda prisa. — ¡Oxígeno!

Aliviada porque era obvio que sabía lo que hacía observó como entre los tres le sacaron del coche tumbándolo sobre la camilla.

—¿Usted es su esposa?

—Soy su exnovia, mejor amiga y fisioterapeuta.

El médico sonrió divertido mientras le colocaba la mascarilla. — Acaba de llegar de viaje y me ha llegado así —dijo indignada de los nervios.

—Muy bien.

—Se llama Jack. Jack Gillingham —dijo caminando tras él y tras la camilla—. Y aparte de una fuerte contractura en la espalda que no deja que se le cure porque se empeña en hacer ejercicio en contra de mis indicaciones, está hecho un toro. —El médico la miró levantando una ceja. —Y no es broma. Es capaz de trabajar dieciséis horas y hacer el amor el resto.

—Perfecto. —El médico divertido miró a Jack que no le quitaba ojo a ella como si estuviera mosqueado. Ella sonrió radiante. —Así que eres un machote que no se cuida.

—Nada, doctor. No se cuida nada. Come lo que le apetece y nunca me hace caso. Duerme poco y es un obseso del trabajo. — Jack iba a llevar la mano a la mascarilla y ella le dio un manotazo. —¡Eso no se toca!

El médico reprimió la risa. —Bien, Jack... Vamos a ver qué es lo que te ocurre. —Y ordenó a la enfermera —Desvístanlo y envíenlo a rayos.

—Sí, doctor Ferrer.

Él se detuvo ante lo que parecía una sala de espera y le indicó que entrara —Usted espere aquí, señorita...

—Lavery. —Alargó la mano y por primera vez miró sus ojos castaños que parecía que veían algo que le gustaba y eso que tenía unas pintas... Se sonrojó. —Abrielle Lavery.

—Un nombre muy hermoso. Aunque quedaría mejor con otro apellido.

Le miró sin comprender y este le guiñó un ojo. —Abrielle Ferrer, por ejemplo. —Dejó caer la mandíbula de la sorpresa y él se echó a reír. —Veamos lo que tiene tu exnovio y después hablaremos. Estoy seguro de que tenemos mil cosas que contarnos y quiero saber todo de ti.

Sin palabras vio cómo se alejaba seguro de sí mismo y eso le gustó. Le gustó mucho y sorprendida se dejó caer en una de las sillas de plástico. Era guapo. Pero qué decía guapo, era guapísimo. Y parecía simpático. Y le gustaba ella, que con el aspecto que tenía ese día era un milagro. Se mordió el labio inferior. Pero Jack... Vamos Abrielle, Jack pasa de ti. Como dijo, aunque lo hayas olvidado convenientemente, estaba contigo solo porque en la cama eres la hostia y os lleváis bien. Ese hombre quiere conocerte. ¿Qué conocerte? ¡Quería casarse! Aunque eso era ir muy deprisa, ya

dejaba claro que quería conocerla para tener una relación duradera con ella. Y era médico. Tenían mucho en común, pensó sin poder quitarse de la cabeza la cara de Jack al pasar por las puertas de urgencias. No parecía que se fuera muy contento.

Chasqueó la lengua cruzándose de brazos. Ya no pensaba hacerse ilusiones por nadie que luego se llevaba unas leches de primera. En cuanto diagnosticaran a Jack, se largaba a buscar a Black que ese sí que la quería de verdad.

Estaba de lo más aburrida jugando al Candy Crush en el móvil y juró por lo bajo cuando volvió a perder quedándose sin vidas. Puso los ojos en blanco cuando le pusieron que no podía jugar hasta dentro de una hora. —Mierda. —Levantó la vista distraída y entrecerró los ojos porque vio a Bob a través de la cristalera hablando con alguien que por detrás le sonaba. Se levantó y al caminar hacia la puerta se dio cuenta de que tenía razón. Las puertas mecánicas se abrieron a su paso al salir. —¿Mary Anne?

Se volvió sorprendida. —Abrielle, ¿estás aquí?

—He acompañado al jefe. —Se acercó confundida. —¿Has venido a visitar a alguien?

—Me he enterado por Clare de que el jefe se puso malito y me he acercado a preguntar si está bien porque vivo a dos calles de

aquí y vi a su chófer —dijo agradablemente—. Pero ya me ha dicho Bob que todavía no se sabe nada. ¿Estás sola? ¿Quieres que te acompañe? —Se llevó la mano al pecho como si se diera cuenta de algo. —¿Habéis comido?

Bob negó con la cabeza. —No se preocupe, señora. Aquí hay cafetería.

—Bob, no hace falta que esperes, probablemente se va a quedar ingresado —dijo ella con cariño.

—Yo de aquí no me muevo hasta que no sepa lo qué tiene el jefe. Tiene mala leche, pero es el mejor.

Sonrió sin poder evitarlo antes de mirar a Mary Anne. —No tienes que quedarte.

—¿Has dicho ingresado? ¿Pero tan mal está?

—Parece una gripe que se la ha ido de las manos.

—Vaya, seguro que no toma zumo de naranja natural todas las mañanas —dijo molesta.

Ambos sonrieron. —Pues no.

—Yo a mi marido se lo hacía todas, todas las mañanas. —La cogió por el brazo y entró con ella en la clínica. —Vaya lujo —dijo impresionada—. Mejor voy a por unos bocadillos para que comais, porque aquí os van a cobrar una fortuna.

En ese momento salió el médico y sonrió acercándose. Impaciente esperó a que llegara hasta ellas. —La placa lo ha confirmado.

—¿Sí? ¿Y qué tiene? —preguntó con un mal presentimiento porque si se veía en la placa no era bueno.

—Neumonía.

Mary Anne jadeó llevándose la mano al pecho. —Mi tío murió de eso.

—Jack no se va a morir —replicó ella impresionada.

—Si todo va bien con unos antibióticos en unos días estará en casa —dijo el médico mirándola fijamente—. De todas maneras, voy a hacerle unos análisis de sangre y orina. De momento veamos cómo responde al tratamiento.

—¿Se va a quedar ingresado?

—Sí, por supuesto. Al menos un par de días.

—Pues va a tener que atarle a la cama. En cuanto se encuentre un poco mejor querrá trabajar y es capaz de trasladar la oficina aquí, se lo advierto.

—Tutéame, Abrielle.

—Uy, qué confianzas... —Mary Anne miró al doctor de arriba abajo y Abrielle como un tomate le dio un codazo.

El doctor sonrió de manera encantadora y alargó la mano. —
Harrison Ferrer.

—Mary Anne Gate.

—Mucho gusto.

Mary Anne sonrió como una quinceañera. —Lo mismo digo.

Abrielle puso los ojos en blanco. —¿Puedo verle?

—Sí, claro que sí. En cuanto terminemos de hacer las pruebas le subiremos a planta. ¿Vienes conmigo? Yo te llevo.

Lo dijo de una manera que parecía que la llevaría al fin del mundo encantado de la vida y se sonrojó aún más. —Gracias.

—Aquí te espero —dijo Mary Anne mirando fijamente al médico. Cuando él se volvió susurró —Este quiere tomate.

—Shusss...—Forzó una sonrisa mirando al médico que sonrió. —Así que se pondrá bien.

—Como ya te he dicho hay que esperar un par de días, pero si hay suerte estará trabajando antes de que se dé cuenta. —Gruñó haciéndole reír. —Así que eres su fisio.

—Él dice que soy su torturadora. Después dice que tengo unas manos mágicas. —Se puso como un tomate. —Quiero decir después del masaje.

Él rio por lo bajo. —¿Sabes? Últimamente tengo un dolor de espalda...

—Eso es porque pasas muchas horas de pie. —Llegaron hasta una cortina que estaba cerrada. —¿Es en los riñones o más arriba?

—En donde tú quieras —dijo comiéndosela con los ojos—. Puedes tocar lo que te apetezca.

—Ah... —Carraspeó antes de soltar una risita nerviosa. —Vaya, eres directo.

—Es que desde que te he visto he sentido que conectaríamos muy bien. En todo. —Dio un paso hacia ella. —Me encantaría tener una cita contigo. ¿Y a ti conmigo?

Escucharon como se caía una bandeja al otro lado de la cortina y Harrison la abrió a toda prisa. Jack la fulminó con la mirada y se sonrojó con fuerza antes de reaccionar y acercarse. —¿Cómo estás?

—¡Igual! ¡Estoy igual! —dijo con la mascarilla puesta. Fulminó al médico con la mirada—. ¿Qué me ha puesto? ¿Un placebo?

El doctor se echó a reír. —Ya me parecía que usted era impaciente. Tiene neumonía. Hay que tomárselo con calma y descansar. —Se agachó a recoger la bandeja y ella le advirtió con la mirada para que cerrara el pico. Jack gruñó cogiendo su mano.

—Ya me contestarás después, Abrielle —dijo Harrison antes de salir con la bandeja en la mano—. Os dejo unos minutos. Jack tiene que descansar.

Este la miró como si fuera a soltar cuatro gritos. —¿Qué quiere ese? ¡Le veo muy familiar contigo! —Intentó quitarse la mascarilla y ella se lo impidió. Frustrado gruñó. —Nena, ese quiere ligarte.

—¿Y?

—¿Cómo que y?

—Me has dejado.

—Me dejaste tú a mí —dijo casi sin aliento.

—¿Quieres calmarte? Tienes que descansar. —Preocupada apretó su mano antes de pasar la otra por su frente.

—¿Qué le vas a responder? —Ella se hizo la loca y la miró asombrado. —¿Le vas a decir que sí?

—Bueno, es guapo y parece agradable.

—¡Agradable! —Si hubiera podido levantarse la sacaba de allí a rastras por la mirada que le estaba echando. —¡Nena, no puedes salir con él! ¡Te lo prohíbo!

—¿Perdona? ¿Qué has dicho? —Le miró mosqueada. —Él quiere casarse.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Acaso eso se lleva escrito en la frente?

—Porque quiere que mi apellido sea Ferrer. —Sonrió como una boba. —¿A que es mono?

—La madre que me...

—Shusss, eh, eh... Cuidado con lo que dices.

—¡No puedes salir con ese tipo!

—Me van a terminar echando. No creo que sea bueno que hables tanto.

—Nena, lo que te dije la última vez que nos vimos...

La cortina se abrió y Harrison sonrió. —Es hora de dejar que el paciente descanse. Van a subirle a planta.

—Oh, cielo... ¿Necesitas algo? Cosas de aseo...

Le apretó la mano. —Lo que te dije no fue en serio, me sentí acorralado y... —Tuvo un ataque de tos y ella hizo una mueca cuando sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Estás bien?

—Se pondrá bien. Si quieres puedes traerle cosas, pero no se va a levantar de momento, así que no hay prisa.

—Necesita el cargador y su cepillo de dientes... Si no tiene su móvil cerca se volverá loco y les volverá locos a todos. —Miró a su alrededor y encontró su pantalón. Metió las manos en los bolsillos sacando unas llaves. —¿Estas son las de tu casa? —Él más

calmado asintió y Abrielle se acercó a la cama. —¿Y cuál es la dirección? Da igual, Bob está fuera. Él me acompañará. —Sonrió y le dio un beso en la frente. —Vuelvo enseguida. ¿Algo que necesites o que consideres importante?

—Sácame de aquí.

Se echó a reír. —Es un bromista.

Harrison levantó una de sus cejas castañas. —Creo que lo ha dicho en serio. ¿De verdad habéis sido novios?

—Sí, seis meses.

—¿Y no sabes dónde vive?

—Fue un noviazgo raro —dijo con mala leche mientras Jack gruñía desde la cama—. Estaba tan ocupado que se le olvidó invitarme. Pero no es de extrañar porque olvidaba la mitad de las veces que quedábamos. —Se echó a reír. —Si se olvidó de mi cumpleaños y le había soltado una indirecta la noche antes.

Él volvió a gruñir desde la cama. —¿Qué indirecta?

—Mañana voy a cumplir veintiocho. Cariño, ¿me ves vieja? Gruñiste como hace un segundo y seguiste haciéndome el amor. ¿No lo recuerdas?

—En ese momento no hay que decir nada trascendental —dijo el doctor—. Estamos centrados en otras cosas. —Sacó una tarjeta

del bolsillo superior de la bata y se la acercó. —Yo te enseñaré mi casa esta noche y te haré una cena para chuparte los dedos. —Le guiñó un ojo acercándose y susurró —Aunque preferiría chupártelos yo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Jack muy mosqueado y más aún cuando vio que se ponía como un tomate.

—Mejor me voy a por tus cosas...

Se acercó a Jack y le dio un beso en la frente y él miró hacia arriba mosqueadísimo. —¿Qué ha dicho?

—Vuelvo enseguida.

—Cuando regreses seguramente ya estará en la habitación —le informó Harrison mirándole el trasero con descaro.

Empezaba a incomodarla su insistencia y forzó una sonrisa. — Gracias.

—Ha sido un auténtico placer.

—¿Qué ha dicho? —gritó Jack desde la cama antes de fulminarle con la mirada—. ¡Va a salir contigo por encima de mi cadáver!

Harrison se echó a reír. —Qué gracioso.

Ella aprovechó para largarse antes de que corriera la sangre y al salir Mary Anne se le acercó. —¿Qué ha pasado ahí dentro? ¿Esos

gritos eran del jefe?

Sí que tenía un oído fino. —Sí —contestó yendo hacia la puerta.

—¿Está bien?

—Oh, sí. ¿No le has oído? Mañana ya está hecho un toro. —Bob oyó esa frase y sonrió. —Tienes que llevarme a su casa a por sus cosas.

—Claro, jefa. Subid.

Mary Anne chilló emocionada. —¡Voy a conocer la casa del jefe! ¿Cómo tendrá la cocina? Si tiene algo en la nevera os puedo hacer una comida de reyes. —Abrielle la miró divertida. —¿Qué? No conozco a nadie que haya estado allí. Este es el mejor cotilleo de la empresa en siglos.

Divertida entró en el coche y Mary Anne no perdió el tiempo en seguirla por si la dejaba fuera. —Y cuando cuente que estáis liados...

Bob rio por lo bajo mientras ella jadeaba. —No vas a decir nada.

—¡Acaba de confirmar la noticia!

—Me encanta esta mujer —dijo el chófer encendiendo el motor.

—Gracias, guapo.

—Mary Anne, hablo en serio. ¡No vas a decir nada porque ya no estamos juntos!

—¿Es él quien te rompió el corazón? Por eso tenías esa carita, ¿verdad?

—Es que el jefe es muy raro para sus cosas.

—¿Sí? —preguntaron las dos a la vez.

—Llevo unos años con él y he oído lo mío.

Ambas se acercaron. —Cuenta, cuenta —dijo Mary Anne.

—Empecé a trabajar para él unos años antes de que muriera su padre. Menudo hombre.

—¿Le conociste? —preguntó Abrielle interesada.

—Sí, cuando el jefe empezó a tener éxito el hombre vendió su empresa y se mudó a un piso al lado del suyo. Le adoraba. Incluso a veces le llevaba a las reuniones de accionistas y miraba a su hijo orgulloso entre toda aquella gente. Cayó enfermo y ahí me di cuenta de que su hijo no sabía nada. Le llevaba a los médicos a sus espaldas. Cuando el jefe se enteró casi me despide, pero fue su padre quien intercedió por mí. Y cogimos confianza. A veces le daban quimio y como tenía que esperarle, le acompañaba. Era un gran hombre, sí señor. Durante las sesiones hablamos mucho y entonces me enteré...

—¿De qué?

—Ya me parecía a mi raro que solo tuviera mujeres de una noche. Muchas. Joder, un montón. Cada noche una distinta y todas estaban de buen...

Gruñó por dentro. —¡Al grano, Bob!

—Bueno, pues resulta que la mujer de Cameron, que así se llamaba su padre, le abandonó cuando el chico era un adolescente. Y no volvió a llamar al jefe ni a su marido jamás. Se esfumó de la faz de la tierra dejándoles en shock. Solo dejó una nota y menos mal, porque imagínate lo que hubiera pasado si no lo hubiera hecho. Y el jefe lo pasó muy mal porque no se lo esperaba. En realidad no se lo esperaba ninguno, la verdad. Cameron decía que él había estado tan hundido que hasta se dio a la bebida y fue su hijo el que le sacó del hoyo después de un año malísimo. Pero aun así estudió como un cabrón para tener las mejores notas. Trabajaba los fines de semana con su padre y por semana en una cafetería para mantenerse y no ser una carga para Cameron —dijo el chófer orgulloso—. Fue cuando se trasladó con él a Nueva York, cuando se dio cuenta de que su hijo llevaba algo dentro por esa experiencia que no le dejaba avanzar con las mujeres. Al principio le decía que se estaba divirtiendo, que era joven, pero jamás tenía dos citas con la misma mujer y eso le llamó la atención. Un día en una de sus

conversaciones fue cuando se dio cuenta de que el abandono de su madre le había marcado y Cameron se culpó a sí mismo porque no había estado ahí para él en su momento. —Abrielle se mordió el labio inferior. —Al parecer desconfía de todas las mujeres. Las considera unas interesadas o unas caprichosas que solo le quieren por su dinero. Cameron estaba convencido de que había malinterpretado su matrimonio y que en parte era culpa suya por no sincerarse con Jack.

—¿Que había malinterpretado su matrimonio? Si esa mujer se fue cuando tenía diecisiete años. Era lo bastante mayor para darse cuenta de las cosas.

—Según su padre, el jefe tiene el recuerdo de que siempre se estaba quejando, siempre quería esto o lo otro. Nunca era bastante y su padre se mataba a trabajar. Su padre intentó decirle que él también había cometido errores, que también era responsable de lo ocurrido, pero su hijo jamás quiso hablar de ella por mucho que lo intentó.

A Abrielle se le retorció el corazón. Con ella sí que había hablado de su madre. Recordó cómo la había comparado con Karen y su opinión no había sido nada buena. ¿Pero y eso qué tenía que ver con ella? ¡Porque llevaban seis meses y había demostrado que ella

de interesada no tenía ni un solo pelo! Vale que tenía un sueldazo, pero bien que trabajaba. Y se lo había ofrecido antes de liarse con ella. —¿Crees que juzga a todas las mujeres por su madre? — preguntó incrédula antes de escuchar un sollozo. Miró hacia Mary Anne que sorbía por la nariz con lágrimas en los ojos —¿Y tú por qué lloras?

—Es muy triste. —Sorbió por la nariz de nuevo. —Pobrecito.

—¡Pobrecita yo que me ha dejado por el comportamiento de una mujer que ni conozco! En qué me parezco yo a ella, ¿eh? ¿Qué le he pedido yo? ¿Qué? —Mary Anne la miró como los ojos como platos. —¿Un futuro? ¿Matrimonio? ¿Hijos? ¡Eso es lo normal! — gritó como una loca—. ¡Lo que quieren todas! ¿Qué pasa, que no tengo derecho a pedir? ¡Este tío se va a enterar! Así que tengo que conformarme con lo que me ofrezca. ¡Pues lo lleva claro! — Entrecerró los ojos recordando sus celos de Harrison. —Me va a rogar que vuelva, me lo va a suplicar, el muy capullo.

—Pobrecito, con lo que le ha pasado deberías ser más comprensiva y...

—¡Comprensiva, y una leche!

Bob gimió desde el asiento delantero. —No quería empeorar las cosas.

—Tranquilo —dijo con mirada sanguinaria—. Que no las vas a empeorar. Van a mejorar y mucho. ¡Sobre todo para mí!

—¿Ves cómo eso es un poco egoísta? —Fulminó a Mary Anne con la mirada. —Vale, me callo.

—Y no se te ocurra decir nada en la empresa de sus padres, ¿me has entendido? —La señaló con el dedo. —Como oiga algo sobre ellos, y te aseguro que yo me entero de todo, vas a conocer mi mala leche.

—¿Es peor que ahora?

—¡Mucho peor!

Capítulo 9

Entró en la habitación sin llamar y apretó los labios porque estaba dormido. Viéndole allí tan pálido y hecho polvo le dio algo de pena, pero el muy capullo no había tenido ninguna pena en decirle que estaba con ella porque en la cama era la hostia y se llevaban bien. Bien... ¡Ja! Había estado a su lado porque estaba loco por ella, aunque no se lo reconociera ni a sí mismo. Y ella llorando por las esquinas todas las Navidades. ¡Sus primeras Navidades juntos! Es que era para matarle. Dejó la bolsa sobre una mesa que había allí y la abrió empezando a sacar sus cosas. Aunque lo hizo en silencio algún ruido debió hacer porque él abrió los ojos y sonrió tras la mascarilla. —Sigue durmiendo. No quería molestarte. —Sacó el cargador de su teléfono y lo puso sobre la mesilla.

—¿Qué hora es?

—¿Y que más te da? —Cogió el neceser y lo llevó hasta el baño. Al salir vio que alargaba el brazo intentando coger el móvil. —Son

las cuatro. —Jack suspiró dejando caer el brazo sobre la cama. —
Estás agotado. Lo que debes hacer es dormir para recuperarte.

—No has trabajado por la tarde.

—He aplazado las citas. No pasa nada, me adoran. —Le guiñó
un ojo y sacó su ropa interior. —No tienes pijamas.

—Sabes que no los uso.

Chasqueó la lengua y fue hasta el armario para dejar allí la ropa
interior y la camisa que le había llevado para cuando saliera.
Regresó dejando las zapatillas al lado de la cama y sacó de la bolsa
un libro que le había comprado que decían que estaba muy bien y
un libro de crucigramas. Se los mostró sonriendo. —¿Qué? ¿Qué
tal?

Jack sonrió. —Perfecto, nena.

Cerró la bolsa y la metió en el armario. —Bueno, pues me largo
que tengo una cita.

—¿Perdón? —Se quitó la mascarilla a toda prisa mirándola
como si fuera una extraterrestre. —¿Has quedado con ese?

—Bueno, es que no puedo desaprovechar la oportunidad. Está
muy bien. Es muy atractivo, se ve que tiene un buen futuro, quiere
una relación y... —Abrió los ojos como platos. —Seguro que en la

cama también es la hostia como yo. —Sonrió radiante. —Bueno, adiós.

—¡Abrielle!

Se detuvo en la puerta y le miró aparentando confusión. Él parecía que quería soltar cuatro gritos, pero le vino un acceso de tos y ya no pudo decir ni pío. Ella sonrió acercándose y le puso la mascarilla sobre la boca y la nariz. —No debes quitártela. Retrasarás tu curación y una neumonía no es ninguna tontería, ¿sabes?

Él la miró a los ojos y algo se retorció en su interior porque parecía que no quería que se fuera y se lo confirmó al preguntar casi sin aliento —¿No te quedas un rato?

—Es que no me va a dar tiempo... —Le besó en la frente. —Y tú tienes que descansar. —Acarició su cabello y suspiró. —Qué pena que lo nuestro no funcionara, cielo. Con lo que te quería. —Escuchó como se le cortaba el aliento y ella sonrió. —Pero hay que avanzar en la vida, así que... Lamentarse no sirve de nada. —Le guiñó un ojo. —Te veo mañana.

Se fue a toda prisa sin mirar atrás porque si le miraba de nuevo no le despegarían de él ni con agua caliente y tenía que ser firme. Pero le dejaba solo... Se detuvo en mitad del pasillo sin darse

cuenta de que sus ojos estaban llenos de lágrimas. ¡Él la había dejado! ¿Es que era tonta? Pero eran amigos y los amigos estaban para esas cosas. Se mordió el labio inferior indecisa y regresó a la habitación. Abrió la puerta apenas una rendija sin hacer ruido y vio que estaba mirando el techo. Estaba tan solo... Sacó su móvil a toda prisa y entró de nuevo. Él la miró desde la cama y parecía sorprendido. —Tiene una urgencia. —Levantó una de sus cejas morenas sin decir palabra. —Ya quedaremos otro día. —Cogió una silla y se sentó sonrojándose por la mentira. —¿No duermes?

—Se me ha quitado el sueño —dijo entre dientes.

—Vaya. ¿Te leo un poco? Por cierto, menudo piso tienes. Cuanto lujo —dijo con segundas mientras cogía el libro—. ¿Por qué lo compraste de cuatro habitaciones si no tienes familia ni la vas a tener?

—Ese no era un factor importante cuando me compré la casa —dijo mosqueado.

—Claro, te gustaron las vistas a Central Park. Aunque veo un poco exagerado comprarse un piso así para una persona sola. ¿Cuántos metros tiene? ¿Doscientos?

—Más o menos. —Entrecerró los ojos. —Y es una inversión. Fue un chollo.

—Sí, tú siempre pensando en lo mismo. —Chasqueó la lengua abriendo el libro.

—Como si a ti no te gustara el dinero.

—Me gusta el dinero cuando puede proporcionarme lo que quiero o si con él puedo cumplir sueños, como viajar. —Le fulminó con la mirada. —No me obsesiona.

—Eso será porque nunca te ha faltado.

Se le cortó el aliento y miró sus ojos. —¿A ti te ha faltado alguna vez?

Suspiró mirando el techo. —Déjalo.

Apretó los labios porque se había cerrado a ella. —Me gustaría que me lo contaras.

La miró de reojo y Abrielle sonrió dejando el libro sobre la mesilla antes de coger su mano. No la rechazó. —Me dijiste que tu madre no hacía más que pedir, así que supuse que nunca te había faltado el dinero.

—Eso fue antes de que le dejara. —Miró el techo de nuevo. — No éramos ricos, pero siempre vivimos bien.

—¿Y qué pasó?

—¿Qué pasó? Que le destrozó. —Sonrió con desprecio. —Si me la encontrara de nuevo... Ella le mató.

—Cielo, no digas eso.

—Tenías que haber visto su cara al leer la nota que nos dejó sobre la mesa de la cocina. Vi cómo se le rompía el alma. Allí incrédulo miraba la nota una y otra vez. Incluso preguntó si era una broma. Ese fue el primer día en que le vi emborracharse. Después de llamarla al móvil, al darse cuenta de que el teléfono estaba en la casa, cogió la botella y ya no la soltó en un año. Intenté ayudarle...

—Seguro que lo hiciste.

Sonrió con tristeza. —Llevó la empresa casi a la ruina. Los proveedores llamaban a nuestra puerta buscando dinero. No sabes la vergüenza que pasé...

—Debió ser una situación horrible.

—Tuvimos que vender la casa para pagar y ahí fue cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo. —Hizo una mueca. —Al menos le quedó la empresa y con lo que le sobró de la venta de la casa consiguió salir a flote mientras yo estaba en la universidad. Pero jamás fue el mismo. —Se quedó en silencio unos segundos. —¿Sabes lo que más me jodía? —susurró sin esperar respuesta—. Cómo lloraba por ella cada vez que estaba bebido. —Abrielle intentó retener las lágrimas por su dolor. —La llamaba desesperado, incluso

en sueños. —Ella apretó su mano intentando consolarle. —Joder, se lo dio todo. ¿Qué más quería?

—¿La has buscado?

—¿A esa zorra? Ya pueden... —Le dio un ataque de tos y preocupada se levantó incorporándole un poco. Eso pareció aliviarle. Cuando él la miró a los ojos apartó su cabello de la frente. —Tengo la garganta seca.

Ella acercó el vaso a sus labios y con cuidado se quitó la máscara antes de beber de la pajita. —No te alteres —dijo preocupada.

Cuando tragó ella le colocó la mascarilla. —No soy como ella —dijo sin poder evitarlo.

—Sí que lo eres —susurró dejándola de piedra y vio en sus ojos verdes que parecía convencido de lo que decía—. Eres dulce, preciosa, inteligente, divertida... Tienes todas las virtudes que ella tenía. Pero también era exigente. Perdí la cuenta de las veces que sentados a la mesa se discutía por sus exigencias.

—Tienes dinero de sobra, ¿cuántos sofás puedo querer?

Él reprimió la risa. —Muy graciosa.

Se sentó en la cama a su lado. —¿No quieres estar conmigo?

—Joder, nena... Pero no puedo de la manera que tú quieres.

Cogió su mano colocándosela sobre el regazo. —Yo quiero a todas horas.

—Me preguntaste que por qué trabajaba tanto si no iba a tener hijos. A quién se lo iba a dejar. —Le miró a los ojos y asintió. —Al principio quería conseguirlo, llegar a la cima por mí y porque quería que mi padre se sintiera orgulloso. —Emocionada lo entendió. —Y cuando falleció me quedé solo. Pero al día siguiente de su funeral encontré una carta suya en su habitación. En ella me decía que no podía dejarme hundir por su falta. Que cientos de empleados dependían de mis decisiones y debía estar lúcido para no fallarles como había hecho él con los suyos al dejarles en la calle. Que le hiciera la promesa de que seguiría adelante. Y pienso hacerlo. —La miró fijamente mientras Abrielle ni se daba cuenta de que las lágrimas caían por sus mejillas por lo que debía haber sufrido. Por lo que aún sufría. —Pienso cumplir mi promesa porque para mí es como si la hubiera hecho en vida y es lo único que me ha pedido desde que nací. Pienso seguir trabajando lo que sea necesario y pienso seguir subiendo.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta el final. —Ella agachó la mirada y una lágrima cayó sobre sus manos unidas. —Me exigirás, querrás cosas que no

puedo darte y es momento de elegir, nena. Como te dije el amor no es eterno y no pienso hacerle a un hijo mío lo que yo sufrí. No quiero hijos, no quiero una familia. En estos meses juntos me he dado cuenta de que disfruto de mi tiempo libre contigo, nena. Muchísimo. Pero me conozco muy bien y sé que no podré darte lo que tanto deseas.

—¿Pero me quieres? Me lo dijiste.

Él apretó las mandíbulas. —Jamás he querido a ninguna mujer como a ti.

Sollozó y le miró a los ojos. —Pues sigo sin entenderlo. ¿Puedes empezar desde el principio otra vez?

—Nena... Que tengo neumonía.

—Cuando quieres a alguien, quieres que sea feliz.

—¡Pues si quieres que sea feliz no sé por qué vas a salir con ese!

—¡Porque me has dejado!

—¡Me has dejado tú!

—Dijiste que solo estabas conmigo porque soy la hostia en la cama y nos llevamos bien. Me mentiste.

—¡Qué querías que te dijera! ¡Quería escapar de esa situación! ¡Estabas exigiendo! —Se puso a toser de nuevo y ella a toda prisa

le acercó el vaso de agua. Cuando se calmó se quitó la mascarilla y bebió otro poco. Suspiró apoyando la cabeza sobre las almohadas y cerró los ojos.

Ella pensó en ello y se pasó las manos por debajo de los ojos. — Pues yo voy a casarme. — Jack abrió los ojos para mirarla fijamente. — Y voy a tener hijos. Un equipo de fútbol. Un montón de niños chillones que me vuelvan loca. Quiero llenar mi vida de amor, de dolor y de todo lo que pueda proporcionarme. Quiero sentir. Quiero amar y dar todo por mi pareja. Y que mi pareja lo dé por mí. Que sea lo primero para él. Entiendo tu promesa. Entiendo que tienes que cuidar de tus empleados y que estés resentido por lo ocurrido con tu madre, pero estoy totalmente segura de que tu padre no querría que tuvieras esa vida estéril que me estás pintando. Querría nietos y que tuvieras una vida fuera del trabajo. Querría que fueras feliz. — Apretó los labios levantándose. — Dices que no crees en el amor para siempre y lo has tenido ante tus narices toda la vida. Tu padre amaba a tu madre más que a sí mismo y si has dicho que ella era como yo, si era dulce, inteligente y todas esas cosas, me cuesta creer que os dejara porque sí. ¿Has pensado en ello alguna vez, Jack? ¿En lo que ella tenía que sentir para dar ese paso? ¿Para dejaros atrás? ¿Realmente lo has pensado alguna vez?

Jack se tensó. —No sabes de lo que hablas.

—No, claro que no. Yo no viví en esa casa. Pero si se parecía tanto a mí y tú me amaras como tu padre la amaba a ella según tú, nadie me separaría de su lado a no ser por una razón muy poderosa. ¿Acaso él no tuvo también la culpa de lo que ocurrió? ¿Qué ocurrió, Jack? ¡Tú estabas allí! ¿La ignoró como has hecho tú conmigo?

—¡Cállate!

Supo que había dado en el clavo. —¡Así que es eso! Por eso exigía, ¿no es cierto? ¡Quería más tiempo con su marido y él estaba obsesionado con el trabajo! ¡Como tú! ¡Por eso sabes que lo nuestro no funcionará! ¡Porque lo viviste en primera persona! Eres un obseso del trabajo y sabes que lo nuestro terminaría igual.

—¡Sí, al fin lo has comprendido!

Levantó la barbilla. —No temas defraudarme a mí. Temes defraudarte a ti mismo por si te ocurre lo mismo que a tu padre. No quieres sufrir lo que él sufrió y por eso no quieres ni intentarlo. — Jack perdió el poco color que tenía. —Pero de lo que no te has dado cuenta todavía es que soy tan importante para ti como tú para mí. — Cogió su bolso del respaldo de la silla.

—¿A dónde vas?

—Tengo una cita.

—¿Qué coño estás diciendo? ¡Me quieres a mí!

—Ya, pero no deseas lo mismo que yo y como te dije antes, hay que seguir adelante. —Fue hasta la puerta y la abrió antes de mirarle. —Quiero todo lo que te he dicho y como tú con tu promesa, no voy a detenerme hasta el final. Contigo o sin ti —dijo antes de salir de la habitación.

Ahora ya no iba a sentir ningún remordimiento.

Puso la toalla sobre la camilla y a toda prisa fue hasta la agenda porque no recordaba quien era el primero. Gimió porque era Lewis y le olían los pies muchísimo. No era falta de higiene, estaba segura porque tenía los pies despellejados de tanto lavárselos. Hasta él estaba acomplejado y Abrielle disimulaba diciendo que no olía a nada porque él estuviera a gusto. Pero a ella se le revolvía el estómago y precisamente ese día no estaba en uno de sus mejores momentos. Qué pesado y que sobón era Harrison, leche. Se había pasado la noche intentando quitarse sus manos de encima. Pero es que al parecer en la tercera cita ya había perdido la paciencia y quería sexo a toda costa.

Un portazo la sobresaltó y se dio la vuelta con la agenda en la mano para ver a Jack allí con cara de querer quemar la empresa. —

¿Qué haces aquí?

—Ya me han soltado si me tomo la medicación.

Sonrió radiante. —¿De veras? Qué buena noticia. ¿Pero seguro que te han dicho que puedes trabajar?

—¿Me ves trabajar? —preguntó amenazante dando un paso hacia ella.

—Pues no, pero...

—¡Pues eso! —Dio otro paso hacia ella. —Has salido con el doctor, ¿verdad?

—Pues sí. —Como si nada volvió a mirar la agenda. —Ya te lo dije.

—¡Tres veces!

Le miró asombrada. —¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque el muy capullo se lo ha pasado genial restregándomelo.

—¿Y a ti qué te importa?

Eso sí que le dejó de piedra. —¿Perdón?

—No quieres nada conmigo. Nada serio. ¿Qué te importa si lo tengo con otro?

Nervioso se pasó la mano por su cabello antes de poner los brazos en jarras. —Vamos a ver nena, que creo que no lo has

entendido todavía.

Ella tiró la agenda sobre la mesa y le miró fijamente. —¿Ah, no?

—¡No! ¡Me quieres a mí!

—Sí. —Esa respuesta pareció aliviarle. —¿Y?

—¿Cómo que y?

—Eso no descarta que me enamore de otro y para eso tengo que conocerles.

Jack entrecerró los ojos. —¿Cómo que conocerles? ¿Acaso son más de uno? —gritó furioso.

—Pues de momento son tres. —Él dejó caer la mandíbula del asombro y Abrielle cogió la agenda. —Esta noche es Justin, mañana Charlie... —Soltó una risita. —Este es muy gracioso. —Pasó la hoja. —Uy, pasado me toca el doctor de nuevo. Uff, seguro que va a querer sexo, es la cuarta cita. Tengo que depilarme.

—¡Abrielle! —Le miró distraída y en ese momento se abrió la puerta donde Lewis que trabajaba en administración se puso como un tomate al ver al todopoderoso Gillingham allí mismo. —¡Fuera!

Cerró a toda prisa y ella chasqueó la lengua. —Cariño, no le hables así que tiene un carácter algo débil.

—¡Me importa una mierda! —Se acercó a él y le miró fijamente. Jack entrecerró los ojos. —¿Qué?

—Tienes ojeras. Vete a casa y descansa. Ya hablaremos. Ahora tengo un paciente y...

—Vale, nos casamos.

Su corazón dio un vuelco mientras le miraba asombrada. —
¿Qué has dicho?

—¡Allá tú! —le gritó a la cara antes de salir de la consulta dando un portazo—. ¿Qué es esa peste?

Abrielle hizo una mueca. No era la pedida de mano más romántica del mundo, la verdad... Entrecerró los ojos. Ah, no. Eso no iba a quitárselo. Quería una pedida con violines y esas cosas como había soñado toda su vida. Bufó porque al parecer iba a tener que continuar teniendo citas. A ver cuando terminaba esa tortura de una vez. La verdad es que lo que tenía que hacer por amor... Fue hasta la puerta y la abrió sonriendo a Lewis que allí de pie se apretaba las manos como si no supiera qué hacer. —¿Lewis? — Amplió su sonrisa. —Puedes pasar. Hoy estás muy guapo vestido de azul.

El chico se sonrojó de gusto. —Gracias.

—Vamos a ver cómo va esa espalda. Has adelgazado algo, ¿verdad?

—Dos kilos —respondió tímidamente.

—Muy bien. Tienes que seguir así.

Capítulo 10

Deslizó la verja del ascensor y cogió las bolsas de la compra, la camilla y su bolsa yendo a toda prisa hacia su puerta porque se moría por llegar al baño. Entró en casa tirando todo en el suelo y corrió hacia el baño quitándose el abrigo, la bufanda y el gorro. Se bajó a toda prisa los pantalones y suspiró del alivio antes de coger el papel higiénico cuando frunció el ceño al ver algo negro al lado de la cama. Incluyó la cabeza a un lado. —¿Black? ¿Qué has comido ahora?

Su perrito apareció en la puerta y ella frunció el ceño. —¿Dónde estabas? Te lo advierto, como hayas hecho alguna trastada me voy a enfadar y esta vez voy a ser muy dura. Nada de jamón cocido para la cena.

Se levantó tirando de la cadena y se subió el pantalón antes de cogerle en brazos para salir del baño. Parpadeó al ver un calcetín negro al lado de la cama y al levantar la vista se encontró a Jack en

ropa interior tumbado sobre ella con el brazo tras la cabeza. —¿Qué haces aquí? —preguntó pasmada.

—Tengo que descansar. Órdenes del médico. —Atónita vio que había unos botes sobre la mesilla y había una maleta al lado de su pequeño armario. —Me he traído algunas cosas. Para no agotarme yendo y viniendo. —Dio una palmadita sobre el colchón. —No sé para qué me compré el colchón porque duermo aquí más que en mi casa. ¿No vienes a saludarme como Dios manda?

Se sonrojó porque se moría por besarle, pero mejor dejar las cosas claras. Carraspeó dejando a Black en el suelo. —Pues verás... Es que tengo una cita, así que tendrás que descansar en tu casa.

Se sentó de golpe. —¿Qué has dicho? ¿Estás comprometida conmigo!

—No. —Negó con la cabeza dando énfasis a sus palabras. —No.

—¿Cómo que no?

—¿De verdad eso ha sido una propuesta de matrimonio? Creí que era broma. Nadie se compromete diciendo vale nos casamos.

—Se echó a reír. —Es que es de risa.

Él gruñó. —¿Estás insinuando que lo he hecho mal?

—Pues si ibas en serio...

—¡Iba muy en serio!

—Pues entonces sí.

—¿Eso es que te casas conmigo?

—No, es que sí lo has hecho mal.

—¡Nena, no tiene gracia!

—¡Claro que no la tiene! ¡Qué clase de pedida es esa! —
Chasqueó los dedos. —Ya puedes espabilarte, chaval... —Fue
hasta el armario y sacó su vestido de guerra negro. Él lo recordaría
muy bien y sintió una satisfacción enorme cuando se tensó al dejarlo
sobre la cama.

—Hay que sacar a Black —dijo él como si estuviera encantado
de la vida.

Miró a Black y chilló corriendo hacia la compra. Mierda, se había
olvidado. Al ver como arrastraba un plátano con la boca se lo cogió
exasperada. —¡No! —El perrito se la quedó mirando y gimió. Dudó
durante un segundo.

—Nena, sé firme.

—Eso intento, pero me mira fijamente.

—No cedas.

Se levantó agarrando la compra entre sus brazos y corrió hasta la cocina. Black la siguió gimoteando.

—¡Black ven aquí!

Fue un alivio cuando su perrito corrió hacia él y mientras guardaba la compra le miró de reojo para ver como lo cogía subiéndolo a la cama. —Buen chico. —Le acarició y ella reprimió una sonrisa abriendo la nevera para meter la fruta y la verdura.

Se volvió y le dijo a Black —Cielo, nos vamos. —A través de la puerta doble que daba a su habitación le vio tumbado en la cama tan a gusto al lado de Jack que le estaba acariciando el lomo y se acercó chillando al ver una caca enorme sobre su vestido negro. — ¡Te mato!

Black se arrastró hacia atrás buscando la protección de Jack que se echó a reír a carcajadas.

—¡No tiene gracia!

—Nena, todavía está en periodo de aprendizaje.

—Qué asco. —Levantó el vestido yendo hasta la basura y la tiró antes de meter el vestido en la bolsa de la lavandería. —¡Serás cabrito, tuviste que verlo y no le has corregido!

—¿No has oído eso de que en el amor y en los negocios todo vale?

Se volvió y sonrió irónica. —Es en el amor y la guerra, cielo.... — Fue hasta el armario y sacó un vestido rosa chicle que no dejaba nada a la imaginación. Se lo mostró y dijo —Me lo pienso poner sin bragas.

—Abrielle... —Entró en el baño con él y cerró de un portazo. — ¡No tiene gracia!

Se duchó a toda prisa porque aún tenía que sacar a Black. Menos mal que era invierno y podía ponerse el abrigo encima porque sino en el parque iba a dar el espectáculo sacando al perro.

—Nena, ¿quieres japonés?

Ella secándose el pelo entrecerró los ojos. —Tengo una cita, ¿estás sordo?

—¿Chino? Sí, creo que voy a pedir chino. Me apetece una sopa.

Puso los ojos en blanco y se cepilló el cabello. Odiaba ponerse el secador, pero a tres grados no era como para salir con el cabello mojado. Cuando al fin terminó supo que iba tardísimo. Salió del baño con el vestido puesto y vio que Jack estaba sentado en el sofá vestido con un pantalón de chándal escuchando las noticias mientras leía unos papeles. —Se supone que tienes que descansar.

—Sí, nena —dijo como si nada pasando la hoja.

Exasperada se puso el abrigo y la bufanda. Estaba ridícula con aquel vestido rosa. Mientras se subía la cremallera se puso sus zapatillas de deporte y vio como él reprimía la risa. —¡No tiene gracia!

—Eres muy cabezota. —Pasó la hoja levantando la vista. —Pero una cabezota preciosa.

Se sonrojó de gusto y cogió la correa con el abrigo que le ponía en invierno. —¿Black? —Levantó la cabeza al lado de Jack y pasó de ella olímpicamente. —Cariño hay que salir.

—No le gusta el frío —dijo su supuesto prometido concentrado.

—Ya, pero si no quiero que me mee toda la casa tiene que salir. —Se acercó y le cogió en brazos. —¡Y tu ponte una camiseta o algo! ¡Vas a ponerte malo de nuevo! —Al ver sus pies desnudos jadeó. —¿Estás loco? ¡Ponte unos calcetines!

—Nena, que aquí hace un calor horrible. El dueño del edificio tiene que arruinarse a calefacción.

—Cuida de sus inquilinos. No todo en esta vida es ganar dinero —dijo con segundas.

—Que lengua más afilada tienes, preciosa.

Gruñó yendo hacia la puerta. Con las ganas que tenía de quedarse en casa y más estando él allí. Pero tenía que salir para

que entrara en razón. Y la verdad es que estaba funcionando porque allí le tenía y estaba medio comprometida. El que la seguía la conseguía y así iba a seguir hasta que se convirtiera en el marido perfecto. Se iba a dejar la piel, vaya que sí, pero este cambiaba como se llamaba Abrielle.

Muerta de frío porque iba sin medias esperó impaciente a que Black se decidiera a hacer algo. —Cuanto antes empieces antes nos vamos.

Debió entender porque hizo lo suyo como si tuviera mucha prisa, así que contentos regresaron a casa. Helada entró en su apartamento y Black corrió hasta Jack levantando sus patitas hacia él. Vio como le cogía con cuidado y le quitaba el abrigo sin dejar de mirar los papeles. Iba a ser un padre estupendo. Y luego decía que ella era cabezota. Se puso unas medias de color carne y unos zapatos de tacón. Se maquilló ligeramente y cuando terminó miró la hora. Frunció el ceño porque pasaban veinte minutos de las siete que es cuando habían quedado. Qué raro. Fue hasta la bolsa del trabajo y sacó el móvil. No tenía llamadas perdidas. Bueno, ya llegaría.

Sonó el timbre de la puerta y sonrió. —Ya está aquí.

—Ajá —dijo como si nada.

—Escóndete. Como vea al jefe sentado en el sofá le va a dar algo.

Exasperado la miró. —Nena, abre.

—Eras tú el que quería privacidad —dijo con sorna.

—Eso era antes de que nos comprometiéramos.

—No estamos comprometidos. Yo quiero una pedida como Dios manda —dijo entre dientes abriendo la puerta y viendo a un chino sonriendo de oreja a oreja con una bolsa en la mano. —Ah... —Forzó una sonrisa. —Gracias.

Él no debía hablar inglés porque asintió varias veces antes de alejarse. —Espera, la propina.

—Nena ya la he cargado a la cuenta.

Cerró la puerta. —Como sabes si el jefe se la da, ¿eh? Hay mucho cara por ahí.

—Porque el chico no es tonto y viene en el ticket.

Ella miró el ticket pegado a la bolsa y vio que sí salían reflejados los siete pavos de propina. —Espero que lo apunte.

—Estoy seguro de que sí —dijo divertido.

Levantó la bolsa. —¿No has pedido mucha cena?

—¿No tienes hambre?

—Te he dicho que tengo una cita. —Exasperada dejó la bolsa sobre la encimera de la cocina y entonces frunció el ceño. —Porque no me dejará plantada, ¿no? ¡Ya llega tarde!

—Es que hay que ver... Hay un montón de gente por ahí que no es de fiar. ¿Quieres que le despida, nena?

—Muy gracioso. —Gimió porque aquello olía super bien y ella llevaba con un sándwich todo el día. Se moría de hambre. Al ver los pequeños rollitos de primavera gruñó porque los había pedido para ella. Él nunca comía. Es que era listo... Cogió los envases y se los llevó a la mesa. Él dejó los papeles a un lado y se levantó yendo hasta la nevera y cogiendo una cerveza. —Ni hablar. —Se acercó a él y cogió la botella dejándola en la nevera para sacar una botella de agua. —Estás tomando medicamentos. ¡Y ponte unos calcetines!

Él reprimió la risa y se sentó de nuevo en el sofá. Abrielle se le quedó mirando sin saber qué hacer. Ese capullo la había dejado tirada. ¡Y en el peor momento! Cuando le pillara le iba a crujir. Iba a salir de la consulta a rastras.

—Nena, ¿no comes?

Exasperada fue hasta el móvil y lo miró de nuevo. —Estará al llegar.

Él asintió metiéndose unos tallarines en la boca. Le encantaban esos tallarines. Y él lo sabía. En realidad todo lo que había pedido le encantaba. —¿Y la sopa?

—Cambié de opinión. Están buenísimos —dijo con la boca llena.

Estiró el cuello para ver los envases y le gruñeron las tripas. Él levantó una ceja. —¿Por qué no comes un rollito? Eso entretendrá el hambre.

—Eso... —Se sentó a su lado y cogió uno del envase mojándolo en salsa agridulce. Casi se muere de placer cuando se lo metió en la boca.

—Joder, nena. Ni cuando te acuestas conmigo pones esa cara —dijo divertido.

—Pues a ver si te pones las pilas.

—Creo que ese nunca fue nuestro problema.

—No. Nuestros problemas son otros. —Cogió otro rollito sin poder contenerse y le dio un buen mordisco escuchando un crack en la boca. Con medio anillo saliendo de su boca le miró con los ojos como platos y Jack hizo una mueca. —Te mato —dijo sin casi mover los labios.

—Joder nena, no pensaba que...

Abrió la boca a toda prisa y mostró un pedrusco enorme al lado de un trozo de diente. —Chilló del susto levantándose y corriendo hacia el baño.

—Seguro que no es nada —dijo él tras ella.

Al levantar el labio y ver que le faltaba un trocito del colmillo chilló del horror antes de mirarle a él y señalarse la boca con la otra mano. Jack la miró arrepentido. —Creía que te darías cuenta.

—¿Cómo? —gritó histérica—. ¿Cómo voy a darme cuenta? ¡Me has mellado!

Levantó las manos intentando calmarla. —Tranquila, que esto te lo arregla mi dentista.

Le señaló con el dedo y siseó —¡Cómo tenga que ir así a trabajar mañana te mato!

Él salió a toda prisa y se miró de nuevo al espejo estirando el labio superior hacia arriba sintiendo unas ganas enormes de llorar. Jack regresó ya vestido y con el móvil en la mano. —Vamos, nena. Mi dentista te atenderá ahora mismo. Quiere que nos llevemos el trocito a ver si te lo puede pegar.

—¿Pegar? —Una lágrima rodó por su mejilla.

—Joder nena, no llores —dijo arrepentido—. Ha sido sin querer y quedarás muy bien, ya verás.

—No podías pedirme matrimonio como todo el mundo, ¿no? —le gritó furiosa— ¡No, tú no puedes hacer las cosas como todos! ¡Tienes que dar la nota! —Gimoteó saliendo del baño. — ¡No podía haber rosas ni podías arrodillarte como todos los hombres del universo! ¡No, tú tienes que meter el anillo en un rollito de primavera! —Jack impotente hizo una mueca. — ¡De primavera! — chilló histérica cogiendo el abrigo antes de sollozar—. Yo solo quiero lo que tienen todas —dijo como si fuera una niña—. ¡Es tan difícil de entender! —gritó al borde de un ataque de nervios.

—No, nena —dijo preocupado—. Culpa mía. Soy un gilipollas de primera.

Le miró con rabia. —Coge el diente... ¡Y el anillo! ¡Qué me lo he ganado!

Cuando se puso la bufanda aún sollozando él se acercó y la abrazó por detrás. La besó en la mejilla. —Lo siento...—le susurró al oído.

—¿Por qué lo haces todo tan difícil cuando es mucho más sencillo?

Él apretó los labios y la besó en la sien. —Vamos, ya he llamado a un taxi.

Se dejó llevar sin poder disimular su disgusto y Black gimió desde el sofá. —Volvemos enseguida, cielo.

Bajaron en silencio mientras ella intentaba no llorar y cuando se subieron al taxi estuvieron así un rato. Le miró de reojo. Vio que tenía los labios apretados y susurró —Sé que no lo has hecho a propósito. —Alargó la mano. —¿Mi anillo?

Pareció sorprendido. —¿Lo quieres?

—Claro que lo quiero. Y si no me hubiera roto el diente me hubiera sorprendido.

Se tensó por su mentira. —No hace falta que digas eso para que me sienta mejor.

—Dame el anillo —dijo mosqueándose otra vez. ¡Se estaba echando atrás! Se daría cuenta hasta un ciego por la cara que tenía.

—Mejor me lo quedo.

Jadeó indignada. —¡Es mío! ¡Dámelo!

—Nena, ¿vas a perder los nervios otra vez?

Le señaló con el dedo. —Te lo advierto...

El taxista se detuvo y él le entregó cincuenta pavos antes de salir. —Vamos, preciosa.

Gruñó arrastrando el trasero y salió del coche mirando la fachada en West Manhattan. Era una de esas casas de tres pisos

que le encantaban. —¿Es aquí?

La cogió de la mano. —Vive aquí. Tiene la consulta en la planta baja.

Acababan de subir los escalones cuando se abrió la puerta y mostró a una mujer preciosa embarazadísima que llevándose una mano a los riñones sonrió. —Jack, qué sorpresa.

—Sorpresa la que se ha llevado mi novia, Louise. ¿Está aquí?

—Está preparando el instrumental. Venid conmigo —dijo haciéndoles un gesto con la mano.

—Gracias por atenderme. —Sonrió y la mujer al ver su colmillo hizo un gesto de dolor. —Sí, tiene una pinta horrible.

—¿Cómo te ha ocurrido? —preguntó cogiéndola por el cuello para que elevara la cara.

—Una pedida de mano no muy bien pensada.

—¿En un pedazo de tarta?

—En un rollito de primavera.

La mujer reprimió la risa. —Es que de verdad...Hace cuatro días atendimos a una chica que perdió un incisivo a causa de un coulant de chocolate.

—No fastidies.

—Es más común de lo que piensas.

—¿Ves, nena? No me he desviado tanto.

Le miró como si quisiera matarlo. —A partir de ahora a ver si eres más tradicional.

—Ella estaba tan contenta que no dejaba de enseñarnos el anillo.

—Pues a mí no me ha hecho gracia. Y os enseñaría el anillo, pero es que no lo he visto. Salí corriendo hacia el baño. —Alargó la mano. —¿Me lo das?

—Ya veremos. —Ambas jadearon asombradas y él levantó una ceja cogiéndola de la mano. —Venga, nena... A ver si puede pegártelo, no hay que perder el tiempo.

Se dejó llevar hasta unas escaleras que descendían y Louise dijo —¡Bajo ahora! ¡Voy a acostar a los niños!

Jack abrió la puerta y ella le susurró —Te lo estás pensando, ¿no? Por eso no me lo das.

—Barry gracias por atender a mi novia.

—No es nada. —Cuando Jack se apartó vio a un hombre rubio que forzó una sonrisa. Él no se alegraba nada de su visita, pero aun así alargó la mano educado. —Barry Whitehouse.

—Mucho gusto. Soy Abrielle Lavery. Gracias por atenderme — dijo estrechándosela.

Él asintió. —Siéntate, por favor.

Se sentó a toda prisa y abrió la boca. El doctor chasqueó la lengua. —Vaya.

—Eso es decir poco —dijo ella con la boca abierta.

—Una pena, porque tienes una dentadura perfecta. O la tenías. ¿El diente? —Ella miró de reojo a Jack que abrió una servilleta. Bufó antes de mirarla de nuevo metiendo las manos en su boca. —Voy a tener que reconstruirtelo. Dentro de lo que cabe has tenido mucha suerte. La rotura no llega al nervio.

—¿Se notará? —preguntó Jack muy serio.

—Ahora hay materiales que prácticamente hacen que parezca el diente. Incluso podemos imitar el color. —Suspiró levantándose de su sitio. —Voy a preparar el composite.

—¿Le duele la cabeza? —preguntó ella sorprendiéndole.

—Sí, bastante.

Se levantó en el acto. —Túmbese en el suelo boca abajo.

—Nena...

—Él sufre más.

Barry miró a Jack sin comprender. —Mi novia es fisio. Y muy buena, así que si te duele tírate al suelo.

El grito del dentista hizo que su mujer bajara las escaleras a toda prisa y cuando abrió la puerta vio a su marido levantándose con una cara de sorpresa que no podía con ella. —Eres buena... —Movi6 el cuello de un lado a otro y sonri6 sinceramente. —La leche...

—Eso te ocurre porque pasas mucho tiempo de pie inclinado hacia adelante —dijo antes de acercarse a su mujer y cogerla de la muñeca—. Apoya las manos sobre la camilla.

Mir6 asombrada a su marido que asinti6 y lo hizo algo temerosa. —Tranquila a ti no te va a doler. —Empez6 a masajear sus ri6ones y sonri6 cuando gimi6 de gusto. Mir6 al doctor. —¿Ves lo que hago? —Él asinti6 sin perder detalle. —Es mucho peso para ella y por supuesto su espalda se resiente en este punto. Estarí bien que se lo hicieras cada día para aliviar la tensi6n.

—Entendido.

Lo hizo un rato más y Jack se cruz6 de brazos sonriendo. Abrielle le gui6n6 un ojo sintiéndose genial porque parecía orgulloso de ella. —¿Mi anillo?

—De momento me lo quedo.

—¿De momento ser6 mucho tiempo?

—D6selo Jack, ser6s feliz el resto de tus días —dijo Louise gimiendo—. Es maravillosa.

—¿Ves? Soy maravillosa.

Jack sonrió más aún. —Lo sé, nena. El que meto la pata soy yo.

—Bah, te perdono.

—Quiero hacerlo bien.

—¿Vas a sorprenderme otra vez?

—No pienso decir nada.

Apartó las manos de Louise y esta se enderezó sonriendo. —
Gracias.

—Bah, no es nada. —Se tumbó en la camilla. —Mi turno.

Los tres rieron por lo bajo y Barry le dijo a su mujer —Hay que preparar el composite.

—Entendido.

Barry miró a Jack. —Ahora entiendo por qué no te hemos visto el pelo este último año.

Ella hizo una mueca y Jack carraspeó. —Solo llevamos siete meses.

—¿A ti también te planta en sus citas?

Barry se echó a reír. —Si quedábamos para ver un partido puede, si había suerte, que llegara al final para enterarse del resultado. Pero es así desde la universidad. ¿Cómo le has soportado?

Le sonrió. —Porque le quiero. ¿Sus novias anteriores no le soportaban?

—Amigo... hay cosas que no se cuentan —dijo Jack sin molestarse.

—Nunca ha tenido novia, novia —susurró Barry divertido.

Louise se acercó. —Y eso que he intentado encasquetárselo a muchas de mis amigas.

Barry cogió el bol que le tendía. —Gracias, preciosa.

Le besó y fue hasta la puerta. —Voy a ver si los niños se han dormido.

—Vamos a dejarte que ni vas a recordar este día.

—Va a ser difícil —dijo divertida—. ¿Cuántos niños tenéis?

—Dos, gemelos —dijo poniéndole el separador—. Y viene la niña.

—Que bien —dijo con la boca abierta.

Jack sonrió divertido. —Nena, es mejor que no hables.

—Lo intentaré.

—Es que es muy sociable —explicó a su amigo.

—Eso es estupendo —dijo empezando a trabajar—. Cómo me alegro de que vayas a casarte. ¿Para cuándo será la boda?

—No lo hemos hablado todavía, como comprenderás —dijo Jack divertido—. Además no me ha respondido. Solo me exige el anillo.

—¡Sí! —dijo ella con la boca bien abierta.

—Nena, voy a repetirlo.

Sus preciosos ojos verdes brillaron de la ilusión y Barry rio por lo bajo. —No arriesga mucho cuando ya sabe la respuesta, ¿no?

—Le gusztan las invercciones segurazz.

Jack sonrió. —Eso es cierto.

—Aunzque no crea que sea una inverzsion a larzgo plazo.

—Veo que os conocéis muy bien —dijo Barry satisfecho—. Y me parece muy valiente por tu parte que te adentres en esto sabiendo lo que piensa.

—Es para que se dé cuenzta de quez está equivozcado. ¿Cuanzto llevaisz vosoztroz cazados?

Barry se echó a reír. —Sí que eres habladora. Otro estaría temblando.

—Soiz muy dura.

—Vamos a hacer seis años. Y dos de auxiliar antes de casarnos. Los mejores de mi vida.

—¿Jack te advirtió?

—Oh, sí. Cuando le dije que me casaba me soltó un discurso larguísimo sobre las relaciones amorosas. —Rio por lo bajo. —Menos mal que no le hice caso. —Cogió una lamparita. —Ahora no hables. Cierra los ojos.

Ella lo hizo y sintió la luz. —Fue mi padrino, ¿sabes? No dejó de gruñir en toda la boda. A Louise le caía fatal.

—Venga, no era para tanto.

—Si me llevaste de despedida a las Vegas para ver si así cambiaba de opinión.

—Sí, era un pesado —dijo Louise que ya había vuelto—. Pero ha demostrado que es un amigo.

—Nena, están intentando convencerte cuando ya estás más que convencida.

—Aja... ez que no eztá convezido ess él. Pero eztá celozo.

—Abrielle, sabes que no tienes por qué contarle nuestra vida a todo el mundo, ¿no? —preguntó molesto.

Sus amigos se echaron a reír. —La verdad es que cuando dijo por teléfono que su novia se había roto un diente creímos que era un ligue —dijo Louise—. Así que estás celoso. No me extraña porque es preciosa.

Le escuchó gruñir y Barry dijo —Ya puedes abrirlos.

Abrió los ojos y miró hacia él. —¿Estaz enfadado?

—No, nena. —Miró su diente y se tensó. —¿Barry?

—Queda poco. —Levantó un torno y ella palideció. —Tranquila, no te va a doler.

—¿Qué es ezo?

—Un torno. Tengo que hacerte la forma y alisar la masa. —
Cuando lo encendió perdió todo el color de la cara.

—¿Nena? —Jack se acercó por el otro lado. —No es nada.

—¿Has ido alguna vez al dentista?

—Clazro. Pero nunca me haz hecho nada.

—¿De veras? —preguntaron los tres.

Barry miró dentro de su boca con su mujer detrás. —Increíble.
Estaba virgen.

Jack se puso sobre ella. —No pasa nada, ¿vale? —Cogió su
mano. —Notarás una pequeña presión, pero no te dolerá.

Asintió con los ojos mientras Louise metía un tubito en su boca
que empezó a succionar y Barry encendió el torno. Era realmente
incómodo y apretó la mano de Jack muy tensa. Le pareció una
eternidad y empezó a dolerle el cuello de estar tan quieta. Miró los
ojos de Barry que dijo —Ya casi está. —Apenas unos segundos

después apagó el torno y pasó el dedo enguantado por la zona antes de quitarle el tubo y el separador. —Escupe.

Ella se levantó para escupir en donde le indicó y sonrió. —
¿Cómo estoy?

Barry le mostró su imagen y sorprendida cogió el espejo. —
Vaya... Parece el mío.

—Cariño, eres un artista.

Jack suspiró del alivio. —Amigo te debo una muy gorda.

—Esto tenemos que celebrarlo. ¿Qué os parece el viernes? —
preguntó Louise ilusionada—. Le encasquetaré los niños a mi
suegra.

—Sí —dijo ella encantada antes de que Jack pudiera abrir la
boca—. De todas maneras Jack no va a trabajar esta semana. —Se
levantó y siguió a Louise escaleras arriba. —Ha tenido neumonía,
¿sabes? Ha salido esta mañana del hospital.

—¿De veras?

Jack le dio una palmada a Barry en el hombro y este sonrió. —
¿Estás seguro de esto?

—No. Pero ella está segura, así que...

—Joder tío. ¿Pero la quieres?

—Sabes que no creo en eso. Creo en ella. ¿No es bastante?

Capítulo 11

Tumbada en la cama a su lado recordó esas últimas palabras que había oído desde lo alto de la escalera. Louise le había dicho en voz baja que no le diera importancia, pero no podía dejar de pensar en ello. Primero le decía que la quería y ahora decía que no él no creía en eso. No entendía nada. Estaba convencida de que la quería hasta ese momento y se había quedado en shock. De hecho, casi no dijo palabra en el trayecto de vuelta y cuando él preguntó si estaba bien, solo le contestó que estaba cansada. Cuando se acostaron él la abrazó y aún confundida no pudo rechazarle. Jamás he querido a una mujer como a ti. Te quiero, pero no como tu deseas. Esas frases no dejaban de rondarle y se dio cuenta de que puede que fuera cierto. Que no estaba enamorado de ella. Que le tuviera cariño, pero realmente no la amara en toda la extensión de la palabra. Se llevaban bien en todos los aspectos y puede que por no perderla, por no perder lo poco que había conseguido con ella y que

no había conseguido con ninguna otra mujer, aceptara un matrimonio porque ella le había presionado. Las dudas la agobiaron. ¿Y si nunca conseguía su amor? ¿Y si nunca llegaba a amarla como ella deseaba? Lo había dicho. Había sido muy claro con ella cuando habían roto la última vez. Se llevaban bien y sus relaciones sexuales eran satisfactorias. Por eso había insistido en continuar su relación. Para alguien que no había tenido nunca eso, para alguien que huía de las relaciones personales, ya era muchísimo. ¿Pero ella se podría conformar? Le miró de reojo mientras dormía plácidamente a su lado sin dejar de abrazarla. Le amaba tanto... Cuando le había dicho que no se conformaba con lo que tenían, él había reaccionado y para no perderla le había pedido matrimonio. ¿Pero hasta dónde podría presionarle si realmente no le amaba? ¿No estaba siendo como su madre, exigiendo y exigiendo una y otra vez? Ella tampoco quería eso y estaba claro que si continuaba por esa vía terminaría perdiéndole porque la compararía con ella continuamente. Le daba la sensación de que estaba en un callejón sin salida y puede que todo terminara como él decía, si no conseguía que la amara como debía.

—¿Estás bien? —preguntó su hermana mirándola fijamente colocando cosas en el armario mientras ella agotada se sentaba en

la cama—. ¿Qué te ha pasado en el diente?

Se llevó la mano a la boca. —¿Se nota?

—No mucho. Pero tenías una curvatura al final que ahora ya no tienes. ¿Te lo has roto?

Ella suspiró antes de relatarle lo que había ocurrido. Kaylin dejó caer la mandíbula acercándose a medida que iba relatando y cuando terminó se sentó a su lado. Ambas se quedaron en silencio mirando la alfombra de pelo rosa donde Muffin jugaba con una de sus pelotas mientras Black intentaba quitársela.

—Tienes que casarte con él —dijo su hermana con determinación.

—¿Eso crees? —preguntó dudosa.

—Le amas y él te quiere más de lo que ha querido a nadie aparte de su padre. Puede que algún día te ame como tú a él. Quien no arriesga no gana. Además la mitad de los matrimonios acaban en divorcio y no se lo piensan tanto. No le des más vueltas y disfruta de estar a su lado el tiempo que dure. Y puede, porque eso no lo sabe nadie, que dure para siempre.

—David dice que no me case. Que si ya hay dudas por ambas partes eso no va a acabar bien.

—¿Lo has consultado antes con el hippy que conmigo? — preguntó ofendida.

—He necesitado un masaje y una cosa llevó a la otra. Estaba tensa.

—Pues vete a casa y dile a tu hombre que necesitas un repaso. Y de los gordos —dijo haciéndola sonreír—. Así me gusta. —Cogió su mano. —No pierdas la ilusión por una frase. Lo importante son los actos no las palabras. A lo mejor le daba reparo reconocer ante su amigo que te quiere después de soltar pestes durante toda su vida del matrimonio. ¿Que lo del rollito no acabó bien? ¿No vino a la fiesta? Es una fiesta y el diente tiene arreglo. Lo importante son los momentos compartidos, no en los que está ausente. Cuando te acaricia, cuando te besa. —Los ojos de Abrielle se llenaron de lágrimas. —Cuando te hace el amor o pide rollitos porque sabe que te gustan. Cuando se ríe de tus chistes malos. —Rio sin poder evitarlo y su hermana la abrazó por los hombros. —Es ahí cuando demuestra que te quiere. Debes respetar su espacio, cómo es... No intentes cambiarlo.

—Si no intentara cambiarlo no me casaba.

—Bueno, pues no fuerces mucho la cosa que te conozco. Ahora disfrutar de vuestro noviazgo hasta la boda y después espera un par

de añitos para lo del embarazo, ¿vale?

Ella se mordió el labio inferior y su hermana dejó caer la mandíbula del asombro. —¡No fastidies! ¡Papá te mata!

—Estoy comprometida.

—¡Casi estás comprometida!

—No lo sé seguro, ¿vale? No me presiones.

—¡Claro que lo sabes! ¡Eso se sabe!

Se mordió el labio inferior mirándola de reojo. —Me olvidé de la píldora una semana antes de romper. En su momento me di cuenta y llamé a mi doctora. Me dijo que tomara dos y es lo que hice. —Gimió tapándose la cara. —Esta mañana me he dado cuenta de que he tenido la segunda falta. Tenía que haberme bajado hace tres días. ¡Creerá que lo he hecho a propósito!

Su hermana se levantó. —Vale, tranquilidad. Primero es saber si estás embarazada. De la que vas a tu casa compras la prueba y cuando estés sola te la haces. No le digas ni pío y no pasará nada.

—¿Y si es que sí?

—¡Si es que sí te callas y aceleras la boda!

—Ah, entonces no me hago la prueba. Mejor la incertidumbre.

Kaylin puso los ojos en blanco como si no pudiera con ella. —Menudo panorama como ahora no quiera casarse. ¡Preñada y

llevando esa camilla de un lado a otro de Nueva York! ¡No creo que eso sea nada bueno para el bebé!

Ella hizo una mueca. —No, voy a tener que dejar de trabajar porque no puedo hacer esfuerzos. Y no es plan de crujir a la gente con un bombo encima. Se vería raro.

Su hermana se llevó la mano a la frente caminando de un lado a otro. —Bueno, no pasa nada. No es tan importante. Papá y yo te ayudaremos si esto no sale bien. Pero va a salir bien.

—¿Eso crees?

Su hermana la miró a los ojos. —Mira, le quieres y vas a tener un hijo suyo. ¡Si eso no es suficiente para que luches con uñas y dientes por el amor de tu vida, no sé qué puedes necesitar!

Entrecerró los ojos. —Tienes razón.

—Claro que la tengo.

—Le quiero. Le quiero muchísimo. Voy a luchar por él —dijo decidida—. Como hasta ahora. —En ese momento gimió tapándose el rostro y dejándose caer sobre la cama. —Madre mía, cuando le diga que va a ser padre le va a dar un chungo... —Su hermana se echó a reír a carcajadas. —¡No tiene gracia!

—Estoy deseando conocerle.

Apartó las manos y levantó la cabeza para ver la sonrisa de su hermana. —¿Te gustará?

—Si le quieres es porque tiene que ser un hombre increíble. Claro que me gustará. Y no te preocupes si no te ama como tú quieres. Lo hará aunque sea a su manera, porque es imposible no amarte.

Sonrió emocionada. —Te quiero.

—Genial, ¿te quedas con Muffin el fin de semana? Sé que es jueves, pero mañana salimos temprano. Me voy a esquiar.

—¡Ay mi niño, que vuelves a casa!

Cargada con todo lo de Muffin, que estaba encantado, y con la camilla, se dijo que ya era demasiado vieja para esos esfuerzos. Casi se cae un par de veces porque los perritos se le cruzaban por delante y encima empezó a nevar a mitad de camino hacia su casa. David iba a tener que darle otro masaje. Fue un alivio salir del ascensor y dejó todo en el descansillo para meter la llave cuando vio un hilo con una etiqueta roja que colgaba del pomo de la puerta. Entrecerró los ojos cogiendo la etiqueta y dándole la vuelta.

— *“Hola preciosa.”*

Sonrió emocionada y tiró lentamente del hilito que estaba enrollado en el pomo. Le dio vueltas hasta soltarlo y abrió la puerta

con cuidado de no romperlo. Perdió el aliento al ver su casa llena de globos dorados y rojos en el techo y rosas rojas por todas partes. Dio un paso al interior del apartamento siguiendo el hilo que la llevó hasta un jarrón lleno de rosas y emocionada buscó su anillo, pero había otra etiqueta. Emocionada la leyó — *“Puede que cometa errores...”* —Siguió el hilo hasta otro jarrón. —*“Puede que te defraude...”*—Con los ojos llenos de lágrimas continuó hasta un jarrón al lado del sofá. —*“Puede que no siempre cumpla tus expectativas...”* —Siguió el hilo hasta el jarrón de la mesilla de noche. —*“Pero me he dado cuenta de que te quiero en mi vida, nena”*—Siguió el hilo pasando por encima de la cama hasta la otra mesilla. —*“Cásate conmigo.”*—Ella apretó los labios mientras las lágrimas corrían por sus mejillas y siguió el hilo hasta la puerta del baño. Abrió lentamente para no romper el hilo y allí estaba Jack metido en la bañera rodeado de velas leyendo unos papeles. Se echó a reír sin poder evitarlo porque era evidente que le había pillado por sorpresa. La miró sobresaltándose y tiró los papeles a un lado antes de coger una cajita roja de terciopelo. Cuando abrió la cajita Abrielle perdió la risa de golpe dejando caer la mandíbula de la impresión. ¡Aquello era enorme! No le extrañaba que se hubiera roto un diente.

—Es otro —dijo él sorprendiéndola aún más—. El anterior estaba gafado. Me pareció más conveniente cambiarlo.

Se llevó la mano al pecho porque su corazón se le iba a salir en cualquier momento. —No tenía importancia.

—Sí que la tenía, nena. Hay que empezar bien. —Le sonrió de esa manera que la volvía loca. —¿Me da su mano, señorita?

—¡Sí! —respondió emocionada alargándola.

Él sacó el anillo colocando la cajita en el borde y cogió su mano para colocárselo en el dedo. Miró su mano e impresionada se arrodilló al lado de la bañera. —Cariño, jamás imaginé que iba a llevar un anillo que me iba a provocar una tendinitis.

Él se echó a reír y la cogió por la nuca para besarla. —¿Te gusta?

—Es precioso. —Besó sus labios. —Y me ha gustado mucho todo lo que has hecho.

—¿Y a qué esperas?

Se levantó a toda prisa y se quitó la bufanda y el plumas en tiempo récord haciéndole reír cuando llamaron a la puerta. —Un momento. —Corrió fuera del baño. —¡No te enfríes!

Corrió saltando a uno de los perros y abrió la puerta sin aliento. Al ver a la cita de ese día gimió. —Uy, ¿no te había llamado? —

Charlie confundido negó con la cabeza. —Vaya. —Levantó la mano mostrando el anillo y él dejó caer la mandíbula. —Sí, se te han adelantado. Lo siento. Gracias por venir. —Le cerró la puerta en las narices y corrió de nuevo hacia el baño. —Cariño, no has llamado a Charlie. —Se quitó el jersey a toda prisa y entró en el baño bajándose las mallas.

—Vaya, se me había olvidado —dijo divertido. Cogió su mano mientras se metía en el agua con él y con cuidado se sentó a horcadas abrazándole —. Solo pensé en la cita de ayer.

—No tenías que haberle amenazado con echarle como apareciera por aquí —dijo gimiendo cuando sintió su sexo erecto—. Hoy en la sesión estaba algo intimidado y tan tenso que no creo que le haya ayudado mucho.

Él gruñó amasando sus nalgas. —Así que ha ido a la sesión, ¿eh?

Rio antes de besar sus labios y gimió en su boca cuando entró en ella lentamente. La abrazó con fuerza mientras se sentaba sobre él y se sintió tan protegida, tan querida que en ese momento olvidó todas sus dudas porque era el amor de su vida y cualquier momento que pasara con él merecería la pena. Separó sus labios y se miraron a los ojos mientras ella se levantaba lentamente

aferrándose a su cuello. —Te amo —susurró antes de que el placer la hiciera gemir mientras descendía sobre él. Jack acarició sus nalgas subiendo hasta su cintura antes de seguir subiendo para amasar sus pechos con pasión. Ella se inclinó hacia atrás sin dejar de moverse y cuando metió un pecho en su boca gritó de placer sintiendo que su interior se estremecía. Mientras torturaba un pecho y después el otro el deseo aumentó y aceleró el ritmo sin darse cuenta.

Él apartó sus labios cogiéndola por la nuca exigente. —Más deprisa, nena. —Sus ansias tensaron totalmente su interior y buscando liberación se sentó de golpe sobre él haciendo que cerrara los ojos por el placer que le recorrió. El deseo les arrastró y Abrielle movió las caderas más deprisa hasta que creyó que se rompía y Jack la levantó de golpe pegándola contra la pared para entrar con ella con una contundencia que la quebró mostrándole el placer más infinito.

Con las respiraciones agitadas se abrazaron él uno al otro y cuando volvió en sí Abrielle besó su cuello. —Serás impaciente.

Él se echó a reír sacándola con cuidado de la bañera. —No querías que me enfriara.

—Muy gracioso. —Se apartó para mirarle a los ojos mientras la sacaba del baño. De repente se detuvo en seco mirando hacia abajo y ella hizo lo mismo para ver a Muffin a su lado moviendo el rabo de un lado a otro—¿Pero qué haces tú aquí?

—Ha vuelto a casa temporalmente.

Divertido fue hasta la cama dejándola sobre ella para coger a Muffin y acariciarle. —Muchacho, ¿nos has echado de menos?

Sonrió tumbándose boca abajo mientras el perro ladraba. — Cariño...

Jack miró hacia ella y vio como le guiñaba un ojo haciéndole reír. —Nena, que todavía me estoy recuperando.

—Ven, que te doy un masaje que te vendrá genial.

Sonriendo como una boba masajeó la pierna de Mary Anne que la observaba divertida. —Al parecer has tenido un fin de semana estupendo.

—Maravilloso. El viernes fuimos a cenar con unos amigos de Jack y el sábado y el domingo lo pasamos en su casa estrenando el nuevo colchón. Que por cierto es una maravilla. ¡Nos hemos comprometido! —chilló emocionada.

Mary Anne se llevó la mano al pecho. —¿De veras? Cómo me alegro. Así que ha superado lo de su madre.

—Bueno, no. Pero le he hecho cambiar de opinión. Hemos hablado mucho y quiere que comparta su vida. Es un avance enorme.

—Sí que lo es y no sabes cómo me alegro.

Sonrió encantada. —Por hoy ya está bien. —Se apartó limpiándose las manos con una toalla. —¿Te duele menos?

—Sí, mucho menos.

Agachó la mirada y Abrielle se preocupó acercándose. —¿Te mareas?

—Oh, no. —Intentó forzar una sonrisa bajando de la camilla para ir detrás del biombo.

—¿Todo va bien? —preguntó dando un paso hacia el biombo.

—Es que he dejado a Gregory.

—Vaya.

—Se estaba poniendo muy pesado con eso de que me fuera a vivir con él. ¿A mi edad? Ni hablar. Ya tengo muchas manías.

—Eso es porque no has encontrado el hombre adecuado.

—Exacto. Lo encontré una vez y... Bueno, ya no está.

—Seguro que encontrarás a alguien que te llene. —Entrecerró los ojos ocurriéndosele una idea. —Oye, ¿quieres conocer a mi padre?

Mary Anne salió abrochándose su bata. —¿A tu padre? — preguntó indecisa.

—¡Os llevaréis genial! —dijo emocionada—. ¡Ya verás, es perfecto! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? —dijo cogiendo el teléfono de encima de su mesa—. Voy a llamarle para que te llame. Es muy tradicional, ¿sabes?

—¡No, espera! —La miró sorprendida y Mary Anne se sonrojó. — Será mejor que no. Quizás más adelante.

—Pero...

—Es que me siento mal por hacerle daño a Gregory —dijo arrepentida. En sus ojos vio que estaba algo asustada—. ¿Y si no me vuelve a ocurrir y estoy sola el resto de mi vida?

—No digas eso. —La abrazó. —No estarás sola, yo estoy aquí. —Mary Anne se emocionó. —Y seguro que en el futuro entrará un hombre en tu vida que haga que el recuerdo de tu marido sea menos doloroso. Mientras tanto formarás parte de mi familia. — Apartó la cara para mirarla a los ojos. —¡Y nos vamos de boda!

Mary Anne sonrió a pesar de las lágrimas. —Tienes un montón de preparativos que hacer.

—Ah, no. Yo no voy a hacer nada. Solo la lista de invitados. Jack me ha dicho que la boda la va a preparar mi padre y él con una

organizadora de bodas para sorprenderme —dijo emocionada.

Mary Anne sonrió con tristeza. —Cómo me alegro por ti. Y por él. Me alegro muchísimo.

—Sé que lo haces. —La abrazó de nuevo. —No quiero que estés triste. Al menos has salido con alguien. Has roto el hielo. Ya verás como la próxima vez será mejor. —Le guiñó un ojo. —A mi padre le vas a encantar.

Rio sin poder evitarlo. —Ya veremos. —Suspiró alejándose. —Tengo que seguir trabajando. Mi supervisora ya me tiene entre ceja y ceja porque dice que todo esto es una tontería por mucho que tenga permiso de la dirección de la empresa.

—Pues dile que hable conmigo. Ahora tengo enchufe.

Mary Anne se echó a reír. —Y menudo enchufe. —Abrió la puerta y se detuvo sorprendida al ver a Jack que pasó ante ella mirando su móvil.

—Jack, ¿qué haces aquí? ¿Conoces a Mary Anne?

Jack se volvió distraído, pero ella ya cerraba la puerta. —Bueno, ya la conocerás. Es la mujer que necesita una operación de cadera.

—Nena...

—Lo sé, lo sé. —Sonrió radiante. —¿A qué se debe esta sorpresa?

Jack la cogió por la cintura sentándola a la camilla y apoyó sus manos a ambos lados de su cuerpo. —Preciosa...

Le abrazó por el cuello. —¿Sí?

—Esta es una visita laboral. —Carraspeó. —Como jefe.

—Oh... —Apartó los brazos mirándole a los ojos. —Tú dirás, jefe.

Apretó los labios antes de decir —Estás despedida.

El asombro la hizo parpadear. —¿Qué?

—Es una cuestión legal que...

—¿Qué? —gritó más alto.

—En cuanto corra por la empresa que eres mi prometida, empezará a haber demandas.

—No te entiendo.

—He hablado con mi abogado para el contrato prematrimonial y...

—¿El contrato qué? —preguntó más asombrada.

Carraspeó de nuevo. —Nena, tengo que hacer un contrato prematrimonial.

—¡Cómo se nota que tienes fe en nuestro matrimonio!

Él levantó sus cejas negras. —Como iba diciendo... El abogado no ve bien que trabajes en la empresa. Sobre todo porque trabajas

con lesiones.

Frunció el ceño. —Cree que alguien puede decir que he aumentado su lesión y pedir indemnización.

—Exacto.

—Pero tengo un seguro y...

—Trabajas para mí. La empresa es la responsable final. Siempre hay aprovechados que pueden intentar sacar tajada de la situación al saber que estás casada conmigo. Porque yo haría frente a tus deudas.

—¿Me estás diciendo que tengo que dejar de trabajar?

Él se enderezó. —Mi mujer no va a ir arrastrando una camilla por todo Nueva York. —Se quedó de piedra. —Puedes seguir dando masajes a amigos si lo echas de menos, pero no de manera profesional.

—Pero nunca he tenido problemas.

—¿No lo entiendes? Esa no es la cuestión. La cuestión es que te estás casando con un hombre rico y la avaricia nos rodea, Abrielle. Tu vida va a cambiar al casarte conmigo.

—Y cómo va a cambiar la tuya, ¿eh? —preguntó mosqueada.

Jack sonrió dándole un beso en los labios. —Te aseguro que va a cambiar. —Algo llamó su atención y miró hacia abajo para ver a

los dos perritos mirándole, impacientes porque les saludara. La miró como si fuera un desastre.

—¡Mi hermana no lo recoge hasta por la noche! ¡Y te fastidias!

Él suspiró. —Te veo en casa, nena. —Iba a salir, pero se detuvo en seco volviéndose. —¿Estás enfadada?

—¡Sí!

—Pues esto tampoco va a gustarte.

—¿Qué? —preguntó indignada.

—Deberías pensar en mudarte a mi casa.

—Ah, no.

—Es más grande.

Gimió. —No fastidies.

—Sé que te encanta tu casa, pero la mía es mucho mejor. Necesitamos espacio. Me gustaría no tener que ir a mi casa cada vez que tengo que cambiarme.

Sabía que tenía razón, pero eran muchos cambios de repente. Lo del trabajo la había dejado helada. —Está bien.

Él asintió saliendo de la consulta y dejando la puerta abierta. Mary Anne asomó la cabeza. —¿Se puede? Me he olvidado el móvil detrás del biombo.

—Sí, pasa —dijo desmoralizada—. Así te doy la noticia.

—¿Qué ocurre? —Preocupada cerró la puerta.

—Que me tengo que ir. Ya no trabajaré más.

Ella hizo una mueca. —Me lo imaginé cuando me dijiste que te casabas.

—¿De veras? —preguntó sorprendida.

—Eres la mujer de un hombre muy importante. Yo era secretaria antes de casarme. También tuve que dejarlo porque mi marido no quería que trabajara para otro.

—Pues yo no me lo había esperado, la verdad. ¿Y ahora que voy a hacer con mi tiempo?

Mary Anne apretó los labios. —Al principio te entretendrás con la casa nueva, la decoración y esas cosas hasta que llegue el primer niño.

—Nos vamos a su piso. —Agachó la cabeza. —Y no quiere tener hijos.

—No dejes que el aburrimiento destruya tu matrimonio, Abrielle. La frustración, la inactividad, no sentirte útil y otras cosas que irás descubriendo van destruyendo una pareja. No debes consentirlo. Debes luchar por tener tu espacio y cosas que te llenen porque si no puede que lo pagues con él. Le terminarás echando la culpa de tus frustraciones.

La miró sorprendida. —¿Eso crees? —Pensó en Karen y supo que tenía razón. No podía dejar que le pasara lo mismo.

La cogió de las manos llamando su atención. —No debes cambiar y si te quiere deberá comprenderlo.

Sonrió. —Tienes razón. Gracias por el consejo.

Capítulo 12

Jack entró en su casa y Black se acercó corriendo sobre el suelo de mármol negro para saludarle. —¿Cómo te va, chaval? — preguntó agachándose y cogiéndole en brazos para abrazarle. Jack se echó a reír por lo contento que se puso—. ¿Dónde está la jefa?

Escucharon un gemido y ambos miraron hacia su despacho. — ¿Nena? —Dejó el perro en el suelo y caminó hasta allí.

—Joder, esa técnica es nueva —dijo la voz ronca de un hombre como si se lo estuviera pasando de vicio.

Abrió la puerta del despacho de golpe para encontrarse a su novia a cuatro patas sobre un tío desnudo encima de su camilla portátil. —¿Qué coño está pasando aquí? —bramó sin salir de su asombro.

—Cariño... —Saltó del tío en pelotas y se acercó para darle un beso. El tipo giró la cabeza hacia el mostrando su espesa barba

castaña y como si nada se levantó como Dios le trajo al mundo extendiendo la mano. —Él es David. Mi mejor amigo.

—¿Tu qué?

—David —dijo él mirándole de arriba abajo.

—Nena, ¿no hay toallas? Tenía entendido que sí.

Se echó a reír. —David pasa de esas cosas.

—Así es más práctico.

—¿Este es quien te da a ti los masajes? —preguntó muy tenso.

—¡El mismo! Cómo me escuchas, mi amor.

—Pero cuando te los da, estás vestida ¿no?

—¿Eres celoso? —preguntó David negando con la cabeza mientras se cruzaba de brazos.

—¿Por qué no te tapas? —le gritó a la cara.

—¡Jack! —Soltó una risita cogiéndole de la mano para sacarle del despacho. —David es inofensivo.

—¡Pues está medio erecto!

—Oh, está así siempre —dijo sin darle importancia antes de susurrar —Practica el sexo tántrico.

Aún más cabreado tiró de ella hasta el sofá. —Vamos a ver, nena... ¿No ibas a dejar de trabajar?

—Esto es un favor. Él me relaja a mí y yo le relajo a él.

—¡A ti ya te relajo yo!

Soltó una risita. —Sí, y lo haces muy bien. —Le abrazó por la cintura. —Enseguida se va y me relajás.

El tío salió del despacho vestido de Jesucristo Superstar con unos pantalones anchos hechos con una tela que parecía un saco y una camisa amplia que no se había planchado jamás. Gruñó porque no le gustaba un pelo. ¡Ni un pelo!

Abrielle sonrió a su amigo encantada con los celos de Jack. David miró a su alrededor y negó con la cabeza. —Capitalistas.

—Sí, capitalista y a mucha honra. —Intentando contenerse dio un paso hacia él. —Así que eres amigo de mi mujer.

—Ese término es muy posesivo, ¿no crees? Abrielle es un ente independiente que ha elegido estar a tu lado en contra de mis recomendaciones. Es un ser libre y no una posesión.

—Mira, chaval...

—¿Tomamos algo?

David le guiñó uno de sus ojos azules. —Tengo una sesión de yoga. —Se acercó y le dio un beso en los morros. —Te llamo.

—Ah, ¿pero usas teléfono? —preguntó Jack a punto de explotar después del beso—. ¡Creía que los tipos como tú se comunicaban con señales de humo! ¿No es materialista tener móvil?

David chasqueó la lengua. —Tienes el aura muy negra.

—¿No me digas? ¡Será por el beso que le acabas de dar a mi mujer! —Dio un paso hacia él y Abrielle se interpuso sonriendo a su amigo.

—Te llamaré.

Él le guiñó un ojo con descaro antes de coger un abrigo de borrego que ni había visto poniéndoselo con chulería. Abrielle reprimió la risa mientras escuchaba rechinar los dientes de Jack tras ella. Se despidió con la mano mientras David salía de la casa guiñándole un ojo de nuevo.

—¿Qué pasa? ¿Tiene un tic? —Suspiró volviéndose hacia él y mirándole como si la hubiera decepcionado. —¡No me mires así! ¡Si me encontraras encima de una tía en pelotas pensarías lo mismo que yo pienso ahora!

Entrecerró los ojos cruzándose de brazos. —¿Y qué es lo que piensas exactamente?

—Ese tío ha sido tu amante, ¿verdad?

—¡No! —La miró sin creerse una palabra. —Bueno, un par de veces.

—¡Vas a dejar de verle!

—Ah, no. ¡Esto no me lo vas a quitar! ¡David me comprende!

—¿Te comprende? ¿Y qué te he quitado yo si puede saberse?

—preguntó asombrado.

—¡Mi trabajo!

—Uy, uy... que esto lo veía venir... —Se quitó el abrigo de malos modos tirándolo en el sofá antes de pasarse una mano por su cabello negro. —Ya te he explicado...

—¡Lo sé! Lo he entendido, no soy tonta. Y lo he dejado, ¿no? ¡Pero a mis amigos pienso seguir atendiéndoles! —Levantó la barbilla y atravesó el salón para llegar a la cocina con Black detrás.

Estaba sacando un refresco de la nevera cuando la puerta se abrió de golpe. —Te dije que podías seguir haciéndolo, ¿no?

—¡Pero ahora protestas por David! ¡Y es mi amigo y muy bueno debo añadir!

—¿Ese hippy? ¡No le gusto un pelo y me ha dicho a la cara te ha aconsejado que me dejes! ¡Muy bien no me puede caer, como comprenderás! ¡Y sobre todo después de verle en pelotas! —Se acercó a la nevera y sacó una cerveza. —No me gusta.

—Eso ya lo has dejado claro. —Vio como tiraba la chapa de la botella en el fregadero y al ver que la boquilla estaba rota chilló dándole un fuerte manotazo antes de que bebiera. La botella se

estrelló en el suelo mientras Jack la miraba asombrado. Se sonrojó porque le estaba dejando de piedra. —Tenía la boquilla rota.

Se miraron a los ojos y Jack apretó los labios cogiéndola por la cintura para besarla ansioso. Abrielle se abrazó a su cuello necesítandole y cuando él separó sus labios susurró —Te quiero a ti.

—Joder, nena... —Besó su labio inferior. —La próxima vez ponle la toalla.

Sonrió contra sus labios. —Hecho.

Él entró en su boca saboreándola y al caminar hacia la salida pisó un cristal. Juró por lo bajo mirando el suelo y vio al perro que estaba a punto de beber de la cerveza. —¡No Black! —Se agachó a toda prisa cogiendo al chihuahua. —Cuidado no resbales —dijo entregándole el perro—. Una vez mi madre se resbaló cuando tiré un vaso de zumo y al caer se cortó el trasero. Estuvo un mes sentándose en un flotador. —Sonrió cogiendo un cristal mientras ella se quedaba de piedra. Él miró hacia arriba y perdió la sonrisa al verla pálida. —¿Nena?

Intentó hacer que no pasaba nada. —Voy a llevar a Black a la habitación y te ayudo.

—No hace falta. ¿Por qué no pides la cena? Estoy muerto de hambre.

Asintió alejándose y saliendo de la cocina. En menudo lío se acababa de meter.

La vio tirando la basura de una papelería en su carrito y cuando se acercó Mary Anne sonrió encantada de verla. —¡Menuda sorpresa!

—¡Sorpresa la que me he llevado yo! —La cogió del brazo casi arrastrándola hacia el baño de señoras.

—Abrielle, ¿qué pasa?

—Se te olvidó decirme que tienes un hijo, ¿no?

La mujer palideció. —¿Yo? No.

—¡No me mientas más! Jack me ha hablado de tu cicatriz en el trasero. ¿Mucha casualidad? ¡No lo creo! ¡Por eso trabajas aquí! ¡Para poder verle de vez en cuando!

La miró angustiada. —Necesitaba saber qué era de su vida. Necesitaba...

—¡Le abandonaste! ¡Dejaste que tu hijo creyera que no te importaba!

Sus ojos se llenaron de lágrimas y negó con la cabeza. —No lo entiendes.

—¡No! ¡No lo entiendo!

Se echó a llorar y en ese momento entró una empleada que se las quedó mirando. —¿Qué pasa? ¿Nunca has visto llorar a nadie?

La tía pasó de ellas y entró en uno de los cubículos. —Por favor, espérame fuera —susurró Mary Anne—. Por favor. Te lo explicaré todo.

—Te espero en la cafetería de enfrente. Te doy cinco minutos o subiré a hablar con él. —Miró de reojo la puerta cerrada de la chica antes de salir del baño cabreadísima. No solo porque le había mentido sino porque tenía la sensación de que la había utilizado para aproximarse a Jack y no tenían por qué meterla a ella en ese lío. Solo pensar en cómo reaccionaría Jack al enterarse de que trabajaba allí, la ponía realmente nerviosa porque todo su pasado se revolvería y tenía la sensación de que su relación sería la perjudicada. Y más aún sabiendo que se conocían.

Sentada en la cafetería vio como Mary Anne ya vestida de calle se acercaba a la mesa con la cara congestionada y se sentaba frente a ella. —No te preocupes, me iré. No se enterará de que he estado aquí.

Eso sí que la sorprendió y la miró fijamente. Mary Anne suspiró apoyando los codos sobre la mesa y cuando se acercó la camarera le pidió un café. Cuando la sirvió con la jarra que ya tenía en la

mano se quedó mirando el oscuro líquido con una triste sonrisa en los labios. —Mi matrimonio al principio era muy dichoso, ¿sabes? Nos amábamos con locura. Cameron me pidió que dejara de trabajar porque la casa que acabábamos de comprar necesitaba obras y con la decoración... —Negó con la cabeza. —Fue culpa mía. Todo lo que ocurrió fue culpa mía.

Sintió su dolor y susurró —Explícate.

Levantó la vista hasta sus ojos y forzó una sonrisa. —Al principio todo era un cuento de hadas. Era la reina de mi casa y tenía un marido que me amaba. Pero en cuanto pasaron unos meses empecé a notar que mi vida tenía algunas carencias. —Hizo una mueca antes de beber de su café.

—Pasabas muchas horas sola.

—¿Sola? Era una auténtica agonía hasta que llegaba la noche. Por la mañana intentaba hacer las labores de la casa, pero las tardes... —Se encogió de hombros. —Me dedicaba a cocinar y eso que siempre lo he odiado. Estaba desesperada por tener un hijo para ocupar mi tiempo en otras cosas. —Sonrió con tristeza. —Así que cuando llegó mi niño fue una inmensa alegría. Aunque hubo un problema en el parto y ya no podía tener más hijos, al menos le tenía a él. Fueron unos años maravillosos. Estaba distraída con las

actividades del colegio en donde me convertí en parte activa. Además a Jack siempre le gustaron las actividades deportivas, así que iba a los entrenamientos y cosas así.

—Te convertiste en la madre perfecta.

—Era feliz. Lo era, pero de la noche a la mañana Jack empezó a ser más independiente y con catorce años quiso trabajar con su padre algunos fines de semana para sacarse algún dinero para sus cosas. Algo lógico en un chico de su edad, pero para mí fue un auténtico drama. —Una lágrima cayó por su mejilla y se la limpió avergonzada. —En cuanto empezó a trabajar con Cameron todo cambió. Llegaban tarde después de estar todo el día juntos y a veces ya habían cenado alguna hamburguesa o una pizza. Casi no hablaban conmigo. Jack decía que estaba cansado y se metía en su cuarto o salía con sus amigos y mi marido se quedaba dormido ante la televisión la mayoría de las noches. Me convertí en una mujer que limpiaba y les preparaba la comida, que no parecía importante en sus vidas. —Acarició su taza de café. —Es cierto lo que dijo Bob, ¿sabes? Exigía. Quería a mi familia a mi lado y trataba a gritos de llamar su atención. Pero no parecía afectarles. Y eso me llevó a la peor versión de mí misma. Un día Cameron me dijo que estaba harto cuando le pedí que nos fuéramos de vacaciones ese verano a

una casita cerca de un lago que tardé tres semanas en encontrar. La casita perfecta para volver a ser una familia, pasar tiempo juntos... Se negó en redondo porque allí no había cobertura para el móvil. Entonces todo empeoró porque ni parecía que podíamos comunicarnos para lo mínimo sin discutir y caí en una depresión.

Se llevó la mano al pecho de la impresión. —Mary Anne...

Intentó reprimir las lágrimas. —No fue culpa suya. No se dio cuenta de lo que ocurría. Para él estaba pasando la crisis de los cuarenta. Pero una noche que había preparado una cena especial por el cumpleaños de Cameron, aparecieron casi a las doce de la noche después de haberlo celebrado sin mí. —Sus labios temblaron. —Ahí me pregunté qué hacía en sus vidas y cuando se fueron al día siguiente, hice mi maleta y me fui de casa porque sabía que si me quedaba iba a tomar una resolución en la que ya no había vuelta atrás.

—¿Y a dónde fuiste?

—Allí estaba yo sin trabajo, sin dinero, sin saber qué hacer... Me vine a Nueva York porque sabía que Jack estudiaría aquí. Pero no podía encontrar trabajo de secretaria porque todo había cambiado desde que me había casado. No sabía usar Word ni ninguno de los programas actuales, así que busqué trabajo de lo que fuera. Fui

camarera mucho tiempo, pero la cadera... Tuve suerte y entré en una empresa de limpieza.

—¿Por qué no volviste a ver a Jack?

—Al principio no podía. Sabía que no entendería mi marcha. Después me di cuenta de que había esperado demasiado tiempo y me odiaría. A veces iba a verle al sitio donde trabajaba cuando estaba en la universidad y estuve en su ceremonia de graduación. Siempre observando de lejos porque no me sentía capaz de acercarme, así que cuando se inauguró este edificio solicité trabajo aquí. De vez en cuando tengo suerte y le veo en el hall hablando con sus hombres. —Sonrió orgullosa. —Mira hasta donde ha llegado él solo. Jamás imaginé algo así. —Sollozó agachando la mirada. —Cuando el otro día Bob dijo que Cameron había sufrido... lo que había sufrido Jack... En el momento en que me fui pensé que no les importaría, te lo juro. Jamás quise hacerles daño.

—Te creo. No sabes lo que tienes hasta que lo pierdes y eso fue lo que les pasó a ellos. —Sintió una pena enorme y se dio cuenta de que era una egoísta cuando ella había sufrido tanto. —Deberías hablar con él. —La miró sorprendida antes de negar con la cabeza mientras sus ojos reflejaban el miedo que tenía por enfrentarse a su hijo. —Deberías explicarle esto que me has dicho a mí.

—¿De qué serviría? Creerá que le culpo a él y...

—Sabrá la verdad. Y nadie tiene la culpa. O todos. —Se encogió de hombros. —Si hubieras sido sincera respecto a lo que sentías...

—¡Por eso te digo que fue culpa mía!

—También fue culpa de Cameron por no darse cuenta de lo que te estaba haciendo. —Alargó la mano y cogió la suya. —Y Jack tampoco era un niño. No le excuses. Los dos te dieron de lado y también son responsables de lo que ocurrió. No es justo que ensalce a su padre y tenga esa mala opinión de ti. ¡Eres su madre! ¡Debes poner los puntos sobre las íes! ¡Debemos aprender de los errores y Jack tiene una opinión tan distorsionada que puede que en el futuro cometa vuestro mismo error!

—Se va a enfadar.

—Sí, se va a enfadar porque le has dado la espalda diecinueve años. Pero ellos te dieron la espalda a ti primero y Jack estaba allí. Si es sincero consigo mismo, sabrá entender lo que ocurrió.

—Debería irme. Esto te va a perjudicar.

—Le va a afectar. —Chasqueó la lengua. —Le va a sentar como un tiro, la verdad, pero lo necesita. Esto puede que le abra los ojos y hay que enfrentarse a los problemas, no ocultarlos bajo la alfombra hasta que ya es imposible no tropezar con ellos. Si fuera cobarde te

diría que te fueras y que así solo fueras un recuerdo, pero tengo el presentimiento que de esto va a salir algo bueno. Le quieres y sé que él todavía te quiere y te echa de menos.

Se le cortó el aliento y la miró esperanzada. —¿Eso crees?

—Ayer cuando habló de tu cicatriz sonrió. —Gimió por dentro esperando no cometer el peor error de su vida. —Sí, estoy segura de que te echa de menos. —Apretó su mano. —Y estás aquí. Cameron no está, pero tú sí. Todavía tiene a alguien a quien le importa, todavía tiene familia, demuéstraselo. Demuéstrale que aún es tu hijo.

Reprimiendo las lágrimas asintió antes de sorber por la nariz. — Van a saltar fuegos artificiales.

—Tendré preparado el extintor.

Jack abrió la puerta y Abrielle se levantó del sofá en el acto mientras que Mary Anne se quedó allí sentada como si fuera de piedra. Su hijo sonrió. —Hola, nena. ¿Tienes visita?

Mary Anne palideció porque no la había reconocido y ella se acercó a su novio a toda prisa mirándole a los ojos. Jack perdió la sonrisa de golpe. —¿Abrielle?

—Es tu madre —susurró haciendo que él volviera la cabeza como un resorte hacia Mary Anne, que avergonzada agachó la

mirada apretándose las manos de manera convulsiva mientras su novio se tensaba con fuerza observándola.

—Vaya, vaya. Has cambiado mucho, madre —dijo con ironía—. ¿Y a qué has venido? ¿De visita? Se te han pasado las últimas diecinueve Navidades.

Asustada vio que Mary Anne pálida como la cera empezaba a temblar. —¡Jack trae un vaso de agua! —Se acercó a ella a toda prisa y la cogió por el hombro. —Túmbate.

—Me estoy mareando —susurró Mary Anne.

—Es la tensión. Tranquila, túmbate.

El vaso apareció a su lado y sonrió interiormente porque en el fondo le importaba. Levantó su cabeza suavemente. —Bebe...

Mary Anne bebió mientras sus ojos se llenaban de lágrimas y cuando apartó sus labios susurró —Gracias. —Levantó la vista hacia Jack y apretó los labios agachando de nuevo la mirada, lo que hizo que Abrielle volviera la cabeza de golpe.

Sus ojos verdes se habían oscurecido de furia observando fríamente a su madre como si le importara una mierda lo que le pasara. Se quedó tan impresionada que se levantó. —¡No la mires así!

—¿Y cómo quieres que la mire? —preguntó como si estuviera asqueado.

—¡Ha estado trabajando en tu empresa todos estos años para estar a tu lado! ¡Se acercó a mí porque sabía que te trataba!

—¡Porque quiere algo! —le gritó a la cara.

—Me voy —dijo Mary Anne levantándose.

Al verla cojear hasta la puerta él entrecerró los ojos. —Tú eres la que necesitas una cadera nueva, ¿no? —Se echó a reír. —Ahora entiendo. Si esperas unos minutos iré a por la chequera.

—¡No quiero dinero! —Dolida le miró a los ojos. —¡Me fui sin nada!

La risa de Jack le puso los pelos de punta. —¿Te ha contado eso? Convenientemente se le ha olvidado decir que se llevó mi dinero para la universidad. ¡A la que no hubiera asistido si no llegan a darme una beca!

Mary Anne negó con la cabeza atónita. —Eso es mentira. Que me muera aquí mismo si no digo la verdad.

—¡Esto es el colmo! —gritó furioso—. ¡Papá me lo dijo! ¡Cuando había que solicitar universidad no tuvo más remedio! ¡Y ahora te atreves a llamar mentiroso a mi padre!

—¡No me llevé nada! ¡El dinero que tenía en el bolso! —La miró sin entender nada. —Te juro que no te he mentado.

—Jack, tu padre se dio a la bebida, perdió la casa... Y eso ocurrió porque era muy consciente de que había sido responsable de que ella se fuera de vuestras vidas.

Su novio la fulminó con la mirada. —¿Quién te ha contado eso? —preguntó fríamente.

Se dio cuenta de que había metido la pata y no supo por dónde salir mirando a Mary Anne.

—¡Ella no estaba allí! ¡No vio el resultado de su huida y jamás volvió a hablar con él, así que no ha podido ser ella la que te dijera que mi padre se echaba la culpa de lo que ocurrió! ¿Quién te ha contado eso de que se sentía responsable?

—Tu padre se lo contó a alguien que me lo ha dicho.

Jack entrecerró los ojos y sonrió irónico antes de asentir. —Bob.

—Fue un comentario sin querer. No se lo tomes en cuenta.

—¿Mis empleados hablan de mi vida privada a mis espaldas y no debo hacer nada? ¿Una persona que escucha en su trabajo cosas confidenciales, se las cuenta a cualquiera y no debo hacer nada?

Se tensó por su tono. —Yo no soy cualquiera.

—¡Teniendo en cuenta que seguramente te lo contó cuando estuve en el hospital porque no has vuelto a verle después, y en ese momento lo habíamos dejado, él no podía pensar que eras importante para mí! ¡Así que sí que eras cualquiera!

—¡No le hables en ese tono! —gritó Mary Anne.

—¿Ahora vas a darme órdenes? —Levantó una de sus cejas. —
¿Quién eres tú para dar lecciones? ¡Largo de mi casa!

—¡Jack estás perdiendo los nervios y ni siquiera la has dejado hablar!

La miró como si quisiera que desapareciera de su vida e impresionada dio un paso atrás. —¡No puedo creer que sabiendo lo que pienso de esta mujer, después del daño que me ha hecho, la hayas metido de nuevo en mi vida! —gritó fuera de sí—. ¿Te pones de su lado? ¡Puedes salir con ella de mi casa porque no quiero verte más!

Su corazón se retorció en su pecho haciéndola perder todo el color de la cara. —Jack, ¿pero qué dices?

—¿Qué digo? —La cogió por el brazo y tiró de ella hacia la puerta. —¡Largo de mi vida!

Impresionada por su violencia dejó que la empujara al rellano. Tropezó con el felpudo casi cayendo al suelo viendo la furia en sus

ojos mientras Mary Anne se echaba a llorar. Jack la sacó del piso con el mismo desprecio y sintiendo que se le rompía el alma vio como cerraba la puerta mirándolas con odio. El portazo la estremeció, pero se quedó allí de pie sin poder reaccionar. Mary Anne se acercó a ella y la abrazó. —Lo siento, lo siento... No tenía que haber venido.

Sintiendo que el suelo temblaba bajo sus pies se giró apoyándose en la pared y cuando vio su mano sollozó al ver el precioso anillo de compromiso. —Lo siento —dijo Mary Anne arrepentida.

—No pasa nada —susurró dando un paso.

Sin darse cuenta de que ni tenía abrigo fue hasta el ascensor mientras su alma se rompía. Que la hubiera tratado de esa manera cuando ella no tenía nada que ver, cuando solo intentaba ayudar le había roto el corazón. Acababa de demostrar de la peor manera posible que no la amaba, porque si lo hubiera hecho jamás se hubiera comportado así.

Destrozada y sin mover el gesto ni vio como Mary Anne entraba en el ascensor y pulsaba el botón. —No sabe lo que hace, se ha ofuscado, Abrielle. Se arrepentirá. En cuanto se dé cuenta de lo que ha hecho, intentará arreglarlo.

La miró a los ojos y susurró —No... —Negó con la cabeza. —Y no quiero que lo haga. No pienso casarme con un hombre así, no funcionaría. —Miró al frente. —No voy a dejar que mi pareja me trate así. Que me haga de menos cuando le venga en gana. No pienso arrastrarme más por conseguir su amor. —Salió del ascensor y Mary Anne llorando observó cómo se alejaba con el corazón destrozado y como el portero abría la puerta para que abandonara el edificio. Y desgraciadamente tenía la impresión de que por allí no volvería jamás.

Capítulo 13

Sujetó su camilla con la pierna contra la puerta y bufó metiendo la llave en su portal. Black gimió sujeto a su pecho. —Sí, cielo... ahora te bajo —dijo cogiendo la camilla de nuevo para entrar en el portal. Lucy estaba jugando con una pelota en el rellano—. ¿Qué tal el día?

—Un siete en matemáticas.

—No está mal. Yo era malísima en matemáticas.

—¿Tienes galletas?

—Lo siento, cielo. Ayer tuve un ataque de los míos y me comí la caja. —Abrió la puerta del ascensor. —Las compraré por la tarde, ¿vale?

—¿Y jugarás conmigo?

—Mejor vemos la tele que estoy agotada.

La niña cogió la pelota y la miró fijamente. —¿Estás malita? Mamá dice que desde hace tres semanas no tienes buena cara.

Sonrió con ternura y acarició su barbilla. —Estoy estupenda. —
Le guiñó un ojo antes de entrar en el ascensor y cerrar la puerta.
Con ganas de morirse pulsó el quinto piso y cuando al fin llegó vio
una hoja pegada a su puerta.

La puerta de Paul se abrió mientras ella tiraba de la hoja para
despegarla. —Van a rehabilitar el edificio.

Gimió volviéndose. —No fastidies.

—Tenemos que irnos dos meses hasta que acaben las obras.
Tenemos derecho de realojo y no se nos cobrará de más. —Se
acercó con ganas de hablar. —¿Crees que cambiarán la instalación
de la luz? Llevo años diciéndole al dueño que el sistema eléctrico
daba problemas y un día nos iba a dar un susto.

—Pues a ver si es verdad. —Forzó una sonrisa. —¿Te importa si
hablamos luego? Tengo que dormir algo, estoy agotada.

Paul preocupado asintió. —Sí, duerme un poco. Se nota que
últimamente no descansas bien.

Debía tener un aspecto horrible porque todo el mundo se daba
cuenta. —Te veo luego. —Entró en casa y suspiró dejando caer la
camilla con todo lo demás. Quitó a Black del arnés y lo dejó en el
suelo. El pobrecito corrió hasta el cuenco del agua. Se arrastró
hasta la cama y se dejó caer encima sin quitarse el abrigo siquiera.

Dios, se encontraba fatal. Había tenido que irse en mitad de una sesión por las náuseas y el cansancio era continuo. La calefacción empezó a agobiarla y se bajó la cremallera del plumas quitándoselo con esfuerzo. Aquello no era normal. Fue quitarse el abrigo y salir corriendo hacia el baño para vomitar de manera tan violenta que no supo cuánto tiempo se quedó allí sentada.

Le sonó el teléfono un par de veces, pero no fue capaz de cogerlo y cuando consiguió arrastrarse de nuevo a la cama se quedó profundamente dormida.

Alguien tocó su hombro y medio atontada se volvió para ver a su hermana sobre ella muy preocupada. —¿Estás bien? No coges el teléfono y papá está de los nervios.

Se echó a llorar y su hermana la abrazó. Estuvieron hablando horas y su hermana le acarició la frente. —Tienes que descansar y que te tengas que ir del piso es perfecto para que te tomes un par de meses de vacaciones en casa de papá.

—Pero...

—Nada de peros. Pasearás, comerás y dormirás. Solo eso. Regresar a casa es lo que necesitas. Pensarás en lo que quieres hacer en el futuro y sabes que papá estará encantado de tenerte en casa.

Sabía que tenía razón. —Debería ahorrar para cuando no pueda trabajar.

—Tengo ahorros.

—No puedo...

—Shusss. Papá y yo te ayudaremos hasta que puedas trabajar de nuevo.

Se emocionó y su hermana la abrazó queriendo demostrarle que siempre estaría ahí para ella. —No quiero que llores. Tú harías lo mismo por mí.

—Jamás pensé que algún día estaría en esta situación.

—Pero es que a veces la vida nos da sorpresas. Como cuando murió mamá. —Acarició su mejilla con tristeza. —Vamos a tener un bebé precioso que será el orgullo de los Lavery. Voy a llamar a papá. Vendrá a buscarte y no te preocupes por tus cosas que tus amigos y yo las meteremos en un guardamuebles hasta que acaben las obras.

Con los ojos llenos de lágrimas susurró —Gracias.

—No, gracias a ti porque si soy así es porque has sido mi guía toda mi vida. Y espero que no me faltes nunca. Nadie tiene una hermana mayor como tú y cada día estoy más orgullosa de ti porque eres la persona con el corazón más grande que conozco.

Entrecerró los ojos y sonrió. —¿Qué quieres?

—¿Te llevas a Muffin? Le vendrá bien pasar un tiempo con Black. Últimamente está un poco tristón de todas las horas que tiene que estar solo.

—Ay, mi pobrecito. Claro que me lo llevo. Pasearemos por la playa y se lo pasarán estupendamente.

Sonrió porque sabía que eso la había animado. —Perfecto.

Paseando por la playa de Coney Island sonrió cuando los perros vieron llegar una ola y salieron corriendo. Miró hacia el paseo casi vacío ahora que era invierno. Todavía no habían abierto el parque de atracciones y la gente no empezaría a ir hasta el mes siguiente como poco. Ese año el invierno parecía que iba a alargarse. Suspiró girándose y miró hacia el mar abrazándose a sí misma. En aquella playa había crecido y había tenido una infancia feliz. En Nueva York no era lo mismo. Era todo más impersonal aunque ella tenía amigos maravillosos ninguno tenía hijos y la única niña que había a su alrededor era Lucy. Allí tenía amigas de la infancia que tenían niños pequeños... Suspiró porque no sabía si debía quedarse. Su padre estaba encantado con tenerla en casa y en realidad su trabajo no la ataba a Nueva York. Se había quedado allí al terminar sus estudios porque había población muy rica que pagaba muy bien los masajes,

pero también es cierto que la vida era mucho más cara. Quizás debería mudarse y poner una consulta. Su familia la animaría a hacerlo.

—¿Abrielle?

Se volvió sorprendida cortándosele el aliento al ver a Jack a su lado y su corazón saltó en su pecho de la impresión. Estaba vestido con vaqueros y un grueso jersey gris que hacía resaltar el color de sus ojos. Sintiendo que le dolía verle de nuevo giró la cabeza hacia el mar sin decir palabra. Sintió como se acercaba a ella. —Tu padre me ha dicho que vienes todas las mañanas.

Tomó aire intentando calmar su corazón. —¿Qué haces aquí?

—Creo que debemos hablar, ¿no piensas lo mismo?

Se acercó más de lo que le gustaría y ella caminó hacia los perros. —¡Black, Muffin! ¡Nos vamos!

—Fui al banco. —Le miró sin comprender. —Al banco de mis padres. La cuenta aún sigue activa para ciertas cosas y solicité los movimientos de aquella época. El director recordaba ese día. Mi padre iba a perder la empresa y cogió el dinero de la universidad para impedirlo.

—Así que no fue tu madre.

Él apretó los labios. —No. Mi padre me mintió. Seguramente avergonzado de su comportamiento y creyendo que nunca iba a enterarme. —Dio un paso hacia ella como si se sintiera frustrado. — Eso me hizo replantearme muchas cosas. Recordar otras... Lo siento, nena.

—No me pidas disculpas a mí, pídeselas a tu madre. —Se agachó para poner las correas a los perros y le miró mientras se enderezaba. —Me ha alegrado verte.

—Hemos hablado. Hemos hablado mucho.

Sonrió sinceramente, aunque sus ojos reflejaban tristeza. —Me alegro, es una buena mujer. Espero que podáis retomar lo que teníais, la harías muy feliz.

—¿No vas a volver?

—Eso ya no es problema tuyo. —Se volvió e inició el camino hacia su casa. Los perritos la siguieron obedientes.

Escuchó que juraba por lo bajo, pero no se volvió mientras su estómago se retorció de dolor. —Te amo, nena. —Se detuvo en seco y sus ojos se llenaron de lágrimas. —Sé que no te merezco, que he sido un cabrón contigo cuando solo querías ayudarme, sé que te hice daño y que no tengo derecho a acercarme a ti siquiera... Pero mi egoísmo me hace pedirte una oportunidad. Una nueva

oportunidad de hacer las cosas bien. —Volvió la cabeza para mirarle sobre su hombro y él apretó los labios al ver las lágrimas que corrían por sus mejillas. —Fui injusto al compararte con ella, porque tú no te pareces a nadie que conozca, preciosa. Te entregaste a mí totalmente y no te traté como merecías, pero te juro que si me das otra oportunidad no volverás a sentir nunca más que no te amo. —Al ver que no le decía nada la miró impotente. —Nena, por favor... A partir de ahora serás mi prioridad. Eres mi prioridad y lo serás siempre.

Desgraciadamente no se creyó una palabra. Se volvió y siguió caminando.

—¡Abrielle! ¡Si crees que voy a rendirme estás muy equivocada, mujer! —Caminó tras ella. —¿No quieres perdonarme? Sé que me quieres todavía. No la he fastidiado tanto, ¿verdad? Joder, dime que no la he fastidiado tanto.

Se volvió de golpe. —Dime una cosa tú a mí —dijo entre dientes empezando a cabrearse—. ¿Si no hubieras hablado con el del banco estarías aquí?

—Sí.

—¡Serás mentiroso! ¡Casi han pasado dos meses desde que me echaste de tu casa!

—¿Si no vas a creerme para qué preguntas? —Exasperada caminó más deprisa. —¿Quieres saber la verdad? —preguntó caminando a su lado—. ¡La verdad es que al principio estaba tan cabreado que no veía más allá! Pero luego empecé a echarme de menos, nena... ¡Y me di cuenta del error que había cometido! —La agarró por el brazo para detenerla. —¡Sí, no soy perfecto y seguramente dentro de veinte años pensarás que soy el hombre más imperfecto de la tierra! Pero te quiero y te aseguro que dentro de esos veinte años no te va a quedar ninguna duda.

—Pero es que ahora soy yo la que no quiere intentarlo —dijo dejándole de piedra—. No puedo con esto cada dos meses. Se acabó. —La soltó de la impresión. —Te lo dije, ¿recuerdas? No vuelvas a hacerme daño y lo hiciste de nuevo apenas minutos después —dijo desgarrada—. ¡Y aun así volví a tu lado porque te amaba, pero eso no significa que puedas vapulearme como te venga en gana! ¡Se acabó! ¡No pienso dejar que vuelvas a pagar tus paranoias conmigo! ¡Vete al psiquiatra, pero a mí déjame en paz! — Se agachó para coger a los perros en brazos ignorando como daba un paso atrás totalmente pálido y caminó más aprisa hacia su casa. Salió de la playa y desde el paseo miró hacia él. Estaba mirando el mar y parecía hundido. Sollozó arrepintiéndose de sus palabras

porque sabía que le había hecho daño, pero en lugar de regresar como estaba deseando para decirle que le amaría siempre, dejó los perros en el suelo antes de caminar de nuevo sin mirar atrás.

Su hermana frenó ante el edificio y ambas miraron por la ventanilla impresionadas. —Vaya... —dijo Kaylin asombrada—. ¿No tiene dos plantas más?

Estiró el cuello para ver que era cierto. Había dos plantas más y la fachada había sido totalmente rehabilitada. Estaba tan hermoso que parecía que había sido construido así desde el principio. —El señor Mackenzie ha debido gastarse una pasta en la reforma. Pues no puedo pagarle un dólar más, así que...

—No te preocupes por el dinero. Ya hemos hablado de esto. Aquí ya tienes un nombre mientras que en casa tendrías que empezar desde el principio. Y estaré a tu lado. Deja de pensar en ello y vamos a disfrutar viendo tu nuevo apartamento. Porque tiene pinta de que no han cambiado unos enchufes.

Rio saliendo del coche y Abrielle miró hacia arriba. Cómo lo había echado de menos. En esos dos meses había estado estupendamente con su padre que la había apoyado, pero echaba de menos ver a sus amigos. Lucy la miró desde su ventana y la

saludó con la mano. Sonrió radiante cuando abrió la ventana. —
¡Hola, Abrielle! ¿Me has echado de menos?

—¡Un montón! —Abrió la puerta de atrás para coger a Black y
sacó una lata de galletas que le mostró a la niña.

—¡Black!

Su perro gruñó. —Pórtate bien. Si te adora y te gusta que te
adoren, pesado. A mí no me la das.

Kaylin se echó a reír al ver que la niña corriendo fue hasta ellas y
cogía a Black para cubrirle de besos. —¿Te gusta el edificio? —
preguntó acariciando sus rizos rubios.

—Mamá dice que está precioso, que parece de lujo y qué hemos
hecho para que nos traten tan bien, pero a mí me gustaba más
antes.

Divertida cogió una bolsa del maletero y su hermana la advirtió
con la mirada. —Vale, solo llevo esta. —Miró a un lado y a otro. —
Supongo que David estará al llegar.

Sorprendiéndola salió de la casa y le miró pasmada. —Pero
bueno, ¿ya estás aquí?

—Llevo aquí una hora. —Cogió una de sus maletas.

—Ah, ¿la puerta estaba abierta?

—Pues sí. Venga, que sé que te mueres por echarle un vistazo.

Emocionada sonrió antes de acercarse al portal y suspirar de lo hermoso que estaba. Los suelos originales estaban pulidos y todo estaba recién pintado. Miró el techo y se dio cuenta de que habían cambiado la lámpara por otra muy parecida del mismo estilo antiguo, pero lo que le llamó la atención fue el ascensor, porque aunque era como el anterior, ese era dorado como debía ser el original. Caminando sobre el brillante suelo llegó hasta él y levantó la vista hasta la flecha que indicaba el piso. Pulsó el botón de llamada y se quedó mirando la placa que estaba debajo. Ascensores Gillingham. Sonrió sin poder evitarlo por la casualidad y abrió la verja. Se metió en la caja y se dio cuenta de que sus amigos se quedaban en el rellano. —¿No subís?

—Queremos que lo veas sin interrupciones —dijo su hermana sonriendo.

—Debe ser increíble.

Los tres asintieron y la curiosidad pudo con ella cerrando la verja de nuevo. De la que subía vio a la señora Márquez. —¡Oh, ya estás aquí! ¿Qué opinas del nuevo dueño?

Frunció el ceño sin comprender. —¿Nuevo dueño?

—¿No te has enterado? ¡Nos trata como a reyes!

Pasó el piso y confusa porque no se lo habían comunicado miró hacia arriba para ver a Paul que la saludaba con la mano. —¿Hay nuevo dueño? ¿No será un grupo de inversión de esos que luego suben los alquileres por las nubes?

—No creo que eso nos pase a nosotros. —Cuando llegó hasta ella él negó con la cabeza. —Ya no vives aquí.

—¿Perdón? —preguntó asombrada.

—Tu casa está en el piso de arriba. Cambios por culpa de la obra.

—¡No fastidies!

Paul le guiñó el ojo. —Tranquila, creo que vas a estar contenta con el cambio. Es algo más grande.

Le miró ilusionada. —¿De veras?

—Oh, sí. Te vendrá genial para el bebé.

Se sonrojó. —Te has enterado.

—Te escuché vomitar varias veces, no hay que ser un genio. —
Le guiñó un ojo. —Sube, te va a encantar.

Al mirar los botones de nuevo vio que solo había otro piso. Confusa pulsó el sexto y siguió subiendo para encontrar una única puerta ante el ascensor. Ahora sí que no entendía nada. Abrió la verja y fue hasta la puerta que era nueva. Miró su llave. No entraría

allí. ¿No la habrían echado del edificio sin avisar? Se acercó al ascensor y gritó —¡La puerta es nueva!

—¡Prueba la llave! —gritaron todos a la vez.

Se encogió de hombros y metió la llave en la cerradura. Sorprendida porque entrara, la giró lentamente y la puerta se abrió dejando ver un salón que era tres veces más grande que su casa y estaba bellamente decorado con sus colores favoritos. Dejó caer la mandíbula del asombro. Sin entender nada caminó por el mármol beige y entró en el piso mirando una chimenea enorme. ¡Una chimenea! Parpadeó por las fotos de su familia sobre la repisa en unos marcos de plata preciosos. Incluso había fotos de Muffin y Black jugando en la playa y ella de espaldas observándoles. Era una foto tan hermosa que sin poder evitarlo fue hasta ella y la cogió. Ese fue el día que había visto a Jack. Su mano tembló y miró a su alrededor. Con curiosidad fue hasta una puerta y se encontró una cocina enorme, pero tenía un aspecto antiguo que pegaba perfectamente con el carácter del edificio. Al salir atravesó el salón y reconoció uno de sus cojines. Jadeó cogiéndolo del sofá y mirando las flores bordadas. Lo había hecho con ayuda de su madre cuando tenía dieciséis años y allí estaba. ¡Aquel cojín estaba en casa de su padre! ¿Qué estaba pasando allí?

Dejó el cojín sobre el sofá y atravesó un gran arco. Allí había un despacho con un ordenador de última generación. Confundida salió al salón de nuevo y jadeó llevándose la mano al pecho porque no había visto la escalera, que daba al piso superior, que había al lado de la puerta de entrada. Estirando el cuello se acercó y subió los escalones. Al llegar al rellano miró a un lado y otro del pasillo y vio que a su derecha solo había una puerta y a su izquierda tres. Aquel no podía ser su piso. Fue hasta la derecha y chasqueando la lengua abrió la puerta quedándose sin aliento al ver una gran foto sobre el cabecero de una cama enorme. No recordaba esa foto y era lógico porque estaba dormida sobre Jack que mirando fijamente la cámara la abrazaba con el brazo libre. Una lágrima corrió por su mejilla porque parecía que la estaba protegiendo.

—Ese día fue cuando me di cuenta de que te quería, nena —dijo tras ella. —Tú igual no lo recuerdas, pero estabas enfadada porque había llegado tarde. Discutimos e hicimos el amor sobre el sofá. Ahí me di cuenta de que temía perderte. Fue la primera vez. Pero ese temor no ha desaparecido casi desde que te conocí. —La cogió de la mano para volverla y apretó los labios al ver que lloraba. —Odio todo lo que hice. Odio ser como mi padre y no tratarte como mereces. No quiero hacerte daño, nena. Pero estoy desesperado

porque vuelvas a mi lado y no pienso dejarlo estar como hizo mi padre. Pienso luchar por ti cada segundo de mi vida.

Emocionada por todo lo que había hecho y por el miedo en sus ojos a su rechazo se abrazó a él sin poder evitarlo y Jack cerró los ojos como si fuera la mejor sensación del mundo antes de abrazarla con fuerza y besarla en la sien. —Te quiero, preciosa.

—Y yo a ti. —Sintiendo una felicidad desbordante levantó la vista hacia él. —¿Cuándo lo compraste?

Él sonrió acariciando su mejilla. —¿El edificio? Cuando arrugaste esa naricilla al decirte que tenías que mudarte a mi piso, supe que la idea no te gustaba un pelo. ¿Te gusta?

—Me encanta.

Cogió su mano y tiró de ella. —Ven, quiero enseñarte algo.

Emocionada le siguió y fueron al otro lado del pasillo para detenerse ante una puerta. —Ábrela.

Sonrió alargando la mano y girando el pomo para mostrar una habitación de bebé tan hermosa que chilló de la alegría. Jack rio cogiéndola por la cintura. —¿Te gusta?

—¡Lo sabes! —Suspiró del alivio. —Menos mal porque tener que decírtelo ahora era algo... —Le miró preocupada. —¿Todo bien?

—Jamás creí que me hiciera tanta ilusión. Me di cuenta en la playa. Nena, te conozco muy bien, así que hablé con tu hermana por no importunarte más. Ella no quiso delatarte, pero se le escapó. Me costó mucho convencerla de mis intenciones, pero al final ella y tus amigos me han ayudado a todo esto. —Bajó la cremallera de su chaqueta lentamente. —Déjame ver...

Se mordió el labio inferior viendo como separaba ambas partes de su cazadora para mostrar su pequeño vientre. Él sonriendo la miró a los ojos posesivo antes de acariciarlo. —¿De cuánto estás? Kaylin no ha querido soltar palabra.

Se puso como un tomate. —Bueno...

—Nena, no pasa nada.

—De cuatro meses y medio.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Cómo?

Gimió. —Al parecer se me olvidó alguna que otra pastilla, pero como tuve el periodo en medio... Pero el ginecólogo dice que eso puede pasar. —Preocupada apretó la mano sobre su vientre. —Lo siento.

—No me lo ibas a decir, ¿verdad? —Sonrió con tristeza. —No te culpo después de todas las tonterías que dije sobre tener niños. —Miró sorprendido su barriga. —¿Se ha movido?

Se le cortó el aliento al sentirlo de nuevo. —Se ha movido. El niño se ha movido. Es la primera vez.

—Joder nena, lo que te he echado de menos. —Cogió sus mejillas para besar sus labios con suavidad y poco a poco el beso fue haciéndose más intenso hasta que al fin entró en su boca. Abrielle bebió de su aliento y se aferró a sus brazos, pero él apartó sus labios y carraspeó. —Luego.

—¿Qué? —preguntó medio mareada.

—Es que oigo ruidos abajo.

—¡Qué! ¿Ya os habéis reconciliado? —gritó su hermana a los cuatro vientos—. ¡Hay que hacer una fiesta de inauguración!

—La mato.

Jack rio por lo bajo sacando algo del bolsillo del pantalón y cogió su mano. Sus ojos se llenaron de lágrimas al ver su anillo de compromiso entrando en su dedo. —Este no lo he cambiado porque con todo lo que meto la pata iba a marear al joyero con tanto cambio. —Abrielle sonrió. —Pero espero que no vuelvas a enviármelo por correo nunca más.

Rio abrazándole por el cuello. —Pues no me apartes de ti.

Acarició su espalda. —Eso no volverá a pasar, preciosa. —Besó sus labios. —Te amo.

Le miró totalmente enamorada. —Te amo. Y me encantan tus sorpresas. ¿Te parece egoísta que quiera más?

—No, nena... Solo quieres que te demuestre lo que siento por ti e intentaré demostrártelo cada día.

—¿Así que habrá más sorpresas como esta? —preguntó ilusionada.

Besó su labio inferior con un erotismo que la volvió loca —¿Qué tal si empezamos con la boda?

—Lo estoy deseando, mi amor.

Epílogo

Entró en casa y se llevó las manos a los riñones inclinándose hacia atrás mostrando su enorme vientre. Parpadeó cuando su marido, que debía de acabar de llegar del trabajo porque aún tenía la chaqueta del traje puesta, metió algo entre los cojines antes de sonreír. —Hola preciosa, ¿qué tal mi madre?

—Muy bien. La prótesis le funciona perfectamente. —
Entrecerrando los ojos se acercó. —¿Qué ocultas?

—¿Yo? Nada. ¿Está aún abajo en tu consulta?

—No, se ha ido a su casa. Creía que no estabas. Además tenía algo de prisa. ¿Qué me ocultas? —Sus ojos brillaron. —¿Es una sorpresa?

Jack sonrió. —Nena, no puedo estar sorprendiéndote todos los días. Se me acaban las ideas.

—Oh.

—Así que tenía prisa. —Disimulando fue hasta la cocina y Jack la miró fijamente. —¿Cielo?

—Tengo sed.

Entró en la cocina y gimió abriendo la nevera. Cuando se volvió con el zumo en la mano allí estaba con los brazos cruzados. — ¿Qué me ocultas?

—¿Yo? Nada. —Se encogió de hombros antes de beber y cuando tragó se llevó una mano al vientre. —Uff, tu hijo está muy inquieto.

—Será que quiere salir desde hace una semana. ¿Qué me ocultas?

—¿Qué culpa tengo yo si no tengo contracciones?

—Estás intentando evitar el tema, pero me voy a enterar. — Abrielle salió del salón y él detrás. —Nena...

—Tenía una cita —dijo como si nada.

—¿Una qué? —preguntó asombrado.

—Una cita. Quedas con un hombre y...

—¡Ya sé lo que es una cita!

—Pues eso.

Apartó el cojín ahora que estaba distraído y sacó un libro de sexo tántrico. Le miró levantando una ceja y él carraspeó. —David

me ha dicho que es muy bueno para provocar el parto. ¡Y no cambies de tema!

—Cielo, tú no necesitas esto.

—¡Ya lo sé! Sobre mi madre...

Abrió el libro y soltó una risita. —Oh, cariño... Esto no lo hemos probado.

Él entrecerró los ojos. —Se la has planeado tú, ¿verdad? ¡Mi madre jamás saldría con un hombre!

—¿Por qué David no me lo ha dejado a mí? Lo que hubiera aprendido —dijo impresionada al ver a una mujer casi haciendo el pino mientras su pareja la penetraba—. Tengo que ir a gimnasia.

—¡Con quién le has organizado la cita! —Ella le miró y vio que hacía un gesto con el cuello que la mosqueó.

—¿Has entrenado hoy? —Se quedó tan quieto que eso le delató.
—¡No me lo puedo creer!

La miró arrepentido. —¡Nena, necesitaba desestresarme!

—¡Y ahora te duele la espalda! —Le miró mosqueadísima. —¿Y por qué necesitabas desestresarte? ¡A ti te desestreso yo!

—Es que estoy algo nervioso con el parto y no me cambies de tema. ¡Odio que hagas eso!

—¡Con mi padre!

Se quedó helado. —¿Estás loca?

—¿Por qué?

—¡Porque si sale mal se terminarán tirando de los pelos cada vez que se encuentren en una reunión familiar! ¡Y si no sale mal querré matar a tu padre cada vez que le vea!

—Pero saldrá bien y tú te acostumbrarás. Piensa que él antes tuvo que tragarte a ti y no montó tanto drama. —Se acercó cogiéndole por el brazo y llevándole hasta el sofá para que se sentara. —¿Estás algo alterado, mi amor? Todo va a salir muy bien.

—Es que esto se alarga y se alarga. —Abrielle se sentó sobre sus rodillas y le besó suavemente en los labios. —Las horas son eternas esperando el momento. —La abrazó a él. —Hoy no he podido concentrarme en el trabajo y es culpa tuya, preciosa.

—¿Somos menos ricos que ayer? —Le acarició la nuca sonriendo.

—No.

—Entonces no importa. —La miró levantando sus cejas negras.
—Excepto por ti, claro.

—Ya, claro.

—Saldrá cuando tenga que salir. Va a su ritmo como su padre.

—Muy graciosa. —La besó en el cuello haciéndola reír cuando pasaron Muffin y Black corriendo por el salón detrás de una pelota. Él levantó una ceja. —Nena, ¿ha pasado tu hermana por aquí?

—Le han dado otra beca para que analice los mercados asiáticos. Se va pasado mañana. Es que es de lista... —dijo orgullosa. Sintió como su marido empezaba a masajearle la parte baja de la espalda y gimió de gusto. —Sigue así, cielo. Cada día lo haces mejor.

—Tengo la mejor profesora que se puede tener.

Gimió de gusto y de repente jadeó mirando hacia abajo y su marido se detuvo en seco sintiendo como se le mojaban las piernas.

—Nena, ¿has roto aguas?

Le miró con los ojos como platos. —No he sentido nada.

—Te aseguro que yo sí. —De repente Jack se echó a reír a carcajadas y ella mirándole con amor acarició su cuello. Cuando se calmó se levantó con ella en brazos. —¿No te duele?

—Todavía no. Ni una sola contracción.

—Entonces voy a prepararte un baño para que estés relajada hasta que llegue el momento de ir al hospital.

Sus ojos demostraron todo el amor que sentiría por él hasta la muerte. —Si te metes conmigo te hago un apaño. —Él sonrió. —Te

amo.

—Y yo a ti, preciosa. Y amo la vida que me has regalado.

—Pues acaba de empezar, mi amor. Acaba de empezar.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1— ViloX (Fantasía)
- 2— Brujas Valerie (Fantasía)
- 3— Brujas Tessa (Fantasía)
- 4— Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5— Planes de Boda (Serie oficina)
- 6— Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7— La consentida de la reina (Serie época)
- 8— Inseguro amor (Serie oficina)
- 9— Hasta mi último aliento
- 10— Demándame si puedes
- 11— Condenada por tu amor (Serie época)
- 12— El amor no se compra

13— Peligroso amor
14— Una bala al corazón
15— Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.

16— Te casarás conmigo

17— Huir del amor (Serie oficina)

18— Insufrible amor

19— A tu lado puedo ser feliz

20— No puede ser para mí. (Serie oficina)

21— No me amas como quiero (Serie época)

22— Amor por destino (Serie Texas)

23— Para siempre, mi amor.

24— No me hagas daño, amor (Serie oficina)

25— Mi mariposa (Fantasía)

26— Esa no soy yo

27— Confía en el amor

28— Te odiaré toda la vida

29— Juramento de amor (Serie época)

30— Otra vida contigo

31— Dejaré de esconderme

32— La culpa es tuya

- 33— Mi torturador (Serie oficina)
- 34— Me faltabas tú
- 35— Negociemos (Serie oficina)
- 36— El heredero (Serie época)
- 37— Un amor que sorprende
- 38— La caza (Fantasía)
- 39— A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40— No busco marido
- 41— Diseña mi amor
- 42— Tú eres mi estrella
- 43— No te dejaría escapar
- 44— No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46— Busca la felicidad
- 47— Cuéntame más (Serie Australia)
- 48— La joya del Yukón
- 49— Confía en mí (Serie época)
- 50— Mi matrioska
- 51— Nadie nos separará jamás
- 52— Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
- 53— Mi acosadora

- 54— La portavoz
- 55— Mi refugio
- 56— Todo por la familia
- 57— Te avergüenzas de mí
- 58— Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60— Sólo mía
- 61— Madre de mentira
- 62— Entrega certificada
- 63— Tú me haces feliz (Serie época)
- 64— Lo nuestro es único
- 65— La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66— Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67— Por una mentira
- 68— Vuelve
- 69— La Reina de mi corazón
- 70— No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71— Estaré ahí
- 72— Dime que me perdonas
- 73— Me das la felicidad
- 74— Firma aquí

- 75— Vilox II (Fantasía)
- 76— Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77— Una noticia estupenda.
- 78— Lucharé por los dos.
- 79— Lady Johanna. (Serie Época)
- 80— Podrías hacerlo mejor.
- 81— Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82— Todo por ti.
- 83— Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84— Sin mentiras
- 85— No más secretos (Serie fantasía)
- 86— El hombre perfecto
- 87— Mi sombra (Serie medieval)
- 88— Vuelves loco mi corazón
- 89— Me lo has dado todo
- 90— Por encima de todo
- 91— Lady Corianne (Serie época)
- 92— Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93— Róbame el corazón
- 94— Lo sé, mi amor
- 95— Barreras del pasado

- 96— Cada día más
- 97— Miedo a perderte
- 98— No te merezco (Serie época)
- 99— Protégeme (Serie oficina)
- 100— No puedo fiarme de ti.
- 101— Las pruebas del amor
- 102— Vilox III (Fantasía)
- 103— Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104— Retráctate (Serie Texas)
- 105— Por orgullo
- 106— Lady Emily (Serie época)
- 107— A sus órdenes
- 108— Un buen negocio (Serie oficina)
- 109— Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110— Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111— Yo lo quiero todo
- 112— La elegida (Fantasía medieval)
- 113— Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114— Con solo una mirada (Serie época)
- 115— La aventura de mi vida
- 116— Tú eres mi sueño

- 117— Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118— Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119— Sólo con estar a mi lado
- 120— Tienes que entenderlo
- 121— No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122— Desterrada (Serie vikingos)
- 123— Tu corazón te lo dirá
- 124— Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125— Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126— Dragón Dorado (Serie época)
- 127— No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129— Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130— Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132— El juego del amor.
- 133— Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134— Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
- 135— Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136— Por nuestro bien.

- 137— Eres parte de mí (Serie oficina)
- 138— Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
- 139— Renunciaré a ti.
- 140— Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
- 141— Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
- 142— Era el destino, jefe (Serie oficina)
- 143— Lady Elyse (Serie época)
- 144— Nada me importa más que tú.
- 145— Jamás me olvidarás (Serie oficina)
- 146— Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
- 147— Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
- 148- ¿Cómo te atreves a volver?
- 149— Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
- 150— Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)
- 151— Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
- 152— Tú no eres para mí
- 153— Lo supe en cuanto le vi
- 154— Sígueme, amor (Serie escocesa)

- 155— Hasta que entres en razón (Serie Texas)
- 156— Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
- 157— Me has dado la vida
- 158— Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)
- 159— Amor por destino 2 (Serie Texas)
- 160— Más de lo que me esperaba (Serie oficina)
- 161— Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)
- 162— Dulces sueños, milady (Serie Época)
- 163— La vida que siempre he soñado
- 164— Aprenderás, mi amor
- 165— No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)
- 166— Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)
- 167— Brujas IV (Cristine) (Fantasía)
- 168— Sólo he sido feliz a tu lado
- 169— Mi protector
- 170— No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)
- 171— Algún día me amarás (Serie época)
- 172— Sé que será para siempre
- 173— Hambrienta de amor
- 174— No me apartes de ti (Serie oficina)

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón

12. Lady Corianne

13. No quiero amarte

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.